



Asociación Mexicana de Tanatología, A.C.

**EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE A
TRAVES DE LA HISTORIA Y LAS
RELIGIONES**

Tesina

**QUE PARA OBTENER EL DIPLOMADO EN
TANATOLOGIA**

PRESENTA:

LUIS GONZÁLEZ CORNEJO



Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia, A.C.

A LA GLORIA DEL GRAN HACEDOR DEL UNIVERSO

A la memoria de mis muertos:

**A Beatriz mi madre, quien me dejó como herencia la noble reciedumbre de su alma sencilla
pletórica de amor.**

**A Arturo mi padre, de quien su fe en la justicia, honestidad y amor por los demás, fueron el mejor
aval de su actitud de Quijote**

A Ana María mi compañera:

**Cuando el crepúsculo fugaz marque mi ausencia y con el atardecer mi recuerdo llegue, canta,
canta, que en nuestras alegres canciones estaré yo contigo, pues si mi voz calla con la muerte, mi
corazón te seguirá hablando.**

A Silvia Retana González y Marcela Feria Ochoa, con admiración y respeto.

INDICE

	Pág.
Introducción	6
Significado de la Muerte	6
La Sociedad ante la Muerte	6
La Muerte Hoy	8
El Culto en El Paleolítico	10
Los Ritos Funerarios Prehistóricos	10
Los primeros Cementerios	11
Ritos Funerarios en Las Antiguas Civilizaciones	
Egipto	12
El sentido de la Eternidad	12
El Embalsamamiento	12
Las Tumbas	13
Los Funerales	13
Textos funerarios	14
Grecia	16
La Morada de los Muertos	17
Los Funerales de Patroclo	18
Roma	20
Los Ritos Funerarios	20
Las Tumbas	21
La Muerte en el Budismo	24
El Libro Tibetano de los Muertos	25
El desarrollo de los funerales	27
Una diversidad de costumbres	28
La Muerte en distintas ramas del budismo	29
India	31
La Rueda de la Existencia	31
La Muerte, una etapa en la rueda de la vida	32
El Rio Sagrado	33
Los Ritos Funerarios	33
El Proceso de la Cremación	34
En honor a una Diosa	36
Ritos Funerarios en el Japón	38
La Muerte en el Shintoísmo	38
Budismo	39
La ceremonia fúnebre	40
El Confusionismo	41
Culto a los antepasados	41
La fiesta de los Muertos (Obon)	41
El Judaísmo	43
Las Reglas Rabínicas	44
Las Tumbas	45
Antes del entierro	45
Durante el entierro	46
El tiempo del duelo	47
La Resurrección	47
La Muerte en el Islam	49
El Ángel de la Muerte	51
Las abluciones en la inhumación	51

La Tumba	52
El Duelo	53
La actitud de la viuda	53
La visita al muerto en el cementerio	53
Rituales Vikingos	54
Nunca un entierro	54
China	56
Los funerales	57
Danza de la Muerte	60
Ars Moriendi	64
Los tres vivos y los tres muertos	68
El Cristianismo	69
La visión cristiana de la Muerte	69
Las primeras tumbas o cementerios	70
El espíritu de los ritos	71
Los diferentes rituales	72
Vigilia por los difuntos	73
El Culto a los Muertos en Mesoamérica	
Los Mayas	75
El Dios de la Muerte	77
Los Aztecas	81
Las Deidades de la Muerte	82
Ritos funerarios	83
Ritos de sacrificio	84
La Muerte Chocarrera	85
La celebración del Día de Muertos	87
La Muerte en el México Prehispánico	87
La fiesta de día de Muertos en México actual	88
El altar de muertos	90
Las ofrendas y su significado	90
La Muerte un Símbolo Nacional	92
El Culto a la Santa Muerte	94
Resumen	94
Introducción	94
Antecedentes históricos	94
Las Deidades de la Muerte	95
La ‘Santa Muerte’ imagen adorada en México	95
Los Significados Simbólicos	96
El estudio de la Santa Muerte	97
Los Fieles	98
Evidencia de crimen organizado	98
El crecimiento del Culto	99
El guía	100
Status legal del culto a la Santa Muerte	100
Postura de la ISCAT	101
El Mas allá de la Muerte	103
La “Vida de los Difuntos”	104
Los ritos funerarios y su simbolismo	105
Conclusión	108
Bibliografía	111

Justificación

El ejercicio de la Medicina nos enfrenta a diario con situaciones que requieren la toma de decisiones que afectan la vida, la dignidad y los valores de las personas. La muerte ha sido siempre un objeto de discusión en ese terreno en el que aún subsisten áreas de incertidumbre que merecen reflexión. Morir es difícil. También es difícil ser médico: presenciar cada día la agonía y tomar conciencia una y otra vez de los límites de la ciencia.

Cuando no se puede más, nos sentimos a veces que somos los responsables de la muerte, la culpa nos impulsa a los médicos a luchar cada vez más por la prolongación de la vida, a menudo en detrimento de su calidad. Y a pesar de las costosas pretensiones de la medicina, la muerte sigue siendo el final inevitable de la vida.

La muerte es a menudo impredecible, arbitraria e injusta, pero cada vez más se la considera un simple fracaso de la medicina y de los médicos.

La sociedad contemporánea parece haber perdido todo sentido del valor de la muerte, del vínculo indisoluble de la muerte con la vida.

En defensa de la absolutización de valores asociados con la juventud, la belleza y el placer, negamos la muerte. Y cuando acontece, en algunas instalaciones vip se ofrece personal especializado que puede maquillar al muerto a demanda. El glamour puede llegar más lejos: en Estados Unidos, hasta se solicitan cirugías estéticas post mortem para que el finado pueda lucirse ante deudos y conocidos.

Modificar esta visión distorsionada de la existencia humana, cuando menos de aquella vivida con algo de sentido, implica comprender que la muerte no está más allá del mundo de los vivos. Porque la muerte forma parte del proyecto vital, el último toque del cincel para el relato que es una vida.

Creo que la vida, cuando menos como un ideal, debería ser proyectada como una especie de obra de arte, como una piedra bruta que vamos esculpiendo con un martillo y un cincel, con nuestros actos y nuestras decisiones.

Cuando se asocia la muerte al fracaso, esa infeliz unión es agravada por el hecho de que mientras que tradicionalmente la felicidad era una recompensa eterna, hoy en día la felicidad es "casi por completo retrospectiva". Antiguamente, cuando la promesa del reino de los cielos permanecía como un horizonte redentor de la muerte, el ser humano esperaba el suspiro postrero con resignación (porque ese era el orden signado por la Providencia, y la muerte no era sino el sello de Dios en su criatura).

Una vez desaparecida esa promesa, el hombre no espera el más allá: quiere la felicidad ya. Y en su demanda, parece no haber lugar para el revés y la frustración. En ese entorno, cuando se presiente el fin de la vida, la felicidad, como lo expresa admirablemente Iona Heath en su libro "Ayudar a Morir", "sólo puede ser retrospectiva". Pero según el célebre poema de Milton, "los únicos paraísos, son los paraísos perdidos". Y al mirar hacia atrás, corremos el riesgo del espanto. Como la esposa de Lot, aquella bíblica mujer que al volver su mirada hacia Sodoma en llamas, se convirtió en una estatua de sal.

Introducción

*El animal conoce la muerte tan solo cuando muere;
el hombre se aproxima a su muerte con plena conciencia de ella
en cada hora de su vida. (Schopenhauer)*

EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE:

Para hablar del significado de la muerte debemos considerar que es una expresión compleja, pues implica no solo el hecho biológico en sí, sino que conlleva matices sociales, legales y religiosos, entre otros. En el intento de dar sentido al morir y entender el proceso de la muerte en el contexto de la sociedad actual este trabajo de tesis presenta una revisión comenzando por el estudio de la muerte de las principales culturas y religiones a través de la historia.

Morir no es un hecho bruto, nuestra sociedad ha querido comprender este fenómeno en distintas formas, buscando adjudicarle un significado. Ilustrativo de ello es el estudio que de la muerte ha hecho la ciencia, intentando descifrar la utilidad biológica de ésta. Por otra parte, la representación de la muerte y del más allá tiene siempre relación con la vida, con las formas de vivir en cada época y con las creencias ligadas a ella. Estas creencias buscan ser ordenadas a través de un sistema social, representado por el sistema jurídico, y por los ritos funerarios de los diferentes pueblos. También, no se puede hablar de muerte sin mencionar la búsqueda de un sentido de trascendencia, de forma que la religión ha cumplido también un papel importante en la búsqueda de un consuelo ante un hecho inevitable, dando su propio significado al hecho de morir.

La toma de conciencia de la muerte puede ser considerada como una crisis en la vida de las personas; pudiendo ser, no la muerte, sino la representación anticipada de la muerte lo que inspira terror.

La fatalidad de la muerte se hace más evidente si se concibe como una característica intrínseca al propio ser vivo desde su origen. En opinión de Metchnikoff, la angustia que genera la muerte se debe a que muy poca gente alcanza el fin normal de su existencia, tras “el cumplimiento de un ciclo completo y fisiológico de la vida con una vejez normal, que desemboca en la pérdida del instinto de vida y la aparición del instinto de muerte natural”.

Por otra parte Erick Erikson plantea un esquema vital en el que sólo puede existir una resolución positiva si se han resuelto satisfactoriamente los conflictos propios de las fases precedentes del desarrollo adulto; plantea un esquema vital en el cual la resolución positiva del tener que enfrentarse a una muerte inevitable incluye un sentimiento de plenitud, paz e integridad en lugar de sentimientos de fracasos, horror y desesperación.

Sin embargo, definir la muerte resulta mucho más difícil de lo que uno se imagina, ya que como se señaló, implica diversos ámbitos: biológico, médico, legal, social, religioso, etc., los cuales se encuentran entrelazados de una forma compleja, no obstante cada cual intenta darle un sentido.

LA SOCIEDAD ANTE LA MUERTE

Mientras que en algunos animales existen comportamientos innatos para morir, en el hombre sus actitudes y comportamientos ante la muerte son aprendidos culturalmente; dichas costumbres han variado de un tiempo a otro, a veces la muerte es vista como un hecho natural e inevitable, otras como un enemigo al que hay que conquistar. La cultura moldea nuestras experiencias de pérdida y los rituales que la rodean.

En todas las épocas, los seres humanos se han preguntado sobre la muerte: ¿Es el fin de la vida o el principio de otra?, ¿Cómo enterrar o conservar a los muertos para que puedan vivir dignamente en el más allá? Los pueblos de todo el mundo han compartido ciertos sentimientos y creencias sobre los muertos, que han desembocado en unas costumbres especiales llamadas ritos funerarios. En primer lugar estos ritos han querido mostrar la importancia de la persona que moría, bien fuera a la familia y amigos, bien a la comunidad.

“Para tratar de comprender el misterio de la muerte se crean complejos sistemas simbólicos que no son otros que los ritos funerarios. En cuanto a símbolo, la muerte es el fenómeno precedero y destructor de la

existencia. No obstante la concepción que se tenga de la muerte será distinta según la cultura y los pueblos de que se trate". (Philip Arlés).

El acontecimiento de la muerte promueve la realización de ritos funerarios de gran trascendencia para el individuo y para la sociedad, pues constituyen un caso paradigmático de un hecho social que tiene una profunda significación para definir la naturaleza de una organización social dada e implica importantes funciones psicológicas, sociológicas y simbólicas para sus miembros.

Las funciones sociológicas que subyacen en la realización de los rituales funerarios tienen que ver con los lazos de solidaridad que se establecen con los deudos del difunto y sus allegados, permiten estrechar lazos de fraternidad y apoyo.

Las funciones simbólicas aluden al mito que se escenifica con el rito: si se ejecutan debidamente los rituales, según la creencia de quien los practica, se pueden alcanzar los objetivos para lo cual se realizarán, es decir, lograr la trascendencia de una vida terrena a una divina, promover el descanso del alma del fallecido, facilitar la reencarnación del difunto y mitigar el dolor de los deudos.

Finalmente, el culto que se le rinde a la muerte revela cómo las tradiciones, creencias y costumbres funerarias han marcado hitos en el desarrollo de la humanidad, toda vez que dejan al descubierto su cosmovisión del mundo.

A pesar de que a nivel mundial existen infinidad de modalidades de funerales, por lo general todos, exigen ciertas normas más o menos rígidas, en cuanto a los alimentos, bebidas y vestuario apropiados, que varían de cultura en cultura. Por ejemplo el color de luto entre los egipcios es el azul claro, en el extremo oriente es el blanco, mientras que en la mayoría de los occidentales es el negro.

En el caso de las civilizaciones orientales, vida y muerte no se consideran eventos contrarios, sino que son asumidos como una unidad, una sola identidad. No así en las culturas occidentales, en donde hay un gran apego a la cultura de la vida, en las que la vida y la muerte representan eventos que se niegan uno a otro.

La mayor parte de las sociedades creen que una parte invisible de la persona muerta, pasa a otra vida, es lo que en el mundo occidental se conoce como alma o espíritu. En muchos lugares, existe una actitud ambivalente respecto al alma de las personas, pues al mismo tiempo que se le honra, respeta y venera, también se le teme, por lo que algunas sociedades toman precauciones para que el alma del muerto no pueda regresar a su casa, esto dio origen a la costumbre de sacar a los muertos con los pies por delante, ya que se pensaba que si el cuerpo era trasladado mirando el camino, este podría regresar más tarde.

Gran parte de lo que sabemos en la actualidad de las grandes culturas de la antigüedad como la egipcia, la mesoamericana, la china, la inca, la maya, etc. se debe al estudio de los muertos, pues desde la más remota antigüedad el ser humano ha ido dejando evidencias de sus ritos mortuorios, técnicas de enterramientos y ofrendas.

Puede decirse que las tumbas son como cápsulas de tiempo, las cuales son analizadas por una serie de especialistas: arqueólogos, antropólogos físicos, biólogos, paleontólogos, etcétera, quienes extrayendo los objetos que están enterrados y su contexto, averiguan su cronología, así como los estilos de vida de esos pueblos en el pasado.

A los objetos enterrados con los muertos, los arqueólogos les denominan "ofrendas funerarias". Por lo general las ofrendas de la gente de la clase dominante eran objetos muy costosos: joyas, cerámica finamente decorada, máscaras funerarias, a los cadáveres generalmente se les proveía de alimentos y bebidas.

En ocasiones, cuando el personaje era muy importante, se le daba muerte a los sirvientes, a los animales (perros, caballos) y a las esposas, para enterrarlos junto con sus amos. En una etapa posterior se empezó a creer que en vez de sirvientes o soldados podían enterrarse replicas de los mismos. Esta costumbre se ha encontrado entre las culturas mesoamericanas, china, egipcia, inca, etcétera. Por lo tanto, no es extraño que varios de los hallazgos más famosos e importantes de la arqueología estén relacionados con tumbas: el caso de Tutankamón en Egipto, y el descubrimiento de la tumba de Palenque, en el área maya, son prueba de ello.

Los primeros indicios arqueológicos de sepulturas rituales se encuentran en Europa y Asia. En el período de tiempo, que los paleontólogos han denominado paleolítico medio, surge el hombre de Neanderthal, considerado como el primer ser humano, que desarrolló una vida espiritual con una creencia en el más allá como lo demuestra su práctica de enterrar a los muertos.

En las sepulturas encontradas en Europa pertenecientes al hombre de Neanderthal se hallaron utensilios, de ahí se supone su creencia en una supervivencia en la cual necesitaban alimentos y utensilios habituales, la actitud del hombre de esta época hacia sus muertos debió ser una mezcla de respeto y temor.

Con el paso del tiempo, la muerte se convirtió en una experiencia meditativa de introspección. La vida debía ser la preparación para la eternidad. La muerte continúa considerándose como una intervención deliberada y personal de Dios, y siguió así durante la Edad Media; dramatizada en el momento de la agonía, donde se alude a una lucha encontrada entre ángeles y demonios que se disputan el alma del que va a morir. Por eso era importante morir de “buena muerte”, para acceder a la esperanza de ganar el reino de los cielos.

Durante el Romanticismo, época en la que se exaltaban por igual pasiones violentas y emociones desbordadas, se tuvo una visión dramática de la muerte; aparecieron escenas de dolor frente a la muerte del otro, del ser amado. La muerte deja de estar asociada al mal, declina, aunque no desaparece la conexión entre ésta y el pecado.

Para el siglo XIX es “el otro mundo” el lugar de reunión entre aquellos que han sido separados por la muerte, la cual se comienza a dilucidar como algo demasiado horrendo como para tenerlo de manera constante en mente, comienza a ser un tema tabú. Sin embargo, a finales de este mismo siglo lo más común era que la gente muriese en el hogar donde habían habitado, dándose cuenta así de la proximidad de su muerte y teniendo con ello la oportunidad de terminar los asuntos emocionales de su vida en su ambiente familiar; permitiendo también a los miembros de la familia y amigos decir adiós al ser querido, contemplado a la muerte como algo natural.

Después de los horrores de las dos guerras mundiales y de los campos de exterminio nazis, la muerte fue confinada como un afán de ocultarla, a los hospitales e instituciones de salud en donde el enfermo moría alejado de la familia y su entorno.

LA MUERTE HOY

¿Qué hay de la muerte hoy, en una época en que las religiones, al menos en Occidente, han perdido parte de la influencia que venían ejerciendo en los individuos y en las sociedades? A esta pregunta, lo normal es responder que hay «olvido» de la muerte. De ordinario se habla de la ocultación contemporánea de la muerte y de su expulsión.

Actualmente, la muerte se vive socialmente como un tabú, no se les permiten hablar de ella incluso a aquellos que saben que están cerca de morir; tal es el caso de los enfermos terminales quienes acuden a los hospitales en un afán de luchar hasta lo último contra ella, sin importar lo adverso de las circunstancias.

El hecho, en realidad, es que la muerte no está olvidada -¿es que es posible olvidarla?--; paradójicamente, está a la vez omnipresente y mantenida a distancia. Su omnipresencia, por ejemplo, nos la patentizan las pantallas de televisión que ponen ante nuestros ojos un número impresionante de crímenes, cuando nos presentan escenas de guerra, genocidios y masacres de todo género.

La muerte se trivializa por la frecuencia de su imagen como si con ella se abrigara la esperanza de que esa trivialización le fuera a arrancar su máscara trágica. Pero, al tiempo, se la mantiene a distancia por los muchos trabajos «científicos» que se hacen de ella. Ella se convierte, por los estudios médicos, históricos, sociológicos, jurídicos, etnológicos y otros, en un objeto más de estudio. La gente se pregunta sobre la muerte biológica, sobre lo que es. Se interesa por la historia de la muerte a través de los siglos: ¿cómo se veía la muerte en la Edad Media, en el siglo de las Luces, etc.? ¿Qué se puede pensar de los monumentos a los muertos que se multiplicaron después de las dos Guerras Mundiales y el holocausto judío?, ¿Qué hay de las grandes obras maestras de músicos, pintores y poetas por decir algunos, enalteciendo y rindiendo honor, pleitesía y reclamo a la muerte?

Por otra parte, el tema de la vida después de la vida, de morir con dignidad y sobre la eutanasia, ha inspirado cientos de libros, poesías, e incluso películas, además sigue siendo el fundamento de la mayoría de las

religiones, y aún las sociedades más modernas y avanzadas tecnológicamente, como los Estados Unidos de Norteamérica, siguen dándole un lugar muy especial al cuidado de los cadáveres, prueba de ello es que existen empresas como “Celestis” que ofrece lanzar al espacio los restos mortales de sus clientes para que orbiten alrededor de la tierra por toda la eternidad, y por extravagante que nos parezca, apunta directamente al sentido último de todos los ritos funerarios, en cualquier época y cultura: Preservar la memoria de los muertos a lo largo del tiempo.

En síntesis, nuestra época practica a la vez la trivialización de la muerte omnipresente y una despreocupación respecto de ella no prestando atención al interrogante básico que sigue en pie: ¿qué es la muerte?, y más concretamente ¿qué es «morir»?.

EL CULTO EN EL PALEOLÍTICO

LOS RITOS FUNERARIOS PREHISTÓRICOS

En la prehistoria, los primeros en celebrar algo parecido a un ritual de enterramiento fueron los neandertales hace cien mil años. Se han encontrado algunos cadáveres dispuestos en fosas y cubiertos de un polvo rojo llamado ocre. Se cree que el rojo era símbolo de vida y que el polvo de este color garantizaba al difunto la resurrección o la encarnación en el otro mundo.

Hace treinta y cinco mil años con la aparición del homo sapiens sapiens, el ser humano actual, los ritos funerarios fueron más habituales y más elaborados. El hecho de que se realizara todo un ritual en torno a un cadáver, indica que existía la creencia de que algo de éste sobrevivía a la muerte. Se creía que estos ritos eran necesarios para que el fallecido se integrara correctamente en el mundo de los muertos.

Los ritos funerarios tienen un significado claramente religioso, ya que son, en primer lugar, una respuesta elaborada a la constatación del hecho de la muerte -una reflexión trascendente- y una exaltación de la memoria de los muertos.

El culto a los muertos de las comunidades humanas primitivas implica la presencia de la conciencia de la muerte, probablemente la creencia en los espíritus de los muertos y en una comunidad de difuntos, y casi con toda seguridad, una concepción de la muerte como una prolongación de la vida con unas necesidades más o menos similares a ésta.

El hombre de las sociedades primitivas se esfuerza por vencer a la muerte transformándola en rito de tránsito. La muerte viene a considerarse como la suprema iniciación, como el comienzo de una nueva existencia espiritual. Mejor aún: generación, muerte y regeneración (re-nacimiento) se conciben como tres momentos de un mismo misterio, y todo el esfuerzo espiritual del hombre arcaico se pone en demostrar que entre estos momentos no debe existir ruptura.

De aquí que sea tan importante cumplir con los honores debidos a los muertos, la muerte entonces es concebida como un rito de tránsito y detenerse en ese momento constituye un problema ontológico, relativo al ser y que toca a todos por igual, a todos los mortales. La muerte entonces encierra un rito, que es sagrado y lo sagrado se refiere a un tiempo y un espacio especiales, únicos y dedicados a las divinidades.

Que algún tipo de culto o trato ritualizado a los muertos fuera ya una realidad en la prehistoria espiritual de nuestros antepasados remotos es un hecho constatado por el hallazgo y estudio de los cadáveres primitivos depositados en las fosas, tendidos o muchas veces en posición fetal, y según rituales tan diversos y tan diversamente emocionales como lo puedan ser hoy en día en las dispares culturas que subyacen a la especie humana común.

Los cultos funerarios se encuentran establecidos con cierta claridad a partir de finales del Paleolítico Inferior en algún depósito en el que los huesos humanos aparecen mezclados a los de animales. Sólo en los comienzos del Paleolítico Superior se han encontrado restos de verdaderas inhumaciones aunque es mucho más frecuente la simple deposición del cráneo junto con algún otro hueso humano, costumbre que podría responder a las características de un enterramiento secundario.

Los enterramientos rituales prehistóricos, en los que se ataviaba al difunto con su ajuar, adornos y los atributos de que había gozado en vida, debían de tener ese significado, si no nos empeñamos en creer que sus coetáneos quisieran enterrar con el difunto todo rastro o recuerdo que de alguna manera prolongara la memoria de su presencia entre los vivos.

En ellos es posible observar, una clara intención: la de que el muerto se encuentre acompañado por los mismos objetos, o parte de ellos, que le acompañaron durante su vida. En este hecho se encuentra posiblemente, la base de una primera y primitiva creencia religiosa. Los vivos, los familiares, creen que el muerto necesita estar acompañado de o tener a mano a sus propios instrumentos y objetos suntuarios. La creencia en dicha necesidad es posible que se encuentre ya formulada en la base del primitivo culto funerario, que a través de los tiempos fue

concretándose en formas cada vez más complejas, en las que parece plantearse la existencia de otra «realidad», relacionable con un más allá, en la que el muerto ha de integrarse con sus instrumentos y demás objetos que testimonian su vinculación a un determinado grupo humano.

Por cierto, los adornos más usuales debieron de ser los dientes de animales, las conchas y, sobre todo, los caninos de ciervos, éstos tan apreciados que hasta se hicieron imitaciones talladas en cuernos de reno, como se descubrió en un enterramiento de Arcy-sur-Cure, en Francia.

En el yacimiento de Sungir, cerca de Vladimikov, en Bielorrusia, bajo una gran losa de piedra sobre la que se había colocado un cráneo de mujer apareció el cadáver de un hombre de unos cincuenta años que había sido depositado, en el momento de su enterramiento, sobre un lecho de brasas incandescentes; veinte brazaletes hechos con colmillos de mamut cubrían sus brazos y sobre su pecho se había colocado un collar de dientes de zorro y un colgante de piedra.

En Grimaldi (Liguria, Italia) existe la llamada Cueva de los Niños, donde se encontraron los restos de una mujer adulta y de un adolescente. La posición forzada de los esqueletos indica que fueron enterrados juntos, metidos en un saco de cuero: ¿una historia de sentimientos proyectada al más allá? Sí, en cualquier caso y bajo cualquier interpretación, novelesca o no.

En la necrópolis de Bagenbakken, en Dinamarca, fechada en el 5300 antes de nuestra era, se encontró una doble tumba que contenía el cadáver de una mujer muy joven y, a su lado, el de un recién nacido varón que reposaba sobre un ala de cisne.

Otro hallazgo sobrecogedor fue el del enterramiento triple descubierto en una fosa poco profunda en Dolni-Vestonice (Checoslovaquia), con los restos de tres individuos de entre diecisiete y veintitrés años. Todos estaban orientados con la cabeza hacia el sur. El del centro correspondía a una mujer con graves malformaciones y con vestigios de un feto en las proximidades de su pelvis. El de su izquierda, depositado boca abajo, tenía uno de sus brazos apoyado en la joven, como si estuviera protegiéndola. Tanto él como su compañero, colocado al otro lado de la mujer, presentaban signos de muerte violenta. En el momento del enterramiento, la estructura había sido cubierta con maderos y posteriormente incendiada y cubierta con tierra.

LOS PRIMEROS CEMENTERIOS

En el Neolítico, a partir del octavo milenio antes de nuestra era, se fueron imponiendo las sepulturas colectivas, situadas en zonas alejadas de las aldeas, al modo de nuestros cementerios.

En lugares tan dispares como Biblos (Fenicia, cerca del actual Beirut), el Tigris medio o la meseta de Irán, los cadáveres se enterraban en grandes tinajas de cerámica común, pero de grandes dimensiones, como las utilizadas para almacenar el grano. También hubo, sobre todo en una amplia zona de la Europa central, sepulturas individuales, rodeadas o cubiertas de losas, o señalizadas por túmulos de grandes piedras.

Y la creencia en el más allá se tradujo cada vez con mayor firmeza en el incremento de la riqueza de las ofrendas y los ajuares funerarios.

El culto a los muertos se constata progresivamente, hasta el inicio de la historia propiamente dicha, en los rituales de conservación de los cráneos, práctica de la que se tiene constancia en Jericó (Palestina) y en Hacilar (Anatolia). Se han encontrado cráneos alineados sobre piedras llanas, posiblemente expuestos a la veneración de los vivos.

Éstas y muchas otras inquietudes aparentemente funerarias culminaron con la construcción de grandes moles pétreas, llamadas megalitos (como los menhires, los dólmenes o las alineaciones pétreas de Stonehenge) cuyo origen y significado todavía no son plenamente conocidos, pero que, en cualquier caso, constituyen los primeros monumentos funerarios que fueron construidos por la mano del hombre y que han llegado más o menos intactos hasta nuestros días.

RITOS FUNERARIOS EN LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES

EGIPTO

“La vida es tránsito, lo eterno es la muerte”

Libro de los muertos.

EL SENTIDO DE LA ETERNIDAD

Aspecto básico de la cultura y de la religión del antiguo Egipto fue la firme creencia en la vida de ultratumba. Se consideraba que esa vida era la continuación de la vida terrenal y que la muerte no era sino una paralización momentánea, susceptible de ser superada.

Según la cosmogonía egipcia el hombre estaba compuesto de materia y espíritu, la personalidad humana constaba de cuatro elementos: dos espirituales y dos materiales. Los primeros eran el Ka y el Ba; el Ka era una partícula divina que existía desde el principio, una especie de doble del cuerpo; el Ba nacía con el individuo y corresponde más o menos a la idea occidental del alma humana. Los elementos materiales eran el cuerpo y su sombra (esta última era visible aunque no fuese palpable).

Al morir el individuo el Ba y el Ka abandonaban el cuerpo. Era necesario asegurar la unión de ambos elementos en el más allá a fin de asegurar la supervivencia del difunto, esto se lograba mediante el culto funerario, pero como el elemento espiritual estaba ligado en cierta forma al cuerpo, había necesidad de preservarlo como base física de dicha supervivencia, ya que sin el cuerpo la personalidad quedaría incompleta. El proceso de momificación tenía como objetivo el mantenimiento del cuerpo para la propia existencia del Ka.

EL EMBALSAMAMIENTO

Ese imperativo de mantener unidos a los elementos espirituales con el cuerpo condujo a que el embalsamamiento cobrase gran importancia, alcanzando gran perfección durante el imperio nuevo.

Existían tres tipos de momificación a los cuales se podía optar según los recursos económicos disponibles.

En el procedimiento más costoso se comenzaba por extraer el cerebro a través de las fosas nasales. Luego se efectuaba una incisión en el costado derecho, a través de ella se extraían: el hígado, el estómago, los intestinos y los pulmones. Eran tratados y colocados en cuatro recipientes llamados vasos canópicos. El corazón era dejado en el cuerpo, pero sobre él se colocaba un amuleto en forma de escarabajo que simbolizaba la renovación de la vida.

El interior del cuerpo era lavado y rellenado con: mirra, canela, casia, semillas de flor de loto, esencias aromáticas y bolas de lino.

El cuerpo era cocido y se le dejaba durante setenta días en un baño de natrón seco (carbonato sódico) a fin de absorber la humedad, luego se le unguía con grasas y aceites, se le maquillaba, se le vendaba y se le entregaba a la familia.

En el segundo tipo de embalsamamiento no se practicaba incisión alguna, ni se retiraba el cerebro y las vísceras. Se procedía a inyectar por vía oral al cadáver con aceite de cedro, enseguida se le taponaba debidamente y se le colocaba durante setenta días en natrón. Al terminar ese período se le dejaba salir el aceite, que había disuelto las vísceras y arrastraba consigo sus restos.

El tercer procedimiento estaba reservado a las clases humildes, se limitaba a inyectar algún purgante energético que limpiase los intestinos y a colocar el cuerpo en el baño de natrón a fin de que se desecase. Esto último se limitaba a solo treinta días.

Las clases más pobres se limitaban a envolver a sus difuntos en una estera y a enterrarlos en la arena. Las condiciones del desierto de alguna manera propiciaba la momificación de los cuerpos.

LAS TUMBAS

La tumba es, de acuerdo con la visión del antiguo Egipto, la casa de la eternidad. Es el punto de encuentro entre el mundo terrenal y el más allá, asegura el bienestar y la tranquilidad del difunto, quien debe encontrar el equivalente de lo que usó en la vida. De ahí que todo el que disponía de los medios necesarios se preocupase en vida por hacerse construir lo que sería su morada eterna. La arquitectura egipcia se enfocó básicamente a las tumbas y los templos, ambos elementos se construyeron en piedra a fin de asegurar su perdurabilidad.

Durante el período dinástico antiguo las tumbas reales y de la nobleza son del tipo mastaba; constaban de una sección subterránea, encima de la cual se levantaba una construcción rectangular con paredes un poco inclinadas.

El Imperio Antiguo corresponde a la época clásica de las pirámides, se construyeron las mayores y las más importantes. La pirámide es la gran aportación arquitectónica de Egipto, da una impresión de majestuosidad, de monumentalidad y de ínter polaridad. La primera pirámide es la pirámide escalonada de Sakkara, levantada por el faraón Zoser de la tercera dinastía. En la cuarta dinastía ya se construyen verdaderas pirámides que constituyen la culminación de una evolución arquitectónica provocada por una serie de ideas simbólico-religiosas.

La pirámide es la tumba real durante los Imperios Antiguo y Medio, asegura el descanso eterno del faraón y la inviolabilidad de su momia y ajuar funerario pero, también tiene un gran simbolismo. Es el lugar en donde habita el alma del faraón; la unión del cielo con la tierra; constituye un gran trono solar en cuya superficie lisa y brillante se posa el sol; es una rampa que permite al faraón ascender al firmamento y acompañar al dios solar en su viaje diurno; es el elemento que consagra la exaltación del faraón difunto a la vez que es el símbolo del poderío del rey vivo y de su supremacía sobre los habitantes de Egipto; es la garantía de que el faraón, intermediario entre los dioses y los hombres protegerá a su pueblo durante su vida y más allá de ella.

Las pirámides más importantes son las de Gizéh levantadas por los faraones de la cuarta dinastía, presentan una formidable masa formada por bloque de piedra calcárea, revestida por una capa de mampostería que a su vez era cubierta con finas lozas. Su monumentalidad corresponde al hecho de que en el Imperio Antiguo el faraón es un dios-viviente, el único intermediario con los dioses y el que garantizaba la prosperidad del país.

La gran pirámide tenía una altura de ciento cuarenta y siete metros y en su base medía doscientos treinta y tres metros en cada costado, actualmente ha disminuido en unos cuantos metros. Se calcula que se emplearon en su construcción unos dos millones trescientos mil bloques de piedra calcárea con un peso promedio para cada uno de dos y media toneladas.

Fue considerada una de las siete maravillas del mundo antiguo. En torno a las pirámides se han formado multitud de teorías fantasiosas. Se pueden mencionar: teorías bíblicas, teosóficas, astronómicas, matemáticas, etc., se ha pretendido que posee elementos sobre el futuro de la humanidad y aún se ha hablado de extraterrestres. Todo ello, fantasioso, prueba el gran interés y atractivo que las pirámides, sobre todo la gran pirámide levantada por el faraón Kofú o Keops, han ejercido sobre la humanidad.

Durante el Imperio Medio se levantan pirámides más modestas; bajo el Imperio Nuevo las tumbas reales son excavadas en el Valle de los Reyes, la más famosa es la del faraón Tut-Ank-Amón, la única cuyo contenido se ha encontrado prácticamente intacto.

Las tumbas de los particulares fueron al principio del tipo mastaba, durante las dinastías IV y V se distribuían regularmente en las cercanías de las pirámides reales. Más tarde se convirtieron también en hipogeos, llegaron a presentar gran variedad tanto en sus dimensiones como en la distribución, lo más importante era la cámara funeraria con el sarcófago. Las paredes de las salas están decoradas con pinturas o relieves que representan escenas rurales, trabajos agrícolas, caza, pesca, diversiones, etc.

LOS FUNERALES

Al morir una persona, se desarrollaban impresionantes escenas de dolor. Se observaba un duelo durante el proceso de embalsamamiento, al término de él, se procedía al funeral. Se organizaba un gran cortejo en el que

figuraban: músicos, plañideras, sirvientes que llevaban el mobiliario, las pertenencias del difunto y las ofrendas, sacerdotes, la familia y los amigos del difunto. La momia era transportada en una especie de catafalco, que era tirado por bueyes. El cortejo cruzaba el río Nilo y se dirigía a la tumba, en ésta se procedía a la ceremonia llamada "apertura de la boca" consistía en que los sacerdotes restauraban mágicamente las facultades del difunto y se le otorgaba el uso de sus órganos para que dispusiese de ellos en el más allá. Así mismo las pinturas y relieves eran tratados mágicamente a fin de que mediante ellos y el ajuar funerario, el difunto pudiese disponer en el más allá de todo lo que había poseído en la tierra.

Rodeado de un impresionante ajuar, el difunto descansaba en un sarcófago, envuelto en vendas, cargado de amuletos y ricamente enjoyado. Los sarcófagos utilizados en Egipto fueron de diversos materiales y, en general, diestramente trabajados. En un principio fueron de madera, pasando después a ser de piedra caliza o granito, y en algunos casos de oro, de forma generalmente rectangular y cubierta plana o en bóveda, con magnífica decoración exterior pintada o en relieve. En un enterramiento aparecen, a veces varios, encajados unos dentro de otros; en el interior se encuentra el cadáver momificado, dentro de una caja o estuche de madera que reproduce en sus trazos generales la forma de un cuerpo humano y el rostro del difunto, y bellamente decorado con inscripciones jeroglíficas y textos del Libro de los muertos; en época tardía aparecen también pintados algunos animales sagrados

Durante los Imperios Antiguo y Medio se colocan en la tumba figurillas de servidores a fin de que satisfagan las necesidades de su amo en el más allá; a partir del Imperio Nuevo estas figurillas se hacen en serie, tienen las mismas características y son conocidas como los "ushabtis". Las tumbas reales contenían centenares de ellos.

A partir del Imperio Medio se difundió mucho el culto a Osiris. El alma del difunto debía presentarse a un juicio ante Osiris y cuarenta y dos jueces, si era justificada su conducta en este mundo, el alma era admitida al reino subterráneo regido por Osiris, mundo luminoso con anales y ríos. En caso contrario era entregada a un monstruo que la devoraba.

En el juicio, Osiris se encontraba flanqueado por dos divinidades femeninas: Isis y Nephtis, la primera era su esposa y hermana. Paralelo al juicio de los 42 jueces, el corazón del difunto es colocado en el platillo de una balanza, en tanto que el otro platillo lo ocupa la pluma de Maat, diosa de la verdad. El dios Anubis es el encargado de llevar a cabo dicho pesaje, en tanto que el dios Thot anuncia a Osiris el resultado del mismo.

TEXTOS FUNERARIOS

En el antiguo Egipto existieron numerosos textos funerarios relacionados con el difunto y el más allá. Al principio estaban consagrados exclusivamente a asegurar la supervivencia del faraón, luego su uso se extendió a los particulares. Se pueden mencionar: los textos de las pirámides, los textos de los sarcófagos, el libro de los dos caminos, el libro de lo que hay en la Duat, el libro de las puertas y otros.

Se conoce como "Libro de los Muertos" una colección de sortilegios que se incluían en las tumbas del Reino Nuevo, y pretendían ayudar al difunto en su difícil camino al Más Allá y en el juicio de Osiris. Su título original podría traducirse como "La salida al día", también como "El libro del eterno despertar". La muerte no era más que un renacimiento, al igual que el sol sale cada día, así el difunto accedía a un nuevo renacer.

El libro de los muertos es uno de los más importantes y conocidos, su uso se generaliza a partir del Imperio Nuevo; una selección de sus textos y viñetas era colocada en la cámara sepulcral, contenía una serie de fórmulas, encantamientos, himnos y letanías destinadas a guiar y proteger al difunto en su viaje de ultratumba, asegurarle una vida tranquila y estable, satisfacer sus necesidades y enseñarle cómo evitar los peligros.

Pero el libro no sólo comprende fórmulas para superar el juicio de Osiris, sino también pasajes para que el difunto reconozca a los dioses que le serán favorables o para que pueda orientarse en su viaje por "las Doce Regiones de la Duat". Eran los sacerdotes-lectores los encargados de leer ciertos pasajes del Libro vueltos hacia la momia.

El Duat o mundo inferior, que estaba dividido en doce regiones que correspondían a cada una de las doce horas de la noche, estaba atravesado por un río y cada región estaba separada de las otras por fuertes puertas que tenían terribles guardianes.

El Libro consta de aproximadamente 200 capítulos o sortilegios. La versión más conocida y más completa es el Papiro de Ani. Se calcula fue escrito durante la XVIII dinastía hacia 1300 A.C., en donde todos los textos están decorados por muchas imágenes de Ani y su esposa en su viaje a través del mundo de los muertos y que explican cada paso del juicio del Ka. Mide 26 metros y está compuesto por 3 capas de hojas de papiro pegadas entre si y dividido en 6 secciones con una longitud entre 1.5 y 8 metros cada una. Fue adquirido por el Museo Británico en Tebas el año 1888 y actualmente está registrado con el número 10470. El papiro fue realizado por tres escribas diferentes, como puede apreciarse en las diferentes grafías que en él aparecen, pero sólo uno realizó los dibujos.

GRECIA

Cuando la muerte se precipita sobre el hombre, la parte mortal se extingue; pero el principio inmortal se retira y se aleja sano y salvo. (Platón).

La perfecta igualdad no existe, sino entre los muertos. (Pitágoras).

La muerte en Grecia como en todas las sociedades antiguas, tenía especial importancia en el grupo familiar. Por eso para los atenienses era importante ser enterrados en su tierra natal; por ello se intentaba siempre recuperar los cadáveres de los soldados muertos en campañas lejanas.

El culto a los héroes surgió del culto a los muertos y a menudo los héroes eran enterrados dentro de las ciudades como homenaje por haber defendido la patria, pero por lo general los sepulcros se levantaban en los campos, en las orillas del mar o en la cumbre de las montañas. El lujo, el buen gusto y la magnificencia eran la regla.

Los ritos funerarios debían ser ejecutados por las personas adecuadas: los parientes, especialmente los hijos, que estaban obligados a asumir los gastos funerarios. Las mujeres de la familia, muy allegadas al difunto o, en su caso, de más de sesenta años, debían preparar el cuerpo: bañarlo, ungirlo de aceite, envolverlo en un sudario que dejara el rostro al descubierto y adornarlo con coronas, cintas y joyas. La ley prohibía enterrar a un hombre con más de tres prendas, pero se solía poner en la boca del difunto una moneda, con la que éste pagaría al barquero Caronte la travesía del río del Infierno.

Al día siguiente el cadáver se exponía (prothesis) en la casa del fallecido o de un pariente próximo, con los pies dirigidos hacia la puerta, donde se velaba durante uno o dos días. Podía acudir cualquier hombre, pero estaba restringida la presencia de las mujeres salvo a las de parentesco más próximo. La prothesis servía para confirmar la muerte y daba lugar al lamento funerario, protagonizado por las mujeres, que, vestidas de negro y con el cabello recogido, se golpeaban el pecho y cantaban el lamento ritual, aunque a menudo se contrataban plañideras profesionales para el treno fúnebre. Delante de la casa se colocaba un vaso de agua lustral traída de una vivienda vecina porque la de la casa propia se consideraba contaminada. Con esa agua se rociaban los que salían del velatorio para purificarse, y el propio vaso situado en la puerta avisaba del fallecimiento.

Al tercer día, antes de la salida del sol, se celebraba la procesión (ecforá) hacia la sepultura, que la ley obligaba a celebrar sin grandes ostentaciones, por calles secundarias. Para que la muerte no mancillara la luz del sol y porque los ciudadanos no debían intentar sobresalir ni en vida ni en la muerte por sus recursos económicos, el cortejo se realizaba antes del amanecer.

Se llevaba al muerto sobre el mismo lecho en el que había estado expuesto, en hombros de sus familiares o en un carro. Al frente del cortejo va una mujer portadora de un vaso para libaciones, luego los hombres y tras ellos las mujeres, cuyo atuendo estaba determinado por la ley (luto negro, gris o blanco). El cortejo fúnebre llegaba hasta la tumba, siempre fuera de las murallas de la ciudad, o en las posesiones familiares. Ahí se inhumaba el cuerpo o se quemaba en una hoguera (según la condición social familiar, ya que la cremación resultaba costosa) recogiendo las cenizas en una vasija, sin apenas ceremonia, porque la ley prohibía los sacrificios en las sepulturas. Sólo se purificaba la tierra y se hacían libaciones, tras lo cual la comitiva regresaba a la casa donde se celebraban largas ceremonias de purificación, pues la impureza provocada por el contacto con la muerte era la peor de todas. Los parientes del muerto se lavaban todo el cuerpo y luego participaban en la comida fúnebre. Al día siguiente, con agua del mar, se purificaba la casa. Tras todo ello se sucedían los banquetes al tercer día, al noveno, al trigésimo después de los funerales y los días de aniversario.

El lugar del enterramiento se marcaba con un elemento que sobresalía del suelo: desde un simple montón de tierra, una construcción de piedra o ladrillo o, más frecuentemente, una estela que tendía a adoptar la forma humana o representar al muerto. Así se conseguía recordar al difunto y evitar la violación de la tumba. Un elemento característico de los enterramientos griegos eran los epitafios, pequeños poemas de elevada calidad literaria que informaban al caminante sobre la personalidad del difunto, la forma de su muerte y la huella que había dejado entre los vivos.

LA MORADA DE LOS MUERTOS

El Hades era la morada de los muertos, se divide en los Campos Elíseos y el Tártaro, cuya entrada era el Averno, cráter cercano a Cumas (Averno se emplea muchas veces como genérico del inframundo).

Los fallecidos entraban al inframundo, llegaban a la laguna Estigia, por medio de Hermes y allí cruzaban el río Aqueronte, conducidos por el barquero Caronte, quien cobraba por el pasaje una moneda que ponían bajo la lengua del difunto sus piadosos familiares o sobre los párpados de este.

Los indigentes y los que no tenían amigos ni familias se reunían para siempre en la orilla cercana. El otro lado del río era vigilado por Cancerbero, el perro de tres cabezas derrotado por Hércules (Homero). Varios ríos recorrían su reino: Acheron: el río de la tristeza; Cocytus, el río de las lamentaciones; Lethe, el río del olvido; phlegethon, el río del fuego y Styx, el del odio.

Los muertos eran juzgados por Minos, Radamantis y Éaco que los mandaban por tres senderos según sus actos: en el primer sendero estaba la llanura de Asfódelos, citada poco en la literatura, y era aquí donde se quedaban los mediocres. En otro camino se encontraban los Campos Elíseos, donde iban los afortunados. Y el Tártaro, que era un lugar tético, oscuro y funesto, habitado de formas y sombras incorpóreas.

Cuenta Virgilio que había una “profunda cueva” de “escabrosa boca”, que era defendida por “tenebrosos bosques” y por las “negras aguas” del lago Estigia. Los latinos llamaban a ese lugar Averno.

Hades, el Invisible, es quien gobierna las regiones bajas o inferiores, pero no por ello menos importante. A él se le adjudicó el imperio de las almas en las profundidades de la tierra, en su seno, mientras que sus hermanos adquirieron poder sobre el cielo y el mar. Hades es la contraparte de Zeus, por gobernar en dos regiones antagónicas pero que dan solución a la continuidad del espacio. Este dios infernal es llamado el Zeus Ctónico, el Señor del Inframundo o simplemente Hades. Justamente por este último nombre es que nosotros conocemos el Hades; es decir, el lugar que alberga las almas de los difuntos, que según Platón, citado en seguida, unas van a los Campos Elíseos, mientras que otras van al Tártaro, a pagar condena por sus crímenes, desmanes, vilezas, etc. Leamos entonces una descripción del mundo subterráneo hecha por Platón:

“Siendo así la naturaleza de esos lugares, una vez que los difuntos llegan a la región adonde a cada uno le conduce su daimon, comienzan por ser juzgados los que han vivido bien y piadosamente; y los que no. Y quienes parece que han vivido moderadamente, enviados hacia el Aqueronte, suben a las embarcaciones que hay para ellos, y sobre éstas llegan a la laguna, y allá habitan purificándose y pagando las penas de sus delitos, si es que han cometido alguno, y son absueltos y reciben honores por sus buenas acciones, cada uno según su mérito. En cambio, los que se estima que son irremediables a causa de la magnitud de sus crímenes, ya sea porque cometieron numerosos y enormes sacrilegios, o asesinatos injustos e ilegales en abundancia, y cualquier tipo de crímenes por el estilo, a éstos el destino que les corresponde los arroja al Tártaro, de donde nunca saldrán y los que parece que han cometido pecados grandes, pero curables, como por ejemplo atropellar brutalmente en actos de ira a su padre o su madre, y luego han vivido con remordimiento el resto de su vida, o que se han hecho homicidas en algún otro proceso semejante, éstos es necesario que sean arrojados al Tártaro, pero tras haber caído en él y haber pasado allá un año entero los expulsa el oleaje, a los criminales por el Cocito, y a los que maltrataron al padre o a la madre por el Piriflegetonte. Cuando llegan arrastrados por los ríos a la laguna Aquerusiade, entonces gritan y llaman, los unos a quienes mataron, los otros a quienes ofendieron, y en sus clamores les suplican y les ruegan que les permitan salir a la laguna y que los acepten allí y, si los persuaden, salen y cesan sus males; y si no, son arrastrados otra vez hacia el Tártaro y desde allí de nuevo por los ríos, y sus padecimientos no cesan hasta que logran convencer a quienes dañaron injustamente. Pues esa es la sentencia que les ha sido impuesta por sus jueces. En cambio, los que se estima que se distinguieron por su santo vivir, éstos son los que, liberándose de esas regiones del interior de la tierra y apartándose de ellas como de cárceles, ascienden a la superficie para llegar a la morada pura y establecerse sobre la tierra. De entre ellos, los que se han purificado suficientemente en el ejercicio de la filosofía viven completamente sin cuerpos para todo el porvenir, y van a parar a moradas aún más bellas que éstas, que no es fácil describirlas ni tampoco tenemos tiempo suficiente para ello en este momento. Así que con vistas a eso que hemos relatado, Simmias, es preciso hacerlo todo de tal modo que participemos de la virtud y la prudencia en esta vida. Pues es bella la competición y la esperanza grande.”

Se menciona en alguna literatura la prohibición de Solón en cuanto a los sacrificios hechos durante el sepelio (cartas XCIX y LXIII), mientras el finado era velado todavía en la casa que habitaba. Los sacrificios antes de Solón eran de toros, normalmente negros. De igual forma eran de color negro todos los animales que se sacrificaban a las deidades ctónicas, como Hades, Deméter y Perséfone. Dichos animales podían ser ovejas, chivos y, como ya hemos dicho, toros. Tenemos referencia en la Ilíada que durante otros tiempos (siglo XI a.C.), probable era de la guerra de Troya que los sacrificios se efectuaban con seres humanos, aparte de una variedad de animales como en los funerales de Patroclo, en los que además de caballos, bueyes, ovejas y perros se degollaron y arrojaron a la pira doce troyanos hijos de nobles caudillos.

LOS FUNERALES DE PATROCLO

(Homero: La Iliada)

...*"Ya habían lavado y colocado en su lecho el cadáver de Patroclo, y sollozando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermoso pelo; Tetis que se hallaba entre los guerreros les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas quedaron las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. Y Aquiles comenzó entre ellos el funeral colocando sus manos sobre el pecho de su amigo y diciendo: "Alégrate, ¡oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrado el cadáver de Héctor que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, por la cólera que me causó tu muerte."*

"Los reyes aqueos llevaron a Aquiles a la tienda de Agamenón para que se lavara las manchas de sangre y polvo antes de celebrar el banquete, a lo cual se negó diciendo: "No es justo que el baño moje mi cabeza hasta que ponga a Patroclo en la pira, le erija un túmulo y me corte la cabellera; porque un pesar tan grande no volverá jamás a sentirlo mi corazón mientras me cuente entre los vivos. Ahora celebraremos el triste banquete y cuando se descubra la Aurora, manda, oh rey Agamenón, que traigan leña y la coloquen como conviene a un muerto que baja a la región sombría, para que pronto el fuego infatigable consuma y haga desaparecer de nuestra vista el cadáver de Patroclo y los guerreros vuelvan a sus ocupaciones." Así dijo y ellos le escucharon y obedecieron.....Ya satisfecho el apetito se fueron a dormir a sus tiendas. Aquiles se quedó con muchos mirmidones, dando profundos suspiros a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerlo el Sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Ilión."

"Entonces vino a encontrarlo el alma de Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras: "¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Tú cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviere el río y me junte con ellas, y de este modo voy errante por los alrededores de ambas puertas del Hades. Dame la mano, te lo pido llorando, pues mi alma ya no volverá del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de la vida, conversaremos separadamente de los amigos, pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles, semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y te encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos, ya que juntos nos hemos criado en tu palacio desde que Menecio me llevó de Opunte a vuestra casa. Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu escudero; así también una misma urna, el ánfora de oro que te dio tu madre, guarde nuestros huesos."

"Aquiles respondió a Patroclo: "¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto." Diciendo esto Aquiles le tendió los brazos, pero no consiguió asirlos: el alma de Patroclo se disipó y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una palmada y exclamó con voz lúgubre: "¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía." Así dijo y a todos los excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del

cadáver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos para ir por leña.”

“Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos juntos y aguardaron. Aquiles mandó enseguida a los belicosos mirmidones que tomaran las armas y uncieran los caballos y ellos se levantaron, vistieron la armadura y los caudillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguíanlos la nube de la copiosa infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto del cabello que en su honor se habían cortado. El divino Aquiles sosteníale la cabeza y estaba triste porque despedía para el Hades al eximio compañero. Cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo y enseguida amontonaron abundante leña. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera que conservaba espléndida y la puso en manos del compañero querido y a todos les excitó el deseo de llorar.”

“Los que cuidaban del funeral amontonaron leña, levantaron una pira de cien pies por lado, y con el corazón afligido pusieron en lo alto de ella el cuerpo de Patroclo. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y flexípedos bueyes de curvas astas, y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquéllas y de éstos. Cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza y hacinó alrededor los cuerpos desollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de aceite, y las abocó al lecho; y exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro corceles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y degollando a dos los echó igualmente a la pira. Les siguieron doce hijos valientes de troyanos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón acciones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la devorara, gimió y nombró al compañero amado. Durante toda la noche el veloz Aquiles invocó el alma de Patroclo, y como solloza un padre al quemar los huesos del hijo recién casado, cuya muerte ha sumido en el dolor a sus progenitores, de igual modo sollozaba Aquiles al quemar los huesos del amigo, y arrastrándose en torno de la hoguera gemía sin cesar. Y antes que dieran comienzo los juegos en honor de Patroclo, Aquiles pidió a quienes lo acompañaban que pusieran los restos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa, donde se pudieran guardar hasta que él también descendiera al Hades y sus propios restos le acompañaran en un túmulo anchuroso y alto. Vueltos a su sitio, Aquiles detuvo al pueblo y lo hizo sentar, formando un gran círculo, y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieran en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura y lucientes prendas. Y así iniciaron los héroes las competencias en homenaje a Patroclo.”

ROMA

“Es injustificado el temor a la muerte; ésta es el fin de toda angustia, el más tranquilo sueño, el eterno descanso. El que ha gozado debe retirarse de la vida como huésped satisfecho; el que ha sufrido, recibir gustoso a la que viene a cortar el hilo de sus desventuras. Sabemos todos que es indispensable morir, y no debe la hora del morir preocuparnos. Nada hay para nosotros más allá del sepulcro”:

Lucrecio

Los ritos y costumbres funerarios tuvieron una evolución progresiva a lo largo de la historia romana, los intercambios culturales con otras civilizaciones, fueron mezclándose entre sí y llenándose con un estilo romano al punto de darles un sentido propio anteriormente poco visto. La inhumación en necrópolis subterráneas fue tomada de los etruscos al principio, y posteriormente al conquistar las colonias griegas al sur de la península itálica, los ritos funerarios tomaron un rumbo helénico, como la cremación, una vez adoptadas las deidades de estos últimos - aunque es bueno aclarar que los ritos romanos eran mucho más pomposos y ostentosos que los helénicos-. Por esta razón los monumentos funerarios romanos van desde las más intrincadas catacumbas, hasta palacios monumentales y pirámides que nos hacen recordar a las egipcias. Luego ya hacia el final del Imperio con el crecimiento del cristianismo volvió la inhumación.

En las primeras épocas del imperio la inhumación fue reemplazada por la cremación, ya que los legionarios emplazados en lejanas regiones recién conquistadas eran tan odiados por los locales, que éstos a manera de venganza póstuma, desenterraban y vejaban los cuerpos. Si bien el culto a los muertos en la civilización romana era tan variado y tan cambiante a lo largo de sus épocas, el objetivo final de éste, siempre fue el mismo: la inmortalidad. Ya sea por medio de que el alma, en esencia inmortal y de carácter divino, vaya al inframundo o mediante la memoria producto de la impresión al ver una colosal escultura.

LOS RITOS FUNERARIOS

Estos eran muy importantes para la familia del difunto, y para el difunto mismo también, ya que era costumbre que éste organice ciertos aspectos de su procesión fúnebre y morada final antes de morir. Las familias más adineradas contrataban organizadores que se encargaban de armar el cortejo, los cuales se encargaban de traer desde músicos, que iban delante de las exequias, hasta "lloradores" para mostrar al muerto como un ser grande, llorado y reverenciado por otros. Dependiendo de lo ilustre del difunto, la exhibición de éste al público podía durar hasta una semana.

La familia romana estaba tan unida que al fallecer uno de sus miembros pasaba a formar parte de los antepasados a los que había que rendir culto. Ya era uno de los protectores de la familia, los Manes, que se les rendía culto manteniendo vivo el fuego del hogar. La tumba adquiría la categoría de altar, símbolo de la vida sedentaria. Debía de estar en el suelo y no podía cambiar de lugar, ya que los Manes exigían una morada fija a la que estaban vinculados todos los difuntos de la familia. El espacio del enterramiento, sepulchrum, adquiría el carácter de lugar sagrado, locus religiosus, inamovible, inalienable e inviolable. Solo podían acceder a él los familiares. Las partes externas, la momumenta, sí que se podía transformar y redecorar.

Siempre que las circunstancias y la muerte lo permitían, el funeral daba inicio en casa del difunto. La familia acompañaba al moribundo a su lecho, para darle el último beso y retener así el alma que se escapaba por su boca. Tras el fallecimiento, se le cerraban los ojos y se le llamaba tres veces por su nombre para comprobar que realmente había muerto. A continuación se lavaba el cuerpo, se perfumaba con ungüentos y se le vestía.

Finalmente el cuerpo del difunto se colocaba sobre una litera con los pies hacia la puerta de entrada, rodeado de flores, símbolo de la fragilidad de la vida y se quemaban perfumes. Según la condición social permanecía expuesto de tres a siete días. En la puerta de la casa se colocaban ramas de abeto o ciprés para avisar a los viandantes de la presencia de un muerto en el interior. Como señal de duelo evitaban encender fuego en la casa.

Hasta finales del Siglo I, el funeral era celebrado por la noche a la luz de las antorchas, ya que la muerte era un suceso desgraciado y contaminante. A partir de esta fecha comienzan a realizar los ritos por el día, excepto los de los niños, suicidas e indigentes.

Los músicos que marchaban delante del cortejo lo hacían entonando temas fúnebres. Cuando era alguien de mucha importancia el cortejo se detenía delante del foro y un familiar cercano pronunciaba una oración frente al carro mortuorio. Como se mencionó, la intención de señalar que continuaba la vida después de la muerte hacía que al difunto se lo saludara como a un ciudadano marchando al exilio y no como a alguien finado. Una vez dada la oración, y en algunos casos el discurso, los familiares se dirigían hacia la pira funeraria -siempre fuera de la ciudad- cargando máscaras de cera y esculturas de sus familiares muertos anteriormente, como si todos estuvieran presentes.

Antes de encender el fuego, un familiar cercano se acercaba donde el muerto y abría sus ojos para permitirle ver por última vez la luz, luego de esto se cerraban los ojos pronunciando el nombre del extinto para luego depositar una moneda en su boca -con el objetivo de que este pague su viaje al más allá a Caronte, el barquero del Estigia en el inframundo-. Posteriormente seguía el encendido de la pira por los familiares más cercanos y se entonaba una elegía en honor al difunto. El fuego era extinguido con vino -era muy normal que se evitaran mojar las cenizas para que el difunto no vague ebrio por el otro mundo- y las cenizas eran recogidas por los familiares más cercanos, generalmente las madres o los esposos/as. Lo huesos, aun calientes, eran lavados con vino añejo o leche, una vez calientes se depositaban en una urna funeraria llena de flores.

Al día siguiente se celebraba un banquete póstumo o fúnebre, en el cual se comía en honor al muerto. Estas comidas luego eran celebradas en aniversarios para conmemorar al difunto. Era normal que si la familia tenía un posición económica invitara al pueblo a distintos juegos sangrientos donde veían a dos gladiadores boxear con guantes dotados de planchuelas de plomo, esta tradición impuesta por los hermanos Bruto en honor a su padre, tal vez tiene un precedente Homérico.

Era normal que los familiares, en constante recordatorio de sus antepasados, visitaran periódicamente las tumbas depositando flores y distintos manjares. Comidas eran celebradas y se pedía a los familiares de guía y consejos en el más allá.

Muy diferente era para los pobres, muchas veces arrojados como animales en las fosas comunes fuera de las ciudades para dejarlos pudrir, y posteriormente incinerados en estas mismas fosas comunes. Estos eran recogidos de las calles de la ciudad en las más congestionadas partes urbanas de Roma y eran llevados por cuatro necróforos en un ataúd de alquilar a la noche.

Los necróforos, y generalmente los asociados a la industria de la muerte, debían vivir fuera de la ciudad ya que se creían contaminados. Los romanos asociaban a la muerte con la contaminación, no solo material sino espiritual, es por esta razón que los entierros debían realizarse de noche y fuera de la ciudad. Los necróforos vivían aislados en comunidades fuera de las paredes de la urbe.

Los collegia eran una especie de mutual que aseguraba, tras una cuota mensual, que se cumplieran los ritos funerarios tras la muerte de sus socios, generalmente asegurándoles el lugar en un columbarium. Estas sociedades eran quizá la única manera de que las clases inferiores pudieran acceder a un ritual digno. -salvo en los períodos en que los emperadores se encargaban de asegurarles un funeral correcto a la población-

LAS TUMBAS

En las tumbas tanto de ricos y pobres era normal, además de las escenas mitológicas, encontrar bajo relieves y pinturas de la vida cotidiana de los difuntos. Gracias al estudio de éstos se pudo llegar a comprender en mayor medida cómo era la vida de los esclavos, las mujeres y la clase media de Roma. Es por las inscripciones y los epitafios que se pudo llegar a entender muchos aspectos de la sociedad, a veces éstos cargados de contenido político y otras veces de planteos filosóficos dirigidos al pasante. Uno de los mayores ejemplos de documento histórico es la Columna de Trajano, erguida bajo su pedido, la que nos da un recuento histórico completísimo de los años en guerra contra Dacia.

Las tumbas eran de muy variados tipos. Las más utilizadas eran las fosas comunes, a las que iban a parar los más pobres y éstas eran seguidas por los Columbariums -la traducción más cercana sería "palomera"- el interesante nombre de este tipo de tumbas, generalmente talladas en la roca, o subterráneas, viene de que las urnas con los restos de los difuntos eran colocadas en nichos muy semejantes a los encontrados en un palomar. Cuando la tumba era subterránea lo más normal es que a la vista se encontrara un Monumentum -hito que señala el lugar

de la tumba al exterior-. En un columbario era general encontrar a una familia de clase media y también a sus esclavos y libertos, cada urna, generalmente estaba identificada con una placa distintiva. Estos columbarios eran generalmente de planta cuadrada, redonda o poligonal y los nichos se encontraban emplazados en las paredes. Por supuesto que la calidad del columbario dependía de la clase social de sus habitantes. Se pueden encontrar desde los más rústicos agujeros en la roca o catacumba subterránea, hasta elegantes bóvedas con pisos de mármol y estatuas que conmemoraban a los muertos.

Los epitafios, generalmente señalaban el nombre y fecha de nacimiento del difunto y quién fue el que pagó por la tumba y qué relación familiar tenía con aquel. Hay muchos tipos de epitafios, algunos más artísticos y otros más estadísticos. Era normal que este tipo de tumbas estén ubicadas a los costados de los caminos, generalmente mientras más importantes los caminos, de mayor nivel social los miembros de las tumbas, siendo la Vía Apia el cementerio de una gran cantidad de familias patricias.

Las principales inscripciones funerarias de los romanos eran D.M.S., Dis Manibus Sacrum ("Consagrado a los Dioses Manes"), H.S.E., -Hic Situs Est- ("aquí está enterrado"), o S.T.T.L., -Sit Tibi Terra Levis- ("que la tierra te sea leve"). No solía figurar el día de la muerte, se indicaba la edad del difunto, el nombre o la familia a la que pertenecía y finalmente se inscribían unas palabras afectuosas para con el difunto: queridísimo, benemérito, etc.

Las tumbas podían contener urnas, con las cenizas del difunto, o sarcófagos -devoradores de la carne, del griego- con el cuerpo de éste. Ambas, urnas y sarcófagos, estaban adornadas con bajo relieves de diferentes escenas mitológicas, de la vida cotidiana, y hasta planteos filosóficos o políticos directamente relacionados con los gustos y preferencias del muerto. Estas urnas y sarcófagos podían estar construidas de metales preciosos o mármol, dependiendo del nivel económico de la familia del difunto -recordemos que las tumbas además de algo religioso eran un factor de status social- razón por la cual se esforzaban con esmero por tener tumbas envidiadas por otros ciudadanos. Estas estelas con escenas de la vida cotidiana y escenas mitológicas estaban apuntadas a enfocar el significado de la inmortalidad del alma y el paso de la vida terrenal a la vida después de la muerte.

Más allá de las tumbas comunes estaban las tumbas colosales, monumentos que expresan la genialidad de la creación humana en todas sus perspectivas. Estos varían mucho, desde el mausoleo de Adriano hasta la Columna de Trajano, un monumento colosal de 40 metros de altura cuya creación fue la de ponerlo más cerca de los dioses en su morada final.

La humatio, era esencial en el funeral. Consistía en arrojar tierra sobre el cuerpo del difunto o sobre parte de él, según se tratara de una inhumación o una incineración. La tumba se consagraba con el sacrificio de una cerda y una vez construida se llamaba tres veces al alma del difunto para que entrara en la morada que se le había preparado.

Durante la ceremonia funeral se realizaba un acto de purificación para las personas que habían estado en contacto con el cadáver. Antes de la sepultura la tumba se purificaba barriéndola o limpiándola y después utilizando agua se limpiaba a las personas que habían asistido al funeral.

En época del alto imperio y al entrar en contacto con culturas como la griega, el más allá se concebía como una región subterránea, en la cual vivían reunidas todas las almas, lejos de sus cuerpos recibiendo premios o castigo según la conducta en vida.

La creencia de otra vida tras la muerte, motivaba que el individuo fuera enterrado con objetos que había utilizado en vida y que ahora podían acompañarle y servirle en esta nueva vida: ropa, cerámica, utensilios de trabajo, etc. Junto a estos objetos también se colocaban otros relacionados con el ritual funerario: la lucerna que iluminaba el camino hacia el más allá, la moneda para pagar a Caronte, recipientes para alimentos o ungüentarios para los perfumes.

Durante los nueve días siguientes al funeral, se realizaban ritos que finalizaban con una comida y el sacrificio de un animal. Los alimentos y la sangre de los animales sacrificados eran ofrecidos a los antepasados del difunto, los dioses Manes y al individuo fallecido, para así divinizar su alma y situarla junto a las divinidades protectoras de la familia.

El tiempo de luto para los familiares directos era de diez meses y no podían realizar fiestas ni utilizar adornos.

Las atenciones al difunto seguían continuando después de este tiempo para asegurar su descanso eterno. Las ofrendas de comida: pan, vino, frutas, uva, pasteles, etc. y flores como violetas y rosas eran habituales y se hacían llegar al difunto a través de un conducto de cerámica o de un orificio situado en la cubierta de la tumba, el tubo de libaciones. Estos actos eran realizados por la familia el día de cumpleaños del difunto.

Los difuntos eran honrados de forma general los días de Parentalia, que tenían lugar entre los días trece y veintiuno de febrero. Otras fiestas dedicadas a los difuntos y más antiguas fueron las Lemurias, celebradas el nueve, once y trece de mayo. Durante estos días las almas cuyos cuerpos no habían recibido sepultura rondaban las casas y el padre de familia realizaba un ritual con habas negras para alejar a los espíritus errantes. Se levantaba, se lavaba las manos como señal de purificación y se metía las nueve habas negras en la boca. Descalzo por la casa iba escupiendo las habas una a una, para que alimentasen a los Lemures, espíritus malignos que atormentaban y dañaban a los vivos, y pronunciaba las palabras del ritual. Al finalizar volvía a lavarse las manos, y sin mirar atrás hacía sonar un platillo y volvía a recitar las oraciones. Así los Lemures habían abandonado la casa y volvían al mundo de los muertos.

Los difuntos a los que no se había dado sepultura o celebrado el ritual funerario vagaban errantes sin morada, causando la desgracia a los seres vivos y asustándolos con apariciones nocturnas, hasta que daban sepultura a sus restos y cumplían el ritual funerario. Por ello, incluso a los que morían lejos de la familia y su cuerpo era enterrado en otras tierras, se le celebraba el ritual completo.

Los romanos creían que el fuego y las almas eran de similar naturaleza, razón por la cual creían que la cremación permitía que ésta llegue más rápido al otro mundo. Plinio nos da una gran cantidad de relatos sobre los rituales funerarios, entre ellos el que estaba permanentemente prohibido cremar a un niño que no tenga la dentadura completa. Muchos romanos creían que las almas de los padres quedaban en algún lugar de la casa. Si los ritos funerarios no eran celebrados correctamente el difunto vagaría perdido durante mil años a las orillas del Estigia.

Los romanos creían que las almas de los difuntos viajaban al mundo subterráneo donde reinaba el Dios Plutón. Las almas eran conducidas por el Dios Mercurio. A este mundo accedían atravesando la laguna Estigia, en una balsa conducida por Caronte, que previo pago les conducía a la otra orilla.

EL mundo subterráneo estaba custodiado por un perro de tres cabezas Can Cerbero. Allí las almas eran juzgadas y tras el veredicto eran conducidas a la región de las almas bondadosas o malvadas. Siete eran las zonas que se diferenciaban en el mundo de los muertos: La primera estaba destinada a los niños no natos, y no podían haber sido juzgados. La segunda es donde estaban los inocentes ajusticiados injustamente. La tercera correspondía a los suicidas, la cuarta era el Campo de Lagrimas donde permanecían los amantes infieles. La quinta estaba habitada por héroes crueles en vida, la sexta era el Tártaro donde se procedía al castigo de los malvados y por último la séptima, los Campos Elíseos, donde moraban en la eterna felicidad las almas bondadosas. Allí la primavera era eterna y se podían bañar en las aguas termales del río Leteo, que hacían olvidar a los muertos su vida pasada. Este paraje era identificado con las Insulae Fortunatae, Las islas Canarias.

LA MUERTE EN EL BUDISMO

“Todo ser viviente –sin importar el tiempo que viva—debe morir. No hay otro camino. Una vez estás inmerso en la existencia cíclica, no puedes vivir fuera de su naturaleza. Por maravillosas que puedan ser las cosas, en su naturaleza está escrito que tanto ellas como tú, que te deleitas en ellas, debéis acabar decayendo. No sólo debes morir al final, sino que no sabes cuándo llegará ese final. Si lo hicieras, podrías postergar al futuro el hecho de prepararte para él. Incluso cuando detectas indicios de que llegarás a una edad avanzada, no puedes decir con una certidumbre plana que no morirás hoy. No debes vivir en la indecisión. Antes bien, debes hacer preparativos para que incluso si murieras esta noche, no tuvieras que lamentarlo” (Dalai Lama).

El budismo, camino espiritual que nació en la India hace unos 2.500 años, intriga y cautiva por su singular filosofía. Lo más señalado es lo que tiene que ver con el concepto de reencarnación, es decir, con un substrato personal y permanente que pasa de vida en vida, de un cuerpo a otro brindando la perspectiva de múltiples existencias, inevitablemente cíclicas, cada una de ellas mejor o peor que la precedente, lo cual conllevaría una idea de progreso permanente y automático, o bien a un retroceso en la evolución de la conciencia reencarnado en formas inferiores.

En el mundo indio, de donde nace el budismo, vida y muerte, para la totalidad de las criaturas, y no sólo para el ser humano, se repiten en un ciclo llamado *samsara*. Desde el punto de vista budista, la vida y la muerte son un todo único, en el cual la muerte es el comienzo de otro capítulo de la vida. La muerte es el espejo donde se refleja todo el sentido de la vida.

Esta perspectiva no se considera especialmente grata. Uno de los objetivos principales del budismo es precisamente ofrecer una vía de escape a ese ciclo doloroso e insatisfactorio. La muerte, la aceptación de su carácter ineludible como parte integrante del ciclo de la vida, ocupa así un lugar de primer orden en la enseñanza budista.

Vida y muerte se suceden en el ciclo del *samsara*. Y son posibles seis condiciones de existencia. Las condiciones divina, humana y «demoníaca» se consideran buenas, en tanto que la existencia animal, bajo la forma de criatura infernal y de espíritu ávido, son malas. Solo la condición humana, la mejor en la óptica del budismo, ofrece la posibilidad de avanzar -o retroceder- con todo conocimiento de causa, siendo las otras llamadas condiciones «de retribución».

Es decir, sólo el ser humano sabe verdaderamente lo que está bien, lo que está mal y, en consecuencia, la naturaleza de los actos capaces de ocasionar, en un futuro más o menos cercano, buenos o malos renacimientos. Este carácter particular de la existencia humana, sin embargo, no autoriza al hombre a dominar y explotar su entorno so pretexto de su «superioridad».

El enfoque de la muerte en el budismo se funda notablemente en lo que se conoce como las «Cuatro Nobles Verdades». Éstas apuntan a liberar al individuo del sufrimiento.

Se dice que Buda alcanzó la Iluminación (Nirvana) en un sueño hace aproximadamente 2,500 años. Después de despertar fue a encontrar a sus antiguos discípulos, los cinco ascetas, en el norte de la India. La primera enseñanza del Buddha Sakiamuni después de abandonar el *samsara* o ruleta de la vida, fueron las cuatro nobles verdades (cattari ariya saccani).

Las cuatro nobles verdades son:

La Noble Verdad del Sufrimiento (dukkha-ariya-sacca).

La Noble Verdad del Origen del Sufrimiento (dukkha-samudaya-ariya-sacca).

La Noble Verdad de la Cesación del Sufrimiento (dukkha-nirodha-ariya-sacca).

La Noble Verdad del Sendero que Conduce a la Cesación del Sufrimiento (dakkha-nirodha-gamini-patipeda-arriyasacca).

En la primera de las Nobles Verdades es donde se encuentran esencialmente los datos relativos a la manera como el budismo considera al ser viviente, sus componentes, el desarrollo de su vida, la etapa importante de la muerte.

“Esta, oh monjes, es la Noble Verdad del Sufrimiento. El nacimiento es sufrimiento, la vida es sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, y la muerte es sufrimiento, asociarse con lo que no se quiere es sufrimiento, se pararse de lo que se quiere es sufrimiento, no alcanzar lo que se desea es sufrimiento. En breve, los cinco agregados de la adherencia es sufrimiento.”

El término «agregados», traduce el término pali «*khandha*». El pali es la lengua de los textos en uso en las escuelas del budismo de tradición antigua, el *Theravada*, difundido en Sri Lanka y en la parte principal del Sudeste asiático.

Khandha tiene varios significados, pero sobre todo comprende, en el vocabulario budista, los cinco «constitutivos psico-físicos» de la entidad convencional que se designa por «persona» o «individuo». Esos cinco constitutivos, una especie de grupos de energías psico-físicas, son la materia, las sensaciones, las percepciones, las formaciones mentales y la conciencia.

La muerte forma parte de un proceso natural, es en cierto modo la otra cara de la vida. El cuerpo físico se desgasta. La combinación transitoria de los agregados que componían un ser individual se disgrega. Pero no es el fin de los agregados. Ellos siguen su juego en el mundo, y lo seguirán practicando bajo otra forma

Nos encontramos ante uno de los puntos más delicados y discutidos de la enseñanza del Buda, la doctrina llamada «*anatta*». Sostiene que el ser convencional, el individuo, es en realidad un compuesto psico-fisiológico temporal. Está formado de cinco agregados, sin que se pueda reconocer un principio permanente personal, eventualmente de esencia divina, que sea factor de continuidad de una existencia a otra, dado que nos colocamos en la perspectiva de un ciclo de nacimiento y muertes.

El budismo, por tanto, no afirma ni tampoco niega formalmente la existencia de ese principio permanente. De modo que se puede decir que lo que transmigra de una existencia a otra no es comparable a lo que se entiende por alma, en el sentido cristiano o hindú del término.

La no afirmación de un principio personal permanente, capaz de asegurar el paso de una existencia a otra, hace más difícil evidentemente la explicación del proceso del renacimiento en la perspectiva budista.

EL LIBRO TIBETANO DE LOS MUERTOS.

El último pensamiento del moribundo.

El budismo le atribuye un lugar importante al pensamiento a lo largo de la vida y en el instante de la muerte.

Durante una existencia, se realizan actos (en pali, *kamma*). Su valor moral -en gran manera, aunque intervienen otros factores- legitima la felicidad o el infortunio en las existencias ulteriores. Pero, en la óptica budista, solamente el acto voluntario, el acto precedido de un pensamiento, trae consecuencias. En esto hay una ley natural de causalidad y no sanción o recompensa que provenga de alguna entidad superior.

Todas las escuelas budistas están de acuerdo en reconocer la gran importancia que tiene el último pensamiento del moribundo para el renacimiento ulterior. Algunas incluso afirman que, bien orientado en el momento crucial, el pensamiento puede desviar la orientación impresa por el *kamma*.

Los textos budistas han desarrollado la reflexión sobre el proceso del pensamiento del moribundo para analizar las etapas sucesivas de manera más detallada entre una reencarnación y otra en un estado intermedio llamado Bardo. Bardo es una palabra tibetana que designa sencillamente “una transición” o un intervalo entre la conclusión de una situación y el comienzo de la siguiente.

Este término o palabra, Bardo, fue conocido inicialmente gracias a la difusión del “Libro Tibetano de los Muertos” obra publicada en occidente por W. Y. Evans-Wentz, que a imitación del célebre, e igualmente mal titulado “Libro Egipcio de los Muertos” modificó su verdadero título: Bardo Todol Chenmo, que significa “La gran Liberación mediante la Audición durante el Bardo”. Es un amplio ciclo de enseñanzas transmitidas por el

maestro Padmasambhava uno de los «padres» del budismo tibetano, fundador del monasterio de Samyé en el siglo VIII y reveladas en el siglo XIV por el visionario tibetano Karma Lingpa.

Esta obra entra en la categoría de los «textos-tesoro», obras camufladas por un santo personaje y destinadas a ser descubiertas cuando hubiese llegado el momento propicio para su comprensión. El descubrimiento puede ser físico: un libro muy real es hallado en un lugar concreto; o puede ser mental: el que lo descubre lo hace mediante una «visión» del contenido de la obra. Una cantidad nada despreciable de textos-tesoro se atribuye a Padmasambhava.

La gran liberación mediante la audición durante El Bardo es una especie de guía del viaje relativa a los estados que siguen a la muerte y destinada a ser leída por un maestro, amigo espiritual o lama a una persona que esté muriendo y cuando ya ha muerto

En el Tíbet, un lama no era solo un maestro espiritual, sino también sabio, terapeuta, párroco, médico y sanador espiritual, dedicado a ayudar a los enfermos y moribundos

Los *bardo* en total son seis. Tres de ellos están específicamente relacionados con la agonía y las consecuencias del fallecimiento.

Tomado con más precisión, el término *bardo* designa ordinariamente el intervalo que media entre la muerte y otro nacimiento, y cuya duración teórica -el texto insiste mucho en el carácter teórico y simbólico de la cifra- es de unos cuarenta y nueve días

En el Tíbet se dice que existen “cinco métodos para alcanzar la liberación sin meditación”: ver a un gran maestro u objeto sagrado; llevar dibujos venditos de mandalas o mantras sagrados; saborear néctares sagrados, consagrados por los maestros mediante una intensa práctica especial; recordar la transferencia de la conciencia (*phowa*) en el momento de la muerte y oír ciertas enseñanzas profundas, como la gran liberación mediante la audición durante El Bardo.

Cuando se siente haber realizado su vida y llegar al fin de sus días, (lo que en occidente se podría llamar “edad de jubilación”), el tibetano común suele emprender una peregrinación o busca maestros y se concentra en una práctica espiritual llamada *Phowa* a fin de prepararse para la muerte.

Phowa, (la transferencia de la conciencia), es una práctica de yoga y meditación que viene utilizándose desde hace siglos para ayudar a los moribundos y prepararse para la muerte. En esencia se trata que el practicante proyecte su conciencia en el momento de la muerte y la fusione con la mente de sabiduría de Buda. Esta práctica la puede hacer la propia persona, o bien puede realizarla en nombre del moribundo un maestro competente o un buen practicante.

Por otro lado, el Libro Tibetano de los Muertos, es una recopilación de las enseñanzas de muchos sabios del Tíbet prehistórico, se leía como parte del rito funerario o ante la persona que estaba muriendo cuando le llegaban sus últimos momentos. Este libro servía para dos cosas fundamentales. En primer lugar, para ayudar a la persona que estaba muriendo a recordar cada uno de los fenómenos conforme los iba experimentando, de tal suerte que el último pensamiento y emoción que se tiene justo antes de morir ejerce un poderosísimo efecto determinante sobre el futuro inmediato del moribundo, por eso los monjes hacen todo lo posible por inspirar emociones positivas y sentimientos sagrados con amor, compasión y devoción para ayudarles a liberarse de todo aferramiento, anhelo o apego.

En segundo lugar, para ayudar a los familiares de los muertos a no mantener, con sus sentimientos y pensamientos, en el plano físico al espíritu ya desencarnado para que pueda elevarse al lugar que le corresponde del mundo espiritual según la evolución alcanzada. Por eso se insiste en que la calidad de la atmósfera que rodea al moribundo en el momento de la muerte es fundamental.

Los maestros tibetanos, por tanto aconsejan a los parientes y amigos afligidos no estén presentes junto al lecho del moribundo, para evitar que prolonguen emociones perturbadoras en el momento de la muerte. De los que lo rodean se espera que contribuyan igualmente a ese sosiego, evitando llantos, lamentos y pesares. Con estas manifestaciones no harían sino provocar turbación y apego, no deseables, en el ánimo del moribundo.

Recitando el libro de la Gran Liberación Mediante la Audición durante El Bardo; el lama o monje budista, le explica al moribundo o muerto la naturaleza de las experiencias de los Bardos a los que habrá de enfrentar después de la muerte, y le recuerda que todas sin excepción son proyecciones de la mente inspirándole confianza para reconocerlo así en todo momento: “Oh hijo o hija, veas lo que veas, por aterrador que sea, reconócelo como proyección tuya; reconócelo como la luminosidad, el resplandor natural de tu mente”.

El texto describe, globalmente y de manera detallada, las visiones que se producen durante el *bardo*, las cuales hay que entender como emanaciones de nuestra propia naturaleza espiritual: «Noble hijo, aunque la aparición del estado intermediario de la Verdad en Sí te estremezca o atemorice, no olvides estas palabras. Ve adelante, imprégnete del significado de estas palabras. Éste es un punto clave de la enseñanza:

¡Ay!, mientras que aparece en mí el estado intermediario de la Verdad en Sí, y yo he repelido el miedo y la angustia, es necesario que yo reconozca todo cuanto se levanta como proyecciones mías: la manifestación del *Bardo*. Cuando llegue este momento tan importante, ojalá pueda yo dejar de temer a las legiones de divinidades pacificadoras y furiosas que son mis propias proyecciones.

Mientras estas palabras se pronuncian clara y distintamente, su significado se actualiza en tu espíritu. No lo olvides, porque el sentido de esta enseñanza es que reconozcas en cada una de las apariciones, por horrible que sea, la manifestación de tus pensamientos».

Se enseñan así las imágenes que pueden presentarse al espíritu del moribundo: el recuerdo de un acto bueno o malo, una imagen simbólica correspondiente a un acto que él solía repetir con frecuencia cuando vivía, o también una imagen mental que corresponde a la existencia a la que lo predispone el karma. Se le enseña también a que todo es maya o ilusión y que debe estar preparado para los peligros que enfrentará a lo largo de su paso por los Bardos, en donde se encontrará con demonios, entidades iracundas, espíritus hambrientos y los distintos maestros espirituales o Budas a quienes, de acuerdo a las indicaciones del monje o lama sabrá identificar para librarse de los peligros y así transitar con éxito:

«Noble hijo, escucha atentamente! El noveno día se te aparece el muy prestigioso Vajra-Heruka de la orden del Vajra de los divinos bebedores de sangre. Tiene un cuerpo azul oscuro, tres cabezas, seis brazos y cuatro piernas separadas. Su cabeza de la derecha es blanca, la de la izquierda roja y la del medio azul. Lleva en su mano derecha la *vajra*, en la del medio un cráneo y en la tercera un hacha. En su mano izquierda una campana, en la del medio un cráneo y en la última una reja de arado. La madre divina Vajara Krodesvari abraza el cuerpo del divino padre, su mano derecha rodea su cuello y su izquierda lleva a su boca un cráneo lleno de sangre. Esta aparición surge por el lado oriental de tu cerebro y se mantiene delante de ti. No tengas ningún miedo ni temas nada, no te defiendas de ella. Reconócela como elemento de tu propio espíritu. No le tengas miedo porque es tu divino Yi-dam».

Según el Libro Tibetano de los muertos, el ser espiritual, cuando ya ha abandonado el cuerpo físico que habitaba, se encuentra en un vacío, no físico, en el que tiene conciencia pues puede oír ruidos y sonidos, las voces de sus parientes, e incluso los puede ver. Lo que significa que durante algún tiempo permanece al lado de sus familiares y lugares conocidos. Es cuando comprende que está muerto porque en ese estado se da cuenta que los demás no lo ven, ni les oyen cuando intenta comunicarse.

El ser espiritual, se sorprende de que su nuevo cuerpo es brillante, que puede atravesar piedras, paredes y montañas, e incluso viajar a la velocidad del propio pensamiento. Según el libro, puede encontrarse con otros seres con su mismo tipo de cuerpo y con uno de luz pura y transparente. Los tibetanos aconsejan que se aproximen a la luz e intenten mantener sentimientos de amor.

El libro también describe los sentimientos de paz que experimenta el muerto y una especie de espejo donde se reflejan todas las acciones cometidas, tanto buenas como malas

Se podrá renacer como dios, semidios, animal, como espectro hambriento, o humano según sea arrastrado por el viento del karma. Si reencarna nuevamente como humano para seguir “en la ruleta de la vida” o samsara, llegará al lugar donde sus futuros padres están haciendo el amor.

El proceso concluye, por decir así, en el momento que denominan los textos «conciencia de conexión» porque se produce no en el moribundo, sino en el ser producido, concebido, en alguna parte, asegurando así la «conexión» del nuevo ser, el vínculo con la nueva vida.

El budismo pone el acento en lo importante que es vivir la muerte con plena conciencia. Es conveniente que el moribundo se vaya teniendo un estado de ánimo sosegado y positivamente orientado. La práctica regular de la meditación, el conocimiento y la asimilación del carácter ineluctable de la muerte, sostenida por una vida orientada por la ética, llegado el momento, le ayudarán a ello

EL DESARROLLO DE LOS FUNERALES

Con la expansión geográfica del budismo, el primer ritual recibió el influjo de la costumbre. Si bien los religiosos budistas intervienen siempre poco en los acontecimientos felices de la vida privada de los fieles laicos, ocupan un lugar privilegiado durante los ritos funerarios. Y esto es válido para la totalidad de las escuelas budistas.

Por lo general, una defunción, para los del entorno del difunto, es ocasión de recordar los fundamentos de la enseñanza budista: impermanencia, compasión, benevolencia, olvidados a veces en la vida diaria.

En el Tíbet se realizan regularmente prácticas rituales cada siete días después de la muerte, o si la familia puede permitírselo, a diario durante cuarenta y nueve días. Durante los primeros tres días se procura no tocar el cadáver para no perturbarlo. Se invita a monjes para que practiquen, sobre todo a los lamas más próximos a la familia que tenían relación con el difunto. Al cumplirse un año de la muerte se celebra otra ceremonia con ofrendas y un banquete para señalar el renacimiento del difunto.

El libro tibetano de los muertos se lee durante los cuarenta y nueve días siguientes a la muerte. Por medio de ésta lectura, se indica al difunto en que etapa del proceso de la muerte se encuentra, y se le aporta la orientación e inspiración que necesita.

En los países de tradición antigua -Sri Lanka y países del Sudeste asiático-, cuando se produce un fallecimiento, se fija enseguida la fecha de los funerales y se envía una invitación a un monasterio, pues ahora es obligatorio que participen monjes en los ritos funerarios, aunque en ningún caso hacen de oficiantes. Su función es esencialmente aportar una presencia consoladora y brindar a los vivos la oportunidad de realizar acciones meritorias por el cauce de los dones que se les hacen.

En Sri Lanka, la ceremonia, que se celebra siempre fuera de la casa y preferentemente a la tarde, lleva el nombre de *pamsukulaya*, el del tejido que los padres del difunto ofrecen a los religiosos. Es un vestigio de los tiempos originales en que los monjes solían vestirse con ropas recuperadas, a veces, en los cementerios. El tejido se coloca sobre el féretro depositado delante de los monjes.

Toda ceremonia religiosa budista comienza recitando la fórmula tradicional de homenaje al Buda, de acogida en el Buda, en su enseñanza y en su comunidad y de los cinco preceptos que los fieles laicos han de respetar. Son las fórmulas por las que el budista manifiesta su entrada en la comunidad y afirma después su pertenencia al budismo. La mencionada aquí no es una excepción. El tejido simbólico es aceptado a continuación por los monjes presentes, que entonan entonces estrofas seleccionadas para la circunstancia.

La asamblea procede a la transferencia de méritos en beneficio del difunto. El budismo insiste, en efecto, en la noción de méritos adquiridos por acciones positivas, motivadas por la compasión y la benevolencia, que contribuyen a garantizar un renacimiento favorable. Es posible la transferencia de esos méritos en beneficio de una tercera persona, en este caso un difunto.

Se pronuncia un «sermón». Y pueden seguirle elogios fúnebres. La referencia al difunto se hace siempre en tercera persona y en pasado, porque se supone que, cuando se celebra la ceremonia, ya ha comenzado para él su vuelta a la vida.

La ceremonia termina entonces para los religiosos. No se les exige participar en el cortejo al cementerio o al lugar de la cremación.

UNA DIVERSIDAD DE COSTUMBRES

La literatura budista no prescribe nada respecto al tratamiento que se ha de dar al cuerpo del difunto y al desarrollo de los funerales.

La elección de la modalidad funeraria (inhumación, incineración, despedazamiento por las aves rapaces) está en función de condiciones económicas y de creencias anteriores a la implantación del budismo en el país en cuestión. Los textos pali no aportan más indicaciones acerca de eventuales fórmulas para recitar en el entierro o en la cremación.

La mayoría de los países budistas ven incrementarse la costumbre de una e incluso de varias fiestas anuales de los muertos. En ellas, en absoluta contradicción con el concepto de no existencia de un «alma», se supone que los difuntos, en el espacio de unos días, vuelven a visitar el mundo de los vivos. Pero los ritos no son los únicos afectados por cambios importantes. Los mismos conceptos se ven confrontados a nuevos horizontes filosóficos y religiosos a causa de una expansión geográfica sin precedentes emprendida desde antes del inicio de la era cristiana.

LA MUERTE EN DISTINTAS RAMAS DEL BUDISMO

El budismo se implanta probablemente en China durante el siglo I antes de la era cristiana. La doctrina, ya transformada, salta a Corea y, finalmente, al Japón, donde llega en el siglo VI, casi un milenio después de la predicación del Buda.

La cultura china vive muy apegada a algunos principios: la supervivencia de las almas (varias almas, de esencia *yin* y *yang*, coexisten en una misma persona), el culto de los antepasados, la necesidad de preservar, más allá de la muerte, la integridad física del cuerpo.

La creencia china en la supervivencia de varias almas está en flagrante contradicción con el sutil principio budista, conocido como «doctrina de la *anatta*», según el cual en ningún individuo existe un principio personal eterno, inmutable.

El budismo chino se acomoda, y se decide por privilegiar no la inconfortable doctrina, sino la importancia del valor moral de los actos, que se ajusta muy bien a las aspiraciones chinas.

Así vemos desarrollarse en China, y más adelante en el resto de Extremo Oriente, la idea de un auténtico juicio de las almas que se celebra en los infiernos. La evaluación de las buenas y las malas obras llevará al difunto bien directamente a una nueva existencia, bien, en caso de predominio de malas obras, a un largo y doloroso periplo de tribunal en tribunal, especializado cada uno de ellos en el castigo de delitos específicos.

Es interesante evidenciar hasta qué punto la organización de los infiernos con sus jueces, sus escribanos, sus secretarios, sus funcionarios de todos los rangos, está calcada de la administración imperial china.

Se estudian numerosos casos particulares, y algunos parecen haber planteado problemas: los suicidas se confinan en un lugar que les es propio, y, según algunas fuentes, incluso son condenados eternamente. Las personas desaparecidas antes de cumplírseles el final previsto a su existencia vagan tristemente por los infiernos sin poder ser juzgadas; es el caso de los niños que nacen muertos. Las mujeres que mueren en el parto son víctimas de un destino particularmente duro, que sus hijos pueden dulcificar con la celebración de una ceremonia particular.

Un caso delicado, pero referido con frecuencia en la literatura china, es el de las víctimas de un error de orientación, las cuales, a consecuencia de un yerro de la administración infernal, fueron citadas injustamente. Peor aún, los miserables cuyo sumario no se puede encontrar.

En el seno del budismo del Gran Vehículo, practicado principalmente en Japón, se desarrolla una reflexión intensamente viva acerca de la naturaleza misma del Estado de Vigilia. Ya no se queda en la sola figura de un Buda histórico, sino que se aborda más bien la totalidad de lo que es el Buda. Para la esencia del Estado de Vigilia, se concibe la posibilidad de manifestarse en diversos planos. Y en este contexto es donde se ve aparecer la noción de «Tierra Pura», unos terrenos situados en un plano distinto del de nuestro mundo fenoménico, y en los que enseñan unos Budas particulares, como Amida.

Amitaba, más conocido aún por su nombre japonés, Amida, gozó de una popularidad sin precedentes en Extremo Oriente. Los textos relativos a él cuentan cómo, en un pasado lejano, el futuro Amida, que entonces sólo era un simple monje, emite un deseo: alcanzar el estado del Buda y poder «reinar» en una Tierra Pura donde acogería a todos aquéllos que expresaran su deseo sincero.

No hacía falta más para cristalizar la esperanza de los devotos, sobre todo en tiempos turbulentos como los conocidos en China y Japón varias veces en su historia. Entonces, se desea después de la muerte renacer junto a Amida, última etapa que permite un avance rápido en la escucha directa de la enseñanza de un Buda, antes de la última Liberación, término definitivo en el ciclo del *samsara*.

Esta rama específica del budismo, llamada habitualmente «amidismo» y que algunos han calificado de budismo de la fe, se constituyó en torno a esta destacada figura. Se implantaron ritos propios, destinados a fortalecer la plena confianza del devoto en la capacidad salvadora de Amida -al moribundo, por ejemplo, se le atan las manos con un cordón a una imagen esculpida- y a dirigir el espíritu del difunto a la Tierra Pura: se reúne a su cabecera cuanto puede hacerle pensar en Amida, unos monjes recitan los textos que describen la Tierra Pura, quien se llama «amigo de bien» permanece junto a él hasta el último momento, ayudándole a repetir el *nenbutsu*, fórmula de invocación a Amida.

El budismo del Gran Vehículo otorga igualmente un puesto preponderante a los *bodhisattva*. Son definidos éstos como seres de pura compasión que, en un estadio avanzado de su progreso espiritual, optan con plena lucidez por postergar su propia salvación para dedicarse por entero a llevar a los demás a ella.

Uno de ellos, Jizo en japonés, goza, como Amida, de una popularidad excepcional en el budismo de Extremo Oriente.

Sus funciones son de hecho múltiples -es también protector de los viajeros y los niños-, pero prioritariamente prevalece su función interventora en los infiernos. Jizo, como «abogado» que pleitea a favor del difunto durante el juicio, no duda en asumir los tormentos en lugar de los condenados a quienes entrega su infinita compasión.

Su imagen es la de un monje sencillamente vestido, que lleva en una mano una joya y, en la otra, el «cetro» monástico. Pintada o tallada, está en los edificios religiosos, donde puede, como en las pagodas vietnamitas, velar por las urnas cinerarias, y en las necrópolis. La devoción a ella se expresa con un redoblado fervor durante las celebraciones de la fiesta de los Muertos.

La importancia otorgada en China a la integridad física del cuerpo (si se mantiene intacto, el alma puede retornar a él) sigue aún hoy, en este país, obstaculizando la práctica de la cremación, a pesar de las fuertes presiones de las autoridades políticas, movidas, sin duda alguna, por preocupaciones higiénicas y económicas más que por motivos espirituales.

En cambio, en el Japón, la entrada del budismo, que acepta hacerse cargo de los ritos funerarios, resuelve muchos problemas. La cremación es ampliamente aceptada y se lleva a cabo un reparto armonioso de las tareas con el *shintó*, término bajo el cual se reagrupa el conjunto bastante dispar de creencias y ritos anteriores al budismo, y en cuyo seno la muerte se veía como algo impuro que manchaba a hombres y lugares.

Todavía hoy en estos países, donde es natural sentirse a la vez *shintó* y budista, el budismo está en las mentes muy asociado a la muerte, a las ceremonias que la rodean y al futuro de los difuntos.

China y Japón cuentan con una tradición minoritaria de momificación, más o menos natural, de los cuerpos de maestros afamados difuntos.

INDIA

“El nacimiento y la muerte no son dos estados distintos, sino dos aspectos del mismo estado.”
“Si la muerte no fuera el prelude a otra vida, la vida presente sería una burla cruel.”
Mahatma Gandhi (1869-1948)

El Hinduismo, considerada una de las religiones más antiguas del mundo, surge de la religión védica, que se convertiría en el brahmanismo años más tarde con la llegada de los arios del Cáucaso, los emigrantes de Malasia, Babilonia e Irán. El hinduismo tiene una edad de al menos 3.500 años.

En la mentalidad de los hindúes, la identidad religiosa es inmemorial; la religión siempre ha existido y seguirá existiendo. Ella es la Ley eterna y permanente de las cosas: la *Sanatana Dharma*.

El hindú se siente viajero en un camino sin término. La vida terrestre actual sólo es un paso, un paréntesis precedido y seguido por otros. Para ellos, no existe ni principio ni fin. No se puede pensar en un origen de su religión, cuyo fundador humano desconocen, y esto trae sus consecuencias con respecto a la idea que los hindúes se hacen de la vida o la muerte.

La religión hindú se ha transmitido siempre oralmente por la recitación de los antiquísimos textos, los Vedas -*veda* en sánscrito quiere decir «saber»-, que constituyen su base. Esta religión, llamada védica, comporta sacrificios y ritos que se destinan a diferentes divinidades. La visión del mundo de los tiempos antiguos fue, después, objeto de numerosos tratados filosóficos. Los primeros de esos tratados son los *Upanishads*, textos que fueron escritos, a principios de los siglos VII, VI antes de Jesucristo.

Los *Upanishads* fueron los primeros en hablar de la reencarnación y de la liberación. El objetivo del hindú sería en adelante superar la necesidad de renacer para tener un acceso definitivo a la beatitud y a la paz.

LA RUEDA DE LA EXISTENCIA

En este contexto, la existencia se simbolizaba por una rueda en continuo movimiento que las epopeyas indias, comparan a una danza marcada por el ritmo de la flauta de Krishna, una de las encarnaciones más populares del dios Visnú. Krishna dio una enseñanza que figura hoy en la *Bhagavad Gita* (siglos II-I a. C), a partir de la cual se puede preguntar por el lugar y el papel de la muerte. Ella apela a los conceptos fundamentales de la tradición hindú: el *brahman/atman* y el *samsara*.

El *brahmán* es el absoluto divino, la esencia del Universo, la energía cósmica. Él es el Espíritu. En los *Upanishads*, se puede leer respecto del *brahmán*: «No se le ve, pero él sí ve. No se le oye, pero él oye todo. No se le conoce, pero él sí conoce».

El *brahmán* no se puede definir porque es la realidad suprema, porque definir es limitar, lo cual no se ajusta al infinito. A lo sumo, se puede decir, según la *Taittiriya Upanishad*, que es idéntico a la Verdad -*Satya*-, que es Conocimiento -*jñana*- e infinitud -*ananta*-. También se puede decir que es existencia -*sai*-, conciencia -*chit*- y felicidad -*ananda*-.

El *atman* es el sí mismo del ser viviente, es decir, el soplo que lo anima. Está relacionado con el *brahmán*, presente en todas las cosas.

El *brahmán* y el *atman*, no pueden separarse el uno del otro; el *brahmán* y el *atman* son idénticos.

Se puede además leer en los *Upanishads* a propósito del *atman*: «Más pequeño que lo que es pequeño, más grande que lo que es grande. La esencia del ser reside, oculta, en el corazón de la criatura».

El *atman* pasa indefinidamente de un tipo a otro de existencia antes de asentarse y unirse al *brahmán*. «En ese momento deja de estar sometido a la implacable ley del karma y queda reabsorbido en la energía creadora.»

El *samsara* es un término formado de la raíz «*sar*», que quiere decir «correr» (el agua de los ríos), y el adverbio «*sam*», que significa «simultáneamente». El primer sentido de *samsara* es, por tanto, «el curso común o simultáneo»: cada uno tiene la misma suerte de todos.

El fluir es universal; la vida aparece, y luego desaparece sin dejar rastro, los hombres aparecen, y luego desaparecen sin dejar rastro. Es la ley del tiempo que pasa al modo de la rueda que gira sin cesar. También la imagen del *samsara* es la que mejor expresa la doctrina en lo que tiene de ineluctable: es la rueda de la vida, una sucesión de vidas.

LA MUERTE, UNA ETAPA EN LA RUEDA DE LAS VIDAS

Las «faltas» y los actos virtuosos del individuo se tienen en cuenta en su destino póstumo. La imagen del *samsara* sirve de fundamento a una teología de la salvación; el hindú tiene como objetivo único escapar a la reencarnación, librarse de ella para alcanzar el fin supremo de la existencia, la vuelta al principio supremo, la fusión con el absoluto, la unión del *atma* y el *brahmán*.

La muerte en estas condiciones sólo es una etapa en la sucesión de vidas por las que el hindú pasa antes de alcanzar la felicidad. Así la muerte del ser humano, en la tradición hindú, se asemeja a lo que acontece en la naturaleza, en el tiempo y en las estaciones.

El ritmo de la vida y de la muerte del individuo se parece al gran ritmo cósmico de la manifestación del *brahmán* y de su disolución en la serie de creaciones y desapariciones de universos.

La creación es un tránsito de lo no manifestado a lo manifestado.

Los hindúes consideran así la aparición y la desaparición del mundo como fenómenos no únicos, sino cíclicos. Para ellos, el tiempo fluye en ciclos. El más corto, el día, hace de modelo para los demás. Empieza con la luz de la aurora para acabar a la noche, poblada por los demonios. Y esto mismo se repite con los meses, las estaciones, los años...

Los días que median entre la luna nueva y la luna llena son días buenos. Son los días consagrados a los dioses. Los días siguientes son los días en honor de los muertos y los demonios.

Los meses lunares se incluyen en un ritmo anual solar análogo: las estaciones se suceden de la misma manera. Al período invierno/primavera, la estación de las siembras, de las peregrinaciones, de los casamientos, le sigue el tiempo caluroso del estío, en el que aparecen las enfermedades y se asiste al agostamiento de la vegetación.

Es desorden después del orden, la naturaleza sigue su ritmo. Existe el tiempo de la vida, luego el de la muerte, para volver de nuevo a la existencia, Sólo es cuestión de una sucesión ininterrumpida de vidas y muertes.

Aun admitiendo que el *brahmán* es omnipresente, y que el *atman* es idéntico a él, se admite que el nacimiento, la vida y la muerte del hindú pertenecen a esta realidad terrestre que no es más que la apariencia de la verdadera realidad, la cual no conoce ni nacimiento ni muerte, ya que, por definición, es la existencia verdadera, la esencia de las cosas y los seres.

Con los *Upanishads*, entonces, hemos pasado a una cultura dualista que insiste en la dualidad del ser humano. El hombre, por su *atman*, es considerado un ser inmortal y, al mismo tiempo, un ser dependiente y condicionado por su envoltura material.

Aunque la muerte, según las tradiciones hindúes posteriores al siglo VII antes de Jesucristo, sólo es una etapa de la existencia, los ritos funerarios -*antyesti*-, cuyo origen es anterior, la van a representar como un proceso lento y, en general, desagradable. Van a ser, a la vez, ritos de transición y ritos de crisis.

Para designar el instante de la muerte, el hindú no habla de entregar el alma, sino de abandonar su cuerpo. Su *atman* va a dejar su cuerpo -para ocupar entonces otro cuerpo y según, por ejemplo, la *Bhagavad Gita*, libro del *Mahabha-rata*-, los últimos pensamientos del moribundo van a regir su nuevo nacimiento. Por eso Krishna

dice a Arjuna: «En el momento de abandonar este mundo, cuando se deja el cuerpo y se muere, puesta toda la atención en uno mismo, se llega a lo que se es; a lo que se atiende en el momento de abandonar el cuerpo al término de los días, es precisamente a eso a lo que se accede y en lo que se convierte uno inevitablemente».

EL RÍO SAGRADO

Desde su nacimiento en los poderosos Himalayas, el Ganges recorre dos mil quinientos kilómetros atravesando el subcontinente para desembocar en el Océano Indico, llevando agua y vida a más de quinientos millones de personas. No es sorprendente que desde la antigüedad se le considerase un río sagrado, personificado en la deidad femenina Ganga.

Bhagiratha fue un legendario rey que, según las leyendas hindúes, tomó el Ganges de los cielos para llevarlo a la Tierra. Sin embargo, su corriente era demasiado fuerte para el planeta, de modo que el Rey rezó a Shiva, que dio parte de su cabello para atar el río mientras bajaba del cielo. Por eso, el Ganges está consagrado al dios Shiva (uno de los tres dioses principales de la religión hindú), y tiene tantos templos en sus orillas con estatuas del dios. Esta explicación también justifica que beban y se bañen en las aguas del Ganges, pues las consideran divinas y llegadas directamente del cielo en una tradición que se conserva desde hace miles de años. Desde hace muchos años, los principales sabios hindúes han estado relacionados o han predicado junto al Ganges, como Gopal Chandra Ghosh, discípulo de Ramakrishna, o el propio Buda.

Multitud de lugares santos proliferan a su vera, pero ninguno de mayor importancia que la ciudad de Varanasi o Benarés, llamada también la Ciudad Luz o Ciudad Santa, donde la presencia continua de Shiva, asegura la peregrinación de más de un millón de personas al año. Ninguna vida está completa sin haber lavado los pecados al menos una vez en las aguas sagradas del Ganges. Cada pueblo, cada ciudad señala los lugares de cremación. Por lo general, se eligen cerca del agua, río o arroyo, nunca en los templos o lugares santos.

A lo largo de toda la ribera del río, decenas de templos, llamados ghats, extienden sus escaleras hasta las aguas sagradas. El nivel del río varía considerablemente entre la época húmeda y seca inundando parte de las escaleras, y proporcionando durante todo el año un acceso fácil al río. Estos son los espacios reservados para las piras de cremación, pues en estos ghats se lleva celebrando, desde incontables generaciones, el rito funerario que los hindúes consideran que libera el Karma de toda mancha y permite al alma del difunto trascender de existencia.

El concepto de Karma es uno de las ideas centrales en toda la cosmología y espiritualidad hindú. Es de suponer que bendiciones y desgracias aparentemente azarosas de la vida actual son efectos del comportamiento en vidas anteriores. Las aguas purificadoras del Ganges borran todo ese registro karmico, dejando al alma en un estado limpio y propicio para encontrar el equilibrio.

Bajo esta ley del karma la existencia es el resultado del premio o castigos acumulados en las vidas anteriores. El justo proceder proporciona a su autor un mérito (*punya*) destinado a fructificar en esta vida o en otra por venir, en cambio un injusto actuar genera un demérito (*papman*) que provocará sufrimientos en la vida o vidas por venir. Este principio del karma se traducirá en nacimientos más nobles o innobles en función del comportamiento global realizado durante la vida anterior o las vidas anteriores (es acumulativo). Aunque pudiese sonar fatalista, para el hindú esta doctrina, invita a interpretar la condición humana, como una ocasión privilegiada que tiene el alma para cambiar el curso de su destino, devuelve la propia responsabilidad al sujeto de la acción. *La acción* -dice un proverbio indio- *vuelve a encontrarse con su autor en el extremo del mundo*.

Pero además, si el rito funerario de la cremación se realiza a orillas del río sagrado, el alma del difunto se verá limpia de todo Karma acumulado antes de ascender y alejarse de este mundo. Es por esta razón que miles de fieles viajan centenares de kilómetros desde todas partes de India para depositar los restos de sus seres queridos en el río, pues dice la creencia que si sus cenizas descansan en el lecho de la Madre Ganga, el alma se verá libre para siempre de la rueda eterna del Karma.

Cada ghat de cremación es controlado por una extensa familia perteneciente a la casta dalit, o Intocables. Considerados impuros, se les destina tradicionalmente a los trabajos más penosos y sucios; y aunque las cosas han

cambiado mucho en India en el último siglo, hay cosas que aún son como fueron. Son ellos los que se encargan de preparar la pira, proporcionar el fuego sagrado para encenderla y cuidar que el cuerpo se queme apropiadamente.

LOS RITOS FUNERARIOS

El ritual de los funerales en la tradición hindú se centra fundamentalmente en el rito de la cremación. La cremación tiene un origen oscuro. Esta manera de tratar el cuerpo de los difuntos no es original ni del hinduismo ni del budismo. Está atestiguada ya, en el antiguo Neolítico, en asentamientos del Vietnam del Norte donde los thais guardan las cenizas de sus difuntos en cofres agrupados en el bosque. El mundo indio y los países indianizados del Sudeste asiático, en la mayoría de los casos, incineran a los muertos y recogen sus restos. La cremación acelera la disolución de la envoltura carnal. Cada elemento corporal retorna a la parte correspondiente de la naturaleza.

En la tradición hindú, la cremación se concibe hoy como el último sacrificio del difunto, etimológicamente «la última ofrenda» -*antya-isti*-. El fuego de la hoguera va a consumir al individuo en cuanto forma transitoria del ser, ya que su *atman* se seguirá reencarnando de existencia en existencia. La muerte sólo es un paso, mejor, un renacimiento por el fuego.

El ritual empieza con los familiares del fallecido llevando el cuerpo a través de las calles de la ciudad en unas parihuelas hechas de caña de bambú. El primogénito se encarga del transporte del cuerpo del difunto. En su ausencia, se confía esta tarea a un miembro de la familia, o a alguna otra persona que pertenezca a la misma casta. Los hombres son los únicos que pueden transportar el cuerpo.

Los hombres trotan a un paso frenético llevando el cuerpo a hombros. Envuelto en una mortaja el cuerpo se cubre también con una tela dorada y es adornado con guirnaldas de flores. Quemar la cara tela dorada con el difunto da buen Karma, y los familiares y amigos hacen lo posible por comprarla.

Una vez en el ghat el cuerpo es sumergido en las aguas del Ganges y el oficiante principal, el varón más próximo al fallecido, lava la cabeza del difunto purificándolo con el agua sagrada por última vez. El oficiante principal es el representante de la familia durante todo el rito. Es costumbre que se afeite el pelo en señal de luto, dejando un solo mechón de pelo que cuelga de la coronilla. El resto de la familia presencia algo alejada todo el proceso, pero sorprende la ausencia total de muestras de duelo. Hay una solemnidad flotando en el ambiente. En India es la celebración del cumplimiento de una vuelta más del ciclo de vida-muerte

Pero su esencia vital ya ha partido y lo que queda son solo carne y huesos. En la creencia hindú, el alma liberada parte a un reino donde descansará y se fortalecerá, para después descender de nuevo a la existencia física reencarnada en otro cuerpo para satisfacer las leyes del Karma y continuar su camino hacia la perfección. Se echará de menos al difunto, y su partida causa tristeza, pero es aceptada con sencillez como el destino que a todos les espera, y solo una parte más del aprendizaje de las almas inmortales.

EL PROCESO DE LA CREMACIÓN

Entretanto, los trabajadores dalits construyen una estructura con grandes troncos que permite pasar el aire por debajo para avivar las llamas. Sobre ésta, se apila un lecho de troncos más pequeños sobre el que reposará el cuerpo. Se necesitan al menos quinientos kilos de madera para quemar un cuerpo humano completamente. Algunas familias, para conseguirlos, han tenido que vender varios búfalos. La ceremonia de los funerales entraña variantes según se tengan en la campiña o en la ciudad, se pertenezca a una familia rica o a una familia pobre. Así, una familia rica a veces contrata una orquesta para acompañar al muerto. Una familia pobre tendrá que usar estiércol seco en lugar de madera, o bien arrojar directamente el cadáver al río en donde es presa de las aves de rapiña.

Cuando la estructura está lista, se retira la tela del cuerpo y se lanzan las guirnaldas de flores al río. El Ganges, testigo siempre presente de la despedida, arrastra las ofrendas lentamente, ofreciendo multitud de imágenes evocadoras. El cuerpo, aun envuelto en la sabana, se coloca encima de la pira y sobre él se apilan aun más troncos. Se añaden virutas para facilitar la combustión, pequeños trozos de madera de sándalo para el olor y ghee o mantequilla refinada, que es comúnmente usada como combustible en los rituales religiosos. Solo queda prenderle fuego.

Es el momento del rito de despedida. El familiar del difunto, siguiendo las palabras de boca de un sacerdote, recita los mantras: oraciones en sánscrito (el idioma milenario hindú, en el que están conservadas todas las escrituras sagradas) cuyo poder reside no solo en las palabras sino en los sonidos que éstas tienen, y en su cadencia y repetición. Y, al mismo tiempo, recita los siguientes votos, sacados de los Upanishads: «Que el ojo vaya al sol, el aliento al viento, ve al cielo, a la tierra conforme a las reglas, ve a las aguas si ése es tu destino, entra en las plantas con tus miembros». El fuego avivado, lleva el «sí mismo», el átman, hacia el brahmán, el «paraíso», por así decir, si no va a otro cuerpo. Estrofa a estrofa sus dedos amasan bolas de pan preparando la última comida del difunto, espiritual y material, en esta existencia. Después se depositan junto al cuerpo, para ser consumidos por el fuego.

Para encender la pira se recurre al fuego purificador de la deidad Shiva. Este dios, vagabundo renunciante de la vida material y viajero incansable, representa la destrucción necesaria para dar paso a una nueva creación. Es una de las tres deidades principales del panteón hindú, encargados de crear, preservar, y destruir esta existencia una y otra vez en un ciclo eterno. Se dice que el fuego sagrado lleva ardiendo ininterrumpidamente tres mil años, y es una de las funciones de la familia dalit encargada del ghat que este no se apague jamás. Un haz de paja introducido dentro del templete de Shiva prende con el fuego eterno y se lleva ante el familiar. Este deberá dar cinco vueltas alrededor de la pira antes de encenderla. Esto simboliza los cinco elementos hindúes, que son los cuatro griegos (Fuego, Aire, Agua y Tierra) más el Vacío. No extraña que este pueblo fuese el que primero pensase en un número para describirlo: el cero. Una vez aplicada la llama a la base de la pira, ésta prende con facilidad. La construcción de ésta y todas las sustancias añadidas para asegurar su combustión aseguran que arda bien desde el primer instante.

La pira arde durante tres o cuatro horas, durante las cuales los asistentes dalit vigilan que el cuerpo se vaya consumiendo. Con las varas de bambú de las parihuelas, hurgan el fuego y colocan los restos calcinados del cuerpo para que arda adecuadamente. Cuando el cuerpo está casi totalmente consumido, llega el momento de apagar el fuego. El oficiante principal recoge agua del río en una vasija de cerámica y vierte agua sobre la pira. Todo el proceso finaliza cuando los dalits recogen aquellos restos que quedan sin consumirse totalmente, los huesos de la cadera y otros restos, y lanzan las cenizas aún humeantes y a veces el cuerpo a medio calcinar al Ganges para que sean bendecidos por la diosa del río. Y, a continuación, rastrillan el suelo fangoso para recuperar las alhajas de los muertos. Así termina el camino en esta vida de aquellos afortunados que son incinerados en Varanasi.

Aquellos creyentes que mueren lejos del río son incinerados en sus lugares de origen, pero familias enteras acuden de todas partes de India para entregar las cenizas de sus seres queridos al río sagrado. Sin embargo, no todos los difuntos son incinerados. Aquellos que son considerados puros, como los niños y los hombres santos (sadhús), son entregados enteramente al río cargados con piedras para que reposen en el fondo. Con respecto a los leprosos, si no se queman es a fin de que no puedan reencarnarse, por ser considerados impuros por su enfermedad. Las mujeres embarazadas también son consideradas puras, en virtud de los bebés que portan en su vientre. Y los fallecidos por mordedura de cobra tampoco necesitan la purificación del fuego, pues la cobra es el animal sagrado de Shiva, patrón de Varanasi.

Para los que siguen viviendo, y particularmente la familia, el cadáver es fuente de impureza. Después de la cremación, todos se lavan y cambian su vestimenta porque el cuerpo del muerto es considerado impuro. Luego, durante diez días, la familia va a ofrecer una bola de arroz que representa una parte del cuerpo en nombre del difunto. Una vez que el cuerpo es reconstituido, se insufla el espíritu vital y se le presentan ofrendas de alimentos. Así, se le permite reunirse con los ancestros y los dioses.

Un año más tarde tiene lugar la celebración de ofrendas en recuerdo. Los huesos conservados son rociados con agua perfumada. El sraddha, que preside todos estos ritos de ofrendas, completa la panoplia de los ritos funerarios porque transforma al difunto en «padre» -pitr-, es decir, éste se convierte en un ancestro benévolo un mes después.

Durante varios años, en los aniversarios de la muerte del difunto, se hace venir a unos brahmanes a los que se les ofrece comida. Y se ofrece igualmente a los miembros de la familia.

La manera como los hindúes viven la muerte depende en gran manera de cómo captan el tiempo. Para el hindú, la concepción de la historia, y, por ende, de la vida y la muerte, es muy distinta al concepto occidental.

La preocupación del hindú no es la muerte. Desde su nacimiento, la muerte para él no es un término. Él va a renacer en otro lugar y lo importante es interrumpir la cadena de los renacimientos. Desde siempre, él pertenece a la eternidad. Él es una manifestación de lo divino. Desde su nacimiento, es un ser extraño al mundo. Tiene ya una preexistencia, ya ha existido de alguna manera, y cuando él desaparece, no hay paso del ser a la nada.

Él considera su existencia terrestre, social, «histórica», como negación del ser, y su objetivo consiste en renunciar a ella. La existencia es para él ausencia de realidad y no-afirmación de lo que es y deviene. Todo se opone, por tanto, a una valoración de la historia en el sentido en que es entendida por el occidental.

EN HONOR A UNA DIOSA

Seguir a su marido hasta la hoguera

Sati fue una práctica funeraria que existió en algunas comunidades hindúes. Cuando el marido fallecía se preparaba un funeral en su honor y se le colocaba en una pira a la cual se prendía fuego, en ese momento la viuda se lanzaba entre las llamas y se inmolaba de forma voluntaria para abandonar la vida con su marido. En la mitología hindú, Sati es el nombre dado a la mujer de Siva o Shiva, hija de Daksha, la cual se arrojó al fuego cuando Siva fue insultado por Daksha, no pudiendo soportar la vergüenza por el comportamiento de su padre la diosa Sati se inmoló con su marido en vida.

Este nombre, que significa “piadosa”, se aplicaba a todas las viudas que morían abrasadas en la pira de su marido, a las cuales se las consideraba castas. Y es que “sati” se traduce también como “buena mujer” y la creencia dice que las mujeres que lo practican adquieren la divinidad.

El nacimiento de este ritual en el que la esposa o esposas del fallecido ardían en vida entre terribles sufrimientos data de siglos de antigüedad, existen documentos griegos que hablan del ritual en el 316 antes de Cristo, sin embargo se supone que la tradición puede haber nacido incluso siglos atrás en la misma prehistoria. Sin embargo la inmolación voluntaria se empezó a popularizar en el Imperio Gupta en el año 400 después de Cristo. La práctica en sus orígenes era llamada Anumarana y no estaba restringida a las viudas. Los viudos, amigos, sirvientes o seguidores del fallecido podían inmolarse en la pira funeraria.

Ambos, el fallecido y la viuda, eran vestidos con los trajes con los que contrajeron matrimonio, el marido era situado en la pira que se había preparado para incinerar el cuerpo del difunto, aquí el proceso podía desarrollarse de las siguientes formas: Se encendía la pira funeraria y cuando esta estaba ardiendo la viuda saltaba al fuego; La propia viuda se sentaba junto a su marido y prendía ella el fuego; En determinados casos familiares, amigos o encolerizados aldeanos lanzaban a la viuda al fuego para no soportar la vergüenza cuando ella no se suicidaba voluntariamente. A veces la viuda no podía soportar el dolor de arder en vida e intentaba escapar de las llamas, para evitar que esto sucediera, algunos hombres portaban palos con los que impedían que huyera del fuego y muriese en la pira junto al difunto marido.

Las llamas terrestres, las que se obtuvieron del fuego doméstico instalado en el momento en que la pareja se unió en la ceremonia del matrimonio, levantan alrededor de la *sati* una cortina que disimula el verdadero espectáculo de su muerte. Antes de hacerse *sati*, una mujer deja este testimonio: «Mi espíritu me ha dejado, de mí ya no queda sino un poco de tierra que quiero mezclar con las cenizas de mi marido. No sentiré nada al quemarme».

Está dicho: «La mujer que se quema sólo padece en proporción a los pecados cometidos en sus vidas anteriores, pecados que son la causa de la viudedad en esta vida».

Según los tratados del *dharma*, la esposa fiel debe acompañar a su marido en la vida terrena y anticiparse a él en la muerte. También la muerte del esposo es interpretada como el signo tangible de los pecados de la mujer. Ella habrá faltado al deber de las mujeres o incumplido gravemente la promesa conyugal. La gravedad de su falta se calcula por la edad: cuanto más joven es el difunto, más grave es la falta.

El fuego se muestra como instrumento privilegiado de la purificación de sus faltas. La infidelidad es la causa de la viudedad femenina en virtud de la ley de la retribución de los actos y de su corolario: la

transmigración de las almas de nacimiento en nacimiento. Una víctima consentidora que participa de buen grado en el acto de entrega a la muerte alcanza la eternidad y se libera. Según las leyes de Manu, matar en el sacrificio no es matar. El suicidio es odioso, pero la muerte sacrificial propia es el camino más corto a la liberación

Aunque la práctica del sati fue abolida en la India en 1829, las viudas continúan siendo cruelmente estigmatizadas. Mientras que los hombres pueden volverse a casar, para las mujeres es prácticamente imposible, especialmente si son madres; además, una mujer en el momento en que enviuda pierde todas sus propiedades y derechos. El rechazo social las obliga a identificarse con saris (vestido tradicional) completamente blancos, y en el momento de enviudar les rapan el pelo y le cambian la señal de la frente. Su sola presencia es considerada un mal augurio y son repudiadas por la sociedad.

RITOS FUNERARIOS EN EL JAPÓN

*Contemplo ahora este preciso instante
En que hasta Buda ha enmudecido de asombro
Todo gira rítmicamente
Me poso en la llanura de la nada.
TETTO GIKO (1369)*

Existen en Japón tres sistemas religiosos filosóficos que sirven de sustento a la creencia en la supervivencia más allá de la muerte de lo que se pudiera considerar espíritu o alma: el Shintoísmo, el Budismo y el Confucionismo.

LA MUERTE EN EL SINTOÍSMO

El Sintoísmo es la antigua religión japonesa que rinde culto a los antepasados convirtiéndolos en *Kamis*, pequeños dioses de la naturaleza a los que los sintoístas adoran. Un ejemplo de *Kami* es *Amaterasu*, diosa del Sol. El sintoísmo, que combina el animismo con el culto a los antepasados, es considerado por muchos estudiosos como la religión originaria de Japón.

Además de los santuarios, (cada santuario se dedica a un *Kami* divino y a él se accede a través de un *Torii*, una puerta especial para los dioses), en cada hogar existe un *Mitayama* (casa augusta de las almas). El *Mitayama* consiste en un pequeño cofre de madera blanca donde, una vez abierto, se coloca el *Tamashiro* (marca de almas). El *Tamashiro* es una tabla de madera también blanca donde, según la tradición sintoísta, ha de entrar el alma. En el *Tamashiro* están escritos los nombres de cada antepasado, precedidos por la palabra *Mikoto* (personaje ilustre) con su fecha de defunción y la edad que tenía al morir.

Como muchas religiones antiguas, el Sintoísmo busca la máxima proximidad entre los difuntos y los vivos. Prueba de ello son sus cementerios: siempre ajardinados, son cercanos a las zonas habitadas. Los vivos, en busca de protección, visitan a sus difuntos regularmente para rendirles tributo con rezos y ofrendas, especialmente ante un viaje o cualquier gran acontecimiento.

Los ritos funerarios tienen una gran importancia para los sintoístas. Una vez colocado el cadáver en el ataúd, que ha de ser preferentemente de madera blanca, los allegados colocan en él los objetos que el difunto usaba en vida: un abanico, un sable, un espejo... Y frente a la caja una copa con ofrendas, agua, arroz y sal.

Para conducir el alma del difunto, o *Mitama*, al *Tamashiro*, un sacerdote sintoísta recita una plegaria frente al *Mitayama*. Sus puertas deben abrirse para que el alma del difunto pueda entrar y ocupar su puesto en el templo en miniatura y así comunicar parte de su presencia al *Tamashiro*.

Llegado este punto, el alma es agasajada con ofrendas de arroz, flores, licor de arroz, ramas de pino atadas con cintas blancas, frutos y lamparillas de aceite. Así el *Mitama* se une en el *Mitayama* a la tablilla o *Tamashiro* de los antepasados y ya puede ser adorado por sus descendientes: se ha convertido en un *Kami*.

El sintoísmo a menudo se entiende como la "vía" que permite a la sociedad japonesa unirse en valores y actitudes, y en la que los mitos y las prácticas religiosas son elementos unificadores.

El sintoísmo, o shintoísmo, es una religión primitiva y popular de Japón, llamada así en el siglo VIII para distinguirla del budismo, del que posteriormente incorporó muchos rasgos. Surgió del culto a la naturaleza de las religiones populares, y esto se refleja en ceremonias que invocan a los poderes misteriosos (espíritus o deidades) de la naturaleza (*kami*) para recibir un trato benevolente y protección. La naturaleza está habitada por una cohorte infinita de esas deidades o espíritus, y la vida humana se halla íntimamente vinculada a sus pensamientos y

acciones. Por tanto, la religión sintoísta es una combinación de adoración a la naturaleza y culto ancestral, y en la mayoría de casos el mito-naturaleza es inseparable de la naturaleza relativa a la deidad ancestral y de su adoración.

Los mitos fundamentales del sintoísmo japonés están recogidos en el *Kojiki* (escrito en el 712) y el *Nihongi* (escrito en el 720). Describen la creación del cosmos, a partir del caos, en forma oval que después se separó. Durante la subsiguiente época mitológica de los dioses, se formaron el mundo y sus *kamis*. Una sucesión de siete generaciones de divinidades fue el resultado del matrimonio de un *kami Izanagi* masculino y un *kami Izanami* femenino, y juntos crearon el mundo terrestre con el agua, las montañas y otros elementos naturales. En este contexto, la muerte quedaba marginada como mal que obstaculiza la vida y era alejada mediante ritos de purificación. También crearon las islas japonesas como rasgo especial. De *Izanagi e Izanami* desciende la diosa solar Amaterasu, que dio origen al linaje imperial de Japón. Los mitos sintoístas fundamentales resumen así el origen divino de Japón, de sus emperadores y de sus súbditos, y realzan el significado de las divinidades o *kamis*, que son la base de la tierra japonesa y de sus habitantes.

En japonés, "sintoísmo" significa "el camino de los dioses", una concepción animista del mundo, asociada a con el culto tribal de las deidades del clan. Los orígenes del sintoísmo se remontan a la Edad Antigua, cuando todavía era un culto a los fenómenos naturales (las tormentas, las montañas, el Sol, la Luna o los ríos), que los creyentes identificaban con unas deidades llamadas *kami*.

A partir del siglo VI de nuestra era, la religión nacional de Japón empezó a recibir la influencia, a través de China, del taoísmo, el confucianismo y el budismo. Esta última religión, además de condicionar muchos aspectos del culto sintoísta posterior, constituyó una vertiente nueva y propia de las islas, el budismo zen; éste, en las últimas décadas, suscita el interés occidental por la sencillez de sus ritos y el atractivo de sus artes y técnicas de meditación.

El sintoísmo popular, con la influencia extranjera y, a la vez, con el nacionalismo japonés, se convirtió en la religión del Estado y, pese a esta condición, tras la segunda guerra mundial ha mantenido su estatus en la mayoría de japoneses que, aunque no crean en los *kami*, siguen dedicándoles ofrendas.

Para el sintoísmo, el alma del muerto va a dar a un lugar subterráneo y oscuro, no localizado con precisión, denominado "el país de la sombra" (*yomi no Kuni* o *meido*), lugar impuro y contaminado (*Kegare*) al que llegan todas las almas (*tamashii*) sin excepción. Sin embargo, la muerte, a pesar de su alto grado de contaminación, no es considerada un acontecimiento nefasto, pues existe una promesa de salvación de la oscuridad mediante ritos oficiados por los familiares y la comunidad local del muerto, en el momento de la muerte y en aniversarios sucesivos, al cabo de los cuales el alma se purifica y pasa a formar parte de los altos espíritus (*kami*), integrado por las fuerzas de la naturaleza y las almas de los ancestros.

El alma del muerto no abandona inmediatamente la casa sino que queda como flotando sobre ella hasta que se produce el entierro; El cadáver se viste con ropa especial: una especie de babero (*tafusagi*), una camisa larga que llega a las rodillas (*hadagi*), una faja (*obi*) y unos calcetines en forma de zapato. Una vez vestido, el cadáver es colocado en un ataúd de madera, en posición horizontal como si estuviera durmiendo (*nekan*) o en posición de sentado (*zakan*). A continuación comienzan las diferentes etapas de la ceremonia fúnebre: primero se escribe en una tableta (*tamashiro*) el nombre del muerto. De esto se encarga un monje ataviado de un traje y sombrero oscuros. El sacerdote recita el *norito*, canto litúrgico sintoísta, con el cual invita al alma del muerto a participar en el banquete fúnebre, que es vegetariano. También se toma aguardiente de arroz. Finalizado el banquete, la tableta se coloca en el altar sintoísta familiar (*kamidana*), donde se hacen ofrendas de ramas del árbol sagrado (*tamagushi sakaki*). Finalmente, el ataúd es retirado de la casa y mientras el sacerdote purifica el lugar, es enterrado. Los dolientes regresan a la casa y se purifican echándose sal sobre la ropa antes de entrar.

Durante los 49 días siguientes se hacen ofrendas florales, incienso y alimentos en el *kamidana*, mientras se ruega a los demás ancestros que reciba en su seno el alma recién llegada. En años sucesivos se ofician *responsos* y finalmente el alma pasa a convertirse en *kami*.

Las ofrendas funerarias tienen lugar básicamente en 3 ocasiones: en la ceremonia fúnebre inmediata a la muerte, en determinados aniversarios y en la fiesta de muertos que se celebra anualmente a lo largo y ancho de

Japón. Las dos primeras son de carácter individualizado y en ellas participan familiares y allegados del muerto. La fiesta de muertos tiene un carácter comunitario y se celebra en una fecha fija.

EL BUDISMO

Para el budismo, introducido en Japón a mediados del siglo VI (552 d.C.), muy pronto adaptado a las necesidades espirituales y a las creencias locales.

En un principio el alma de los muertos iba a dar a un paraíso ó infierno budistas, según la calidad de las acciones del individuo, pero ya en el siglo XIII, con la aparición de la secta del Paraíso (*Jôdo*, lit. “tierra pura”), se comenzó a hablar de Paraíso del Oeste (*saihô jôdo*), o simplemente del Paraíso (*gokuraku*), donde mora Amida (un avatar de Buda) y reina la perfecta armonía, al que se llega tan sólo repitiendo incesantemente las palabras mágicas *Namu Amida Butsu* (“Salve, Buda Amida”), por parte de los familiares en el momento de la muerte. También estas palabras sirven para salir indemne en los momentos de peligro, cuando las recita la persona cuya vida se halla en riesgo. En realidad, el budismo primitivo nada había dicho sobre los pasos a seguir cuando moría una persona, ni sobre la construcción de monumentos funerarios, y menos aún sobre lo que sucedía después de la muerte. Pero en Japón, a partir de la época Muromachi (siglos XV y XVI) se generalizó la costumbre de oficiar ritos funerarios de carácter budista -especialmente según las indicaciones de la Secta del Paraíso-, y desde entonces esta secta, que en la actualidad cuenta con el mayor número de seguidores, se halla fuertemente asociada a la idea que en el Japón existe acerca de la muerte.

LA CEREMONIA FÚNEBRE (*OSÔSHIKI*)

I. La ceremonia budista es la más generalizada en Japón: primero se despoja al cadáver de la ropa y sus familiares lavan el cuerpo detrás de un biombo invertido (los *kakemono* de la sala también se invierten y la ropa del difunto, con el revés hacia afuera, se tiende al sol). Se le viste con una túnica blanca, como la que usan los peregrinos, se le coloca en el ataúd con las manos cruzadas al pecho y un rosario, y con una bolsita que contiene un par de monedas que habrán de servir para pagar al barquero que lo transportará al otro mundo. También se pone en el ataúd el abanico del muerto, así como algún objeto particularmente apreciado en vida por él. Si la persona muere en un día non (*tomobiki*), que es mal agüero, entonces se agrega una muñeca de paja para evitar que pronto muera algún familiar. Finalizados estos preparativos se encienden varitas de incienso y se llama al sacerdote budista para que inicie la ceremonia (en la actualidad también se encienden velas). El sacerdote se sienta en el lugar de honor, junto al nicho (*tokonoma*) que forma parte de la sala principal de la casa, dando inicio al banquete funerario. Mientras tanto, los participantes se han vestido con sus mejores galas y las mujeres se han arreglado el cabello de manera especial para la ocasión. El banquete consiste en pasteles de arroz, un guisado denominado *onishime* que incluye *konnyaku*, queso de soya (*tôfu*) y algas (*onori*). Los presentes intercambian copas de aguardiente de arroz (*shôchû*) con el sacerdote, con la condición de no repetir hasta que llegue el turno, porque esto también es de mal agüero.

A continuación el sacerdote se sienta frente al ataúd y comienza a recitar sutras (*okyô*) no inteligibles para los presentes, aunque sí comprenden que el objetivo es hacer que el alma del muerto llegue sin tropiezos al Paraíso (de Amida, si se trata de la secta *Jôdo*). Cuando la ceremonia termina, el ataúd es sacado de la casa y el lugar donde estaba situado, barrido con una escoba. Los hombres que portan el ataúd, antes de iniciar la marcha hacia el panteón, temen una copa de aguardiente servida por las mujeres de la familia. El ataúd se entierra con banderines de colores con inscripciones de sutras.

Pero las ceremonias no se acaban con el entierro. Al día siguiente, los parientes vuelven a reunirse, sin haber pasado la noche en vela. El sacerdote vuelve a la casa para arreglar con ellos los siete responsos (*kuyô*) que habrá de oficiar en siete semanas sucesivas (lo que sucede en un plazo de 49 días), durante las cuales los familiares tendrán que guardar luto y abstenerse de comidas animales. En estas ceremonias el sacerdote recita sutras frente al altar budista familiar (*butsudan*), donde se ha colocado la tableta (*ihai*) con el nombre póstumo del muerto. Al finalizar el séptimo responso se dan por cumplidas las obligaciones de la primera etapa y la vida vuelve a la normalidad.

El alma del muerto no abandona inmediatamente la casa sino que queda como flotando sobre ella hasta que se produce el entierro; a partir de éste es cuando inicia su viaje hacia el Paraíso, dependiendo el feliz arribo de la dedicación con que los parientes vivos cumplan sus obligaciones. La creencia más difundida es que las almas se

congregan en el regazo de Buda Amida, en el Paraíso del Oeste, transformándose ellas mismas en Buda y alcanzando el nirvana (*nehan*).

Sin embargo, las obligaciones familiares con el muerto no se acaban después del 49^o día. En ceremonias de responso, también denominadas *kuyô*, o *hôji*, celebradas por un sacerdote budista en el primero, segundo, sexto, decimosegundo, decimosexto, vigésimo cuarto, trigésimo segundo y cuadragésimo noveno aniversario de la muerte, también se sirven banquetes funerarios como en ocasión de las siete primeras semanas.

EL CONFUSIONISMO

El neoconfucionismo de los siglos XI y XII (que de China pasó a Japón), con su fuerte énfasis en las jerarquías sociales y en las obligaciones y deberes de unas para con otras, de las cuales la piedad filial es la más importante, echó profundas raíces en Japón debido a la tradición local de culto a los ancestros y sirvió de soporte ideológico a la sociedad de la época premoderna, modificando con su presencia al shintoísmo y al budismo.

Fue la religión oficial de China hasta el siglo VII. Es el conjunto de doctrinas morales y religiosas predicadas por los discípulos y seguidores de Confucio tras su muerte.

Como para la mayor parte de sus contemporáneos, los confucianos ven al cosmos como algo armónico que regula las estaciones, la vida animal, la vegetal y la humana

CULTO A LOS ANTEPASADOS

Los confucianos eran practicantes de un culto que giraba alrededor de la adoración a los antepasados y de poderes entre los cuales el Cielo era el más claro. El Señor de lo Alto (*Shangdi*), que es a veces mencionado, era algo más arcaico. Cuando aparece en los textos de los Cuatro Libros, el Cielo es un poder superior, que no está ni personalizado ni tan separado del mundo. No es algo pasivo, pues de él vienen los mandatos y acciones, pero no es un dios del tipo judeocristiano. El Señor de lo Alto aparece como una divinidad suprema en los huesos adivinatorios de la dinastía Zhou. Los textos confucianos, al remontarse a épocas de la Antigüedad, lo mencionan a veces.

El culto a los antepasados tiene una gran importancia. Implica la creencia de que las almas de los difuntos pueden beneficiar o castigar a sus descendientes.

Según el confucianismo, el hombre debe armonizarse con el cosmos, es decir, estar de acuerdo a lo ordenado por el Cielo. Para ello, debe autoperfeccionarse mediante la introspección y el estudio. Si el hombre lo logra, tendrá conocimiento de sí mismo y de los deseos del Cielo, lo que le servirá para desarrollar su *Li*, que significa los ritos, las ceremonias, la rectitud y las buenas formas interiorizadas. El *Li* es útil para desarrollar el *Ren* que se podría traducir por «buenos sentimientos hacia los demás hombres». La práctica del *Ren* supone las virtudes *Zhong* y *Shu*, que se traducen aproximadamente como ‘lealtad’ y ‘perdón’, o como ‘fidelidad’ y ‘compasión’. Si el hombre tiene *Ren*, podrá fácilmente practicar la justicia, los buenos principios, llamados *Yi*.

LA FIESTA DE MUERTOS (OBON)

Se celebra en la época más tórrida del verano, entre el trece y quince de julio, o entre el trece y quince de agosto, según se tome en cuenta el calendario antiguo o moderno. Durante estos tres días, la comunidad en su conjunto celebra la reunión con las almas de los muertos, que deben viajar desde donde se encuentren hasta la casa donde se guarda su memoria. Por esa razón, es importante en Japón tener descendientes; un alma sin nadie que cuide de su memoria puede convertirse en una potencia maléfica y destructiva para la comunidad. En Japón hay una larga tradición literaria alrededor de estas almas en pena. Pero, además de tener descendientes que se encarguen de los ritos funerarios, éstos deben ser ejecutados de manera correcta. De lo que se trata en definitiva, es de mantener en paz las almas de los muertos para que no molesten.

Tradicionalmente, durante el obon, los vecinos visitaban a las familias que habían sufrido una pérdida en el último año, llevando consigo dinero y lámparas de papel, aguardiente de arroz, incienso y pasteles especiales para la ocasión, y somen, una clase de pasta que se come en estos días. En la casa servían el resto de la comida, similar a la servida en los banquetes funerarios.

Las tumbas se limpiaban unos días antes, y el día trece se colocaban flores en vasos de bambú, ramas de sakaki, agua e incienso. También se ofrendaba arroz, berenjenas o pepinos picados y frutas, y se colocaba al anochecer una lámpara de papel para guiar al muerto hasta la tumba. En el frente de la casa donde se celebraba la fiesta también se ponía una lámpara iluminada para guiar el alma del cementerio a la casa. Dentro el botsudan se adornaba con los mismos elementos que en la tumba, y en la mesa de la sala se servía la comida.

El último día de la fiesta, cuando ya se ha puesto el sol, todos los vecinos se dirigen al arroyo, lago, río o playa más próximos para dar el adiós a las almas. Con el objetivo de guiarlas al país de las sombras, echan al agua pequeñas embarcaciones con lámparas y el nombre de la familia escrito en una tablilla, que se pierden en la noche. De regreso a casa, para evitar que algún alma haya quedado rezagada, arrojan piedritas al techo, para indicarles que es hora de partir.

EL JUDAÍSMO

"Nos estamos acercando cada vez más a un mundo en el que hemos de vencer a la muerte, en el que estaremos por encima y mucho más allá de la muerte". (Rabino Adín Eben-Israel)

Las creencias escatológicas de los antiguos hebreos, fueron muy diferentes a la de sus contemporáneos, y aún hoy siguen guardando innumerables secretos para los investigadores de las religiones comparadas. Antes de pasar al tratamiento del tema, es necesario comprender la concepción que da la Torá acerca del cuerpo del hombre. Para comprender la visión judía de la muerte, así como los ritos funerarios en el judaísmo, es necesario ante todo explorar el universo bíblico.

La muerte, literalmente mencionada, aparece en la Biblia con la creación del hombre. Antes de este nacimiento, la muerte no es efectiva. Aunque al principio se nos presenta el cosmos como un inmenso magma caótico donde reina la oscuridad en un fondo abismal (Génesis 1,2), el Creador no lucha ni con la muerte ni con Satán. Se descarta por tanto el maniqueísmo. La vida procede de la vida. Dios pone orden en el desorden original. Y así es como la luz, la materia, la vida y después la conciencia van a emerger *crescendo*.

Lo primero que se debe entender, es que la estructura conceptual del hombre en el Antiguo Testamento *no responde a ideas abstractas*, sino que accede a un pensamiento de *vida integrado y concreto*.

La Biblia, siempre que habla del hombre, lo hace en el marco de una situación de vida, y por lo general, esa situación tiene que ver con su relación con Dios.

El hebreo consideraba cuerpo, alma y espíritu desde otra perspectiva. Cuando percibe a una persona o a un objeto, lo hace desde una óptica de totalidad, es decir, que su físico, su voz, el ropaje que lleva, su *nombre*, todo ello conforma a la persona completa. El judío veía al otro como un ser funcional e indivisible. El Eclesiastés, por ejemplo, utiliza con frecuencia la expresión *kol haadam*: «todo el hombre»-.

El cuerpo, el alma y el espíritu, eran concebidas por el israelita como indistintas, y como consecuencia ser usadas para designar tanto una como otra en función de las circunstancias. Por lo tanto, podemos afirmar que el israelita era *monista*. Consideraba al hombre como *un todo* y este principio conformaba "su idea particular de vida activa".

Para el judío, el hombre no tiene un alma, es un alma. No se concebía al hombre como si tuviera un hálito vital que se desdoblara de él en el momento de su muerte, para su visión, el cuerpo compuesto de sangre era el alma misma, y si esta moría, se constituía en un alma muerta. Por lo tanto, para el hebreo *el alma es mortal* y no es exclusiva del ser humano, sino que los animales también poseen alma, "Crió, pues, Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios Lo crió; criólos varón y hembra". "Y hechóles Dios Su bendición y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra", (Génesis 1: 27, 28).

Entonces la muerte recuerda sobre todo el fin definitivo de toda conciencia moral. Si el hombre es uno, entonces es uno en su vida y uno hasta su muerte. Y después de la muerte, no queda ya nada.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, nos proveen valiosa información acerca de las prácticas funerarias de los hebreos.

Los judíos generalmente enterraban los cuerpos de sus muertos dentro de un período de 24 horas, "...no permanecerá colgado su cadáver en el madero; sino que dentro del mismo día será sepultado.." (Deuteronomio 21:23). A la muerte de Sara compra Abraham una posesión en Canaán: "Yo soy advenedizo y extranjero entre vosotros: concededme os ruego derecho de sepultura entre vosotros, para enterrar a mi difunto" (Génesis 23:4); "Llegó, pues, Jesús, y hallo que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado"... "Dijo Jesús, quitad la piedra"... (Juan 11:17, 39); Después de reclamar el cuerpo de Jesús, José de Arimatea. "Y lo colocó en un sepulcro suyo que había hecho abrir en una peña, y no había servido todavía; y arrimando una gran piedra, cerró la boca del sepulcro, y fuese" (Mateo 27:60). Puede que los problemas relacionados con las condiciones de salubridad y el rápido comienzo de la descomposición expliquen su prisa.

En la práctica judía, los cuerpos generalmente se lavaban, “Mas Acaeció en aquellos días que cayendo enferma, murió. Y lavado su cadáver, la pusieron de cuerpo presente en un aposento alto” (Hechos 9:37); se ungían con especias aromáticas, “Y pasada la fiesta del sábado, María Magdalena y María Madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús” (Marcos 16:1); se envolvían, “Dicho esto, Gritó con voz muy alta o sonora: Lázaro, sal fuera” “Y al instante el que había muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: Desatadle y dejadlo ir” (Juan 11:43,44); “José, comprada una sábana, bajo a Jesús de la Cruz, y lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro abierto en una peña...” (Marcos 15:46).

La Biblia, da especial énfasis en no dejar a ningún cadáver sin sepultura, “Y la familia de Israel los estará enterrando durante siete meses o muchos días, a fin de purificar la tierra” (Ezequiel 39: 12);. El cuerpo muerto pronto volverá a ser barro, y debe reintegrarse sin falta a él.

En Génesis 23: 3 al 20, como ya se dijo antes, se cita el episodio cuando Abraham compra una cueva en Macpelá, para que sirva de panteón familiar. Allí, casi todos los patriarcas enterraron a sus muertos. Jacob y José no recibieron entierro inmediato, sino que fueron embalsamados en Egipto, pero esto fue una excepción, la razón de esta diferencia se debía a su deseo póstumo, de ser trasladados a la tierra prometida.

La sepultura en la tierra, devolver a los cuerpos físicos a la tierra de la cual vinimos, implica dejar que la Naturaleza tome su curso, y existe una enorme profundidad en esto, cuanto psicológicamente (en términos de aceptar la muerte) como espiritualmente (en términos de colocar la muerte dentro de su lugar natural en el esquema cósmico de las cosas). Y la tradición judía mantiene que cualquier cosa que interfiera de forma no natural con este proceso ya sea que lo impida (por ejemplo, al embalsamar), o que lo acelere (por ejemplo, con la cremación), está prohibido.

Adicionalmente a las narraciones bíblicas que describen el entierro de los muertos, una observación general acerca de la humanidad, que se encuentra al comienzo del libro del Génesis, provee otra base para la sepultura: "Pues polvo eres, y al polvo volverás" (Génesis 3.19). Una razón para la sepultura en el suelo es vista por la tradición judía como la única forma de disponer de los restos mortales, ya que coloca en sincronía con el "orden cósmico": se viene de la Naturaleza, y se retorna a la Naturaleza. Esto es cierto tanto en forma simbólica como literal. La Biblia dice: "El Señor formó al Hombre [adam] del polvo de la tierra [adamah]". (Génesis 2:7).

La Torá no ha fijado ritos de duelo particulares, como hizo, por ejemplo, con las reglas alimentarias o las leyes del sabbath (descanso semanal). ¿Cómo comprender este silencio?

En el Exodo de Egipto, los judíos abandonaron una colosal civilización obsesionada con la muerte y que dedicó mucha energía espiritual y recursos materiales a los preparativos para el más allá. Este culto a la muerte fue uno de los males de los que Moisés extrajo a los Hijos de Israel, orientándolos hacia la vida. "Vida" es sinónimo de todo lo que es enaltecido en la Creación. Uno de los Nombres de Dios es "Dios de la vida". La Torá es descrita como "Torá de la vida". La Torá misma habla de "vida y bondad" como una y la misma cosa. La muerte es la negación de la realidad Divina en todas sus manifestaciones.

La Torá, primero de todo, se considera una ley de vida. «Yo pongo delante de ti la vida y la muerte, y tú elegirás la vida», declara el Supremo Hacedor a la comunidad de Israel. Cuando Moisés pide conocer el rostro divino, Dios le responde: «Nadie puede verlo y quedar con vida» (Exodo 33,20). La Torá está obsesionada con la vida. Cada uno es responsable de la suya y ha de hacer cuanto esté en su mano para proteger su salud, su cuerpo, su espíritu, sus bienes. La vida es una bendición y, como tal, no se puede malgastar, ha de ser administrada lo mejor posible.

El Talmud, dentro de esta lógica, afirma que algunas personas habrán de rendir cuentas ante el Eterno si desoyen este imperativo.

LAS REGLAS RABÍNICAS

Con la destrucción del primer Templo el 586 a. C. y la formación de las comunidades exiliadas en Babilonia, los rabinos van a reglar más el comportamiento del enlutado. La finalidad de esos ritos será el facilitar la expresión del dolor y hacer que las personas afectadas reemprendan el contacto con la realidad social aceptando la absoluta soberanía de Dios.

Además, la Torá no reglamenta lo propio del duelo, porque manda a cada uno a su trabajo privado, particular, íntimo. Si en el sector de la sociedad es posible decir a la gente: aquí tienes lo que Dios espera de ti en el momento de la ruptura, lo colectivo no existe. Esto no quiere decir que la Torá no haya dado algunas reglas para evitar los excesos. Por ejemplo, está formalmente prohibido (Deuteronomio 14,1) el hacerse cortaduras en el rostro o el raparse la cabellera por un muerto, que son sin duda costumbres de origen egipcio o cananeo. Luego las normas funerarias se van a encuadrar en el respeto de la vida y los seres vivos.

El apoyo a los enlutados se menciona en el libro de Job cuando sus tres amigos van a visitarlo. Adviértase que ellos no abren la boca hasta que Job haya hablado primero. La norma social para el judaísmo es estar junto al que sufre, sabiendo que en tales circunstancias las palabras están de más.

Se consideraba persona enlutada a aquélla que tiene una relación familiar directa con el difunto, lo cual da como resultado siete personas: el padre, la madre, el hermano, la hermana, el hijo, la hija, el esposo/esposa. A los miembros en segundo grado, desde el punto de vista legal, no les obligaban las normas, pero podían por supuesto sumarse a las ceremonias fúnebres.

Tras la muerte de una persona se le cerraban los ojos y se lo besaba “Yo iré allá contigo, y seré tu guía cuando vuelvas. Y José cerrará tus ojos, así que mueras”, “Lo cual, mirando José, arrojose sobre el rostro de su padre, bañándolo en lágrimas y besándolo” (Génesis 46: 4; 50: 1). El cuerpo se lavaba y luego se le adosaban ungüentos aromáticos y aceites. Acto seguido se lo vendaba ligeramente y se le colocaban entre las telas diversas especies, como aloe o mirra. Esto se hacía en señal de homenaje, similar al derramamiento de aceite que se le daba a los personajes ilustres. En tiempos muy remotos se vestía al difunto con sus insignias, es decir, si había sido rey, con su báculo, o profeta, con su manto, etc. Para la época de Jesús, esta práctica se había reemplazado por la colocación de una sabana tipo *sudarion*.

El cadáver era transportado a la cueva intramuro en un féretro de mimbre o en una camilla por una numerosa procesión plañidera. El Talmud muestra que durante el entierro deben rasgarse las ropas, pero esta rotura debe ser preferentemente pequeña. Se habla también de unas palabras y una oración al difunto.

LAS TUMBAS

Pedro, en Hechos 2: 29 nos habla de la tumba de David levantada en Jerusalén: “...el Patriarca David muerto está, y fue sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy”. Parece que para la época monárquica (período de Hierro), existía la costumbre de enterrar a los descendientes de la dinastía real en tumbas especiales. Es posible que se destinara una parcela cerca de la ciudad para tal fin. Estos sepulcros seguramente serían bastante suntuosos (II Crónicas 16: 14).

Por el texto de Ezequiel 43: 7-9, donde habla de “los cadáveres de reyes”, muchos comentaristas han pensado en que quizá alguno de los reyes haya sido enterrado en las cercanías del Templo. Más bien, este pasaje debe entenderse como un recurso simbólico para referirse a los ídolos extranjeros, donde muchos habrían sido reyes divinizados luego de su muerte. Ningún cadáver podía estar en el área del Templo, ya que eso sería una flagrante profanación a la santidad de Yahvé

Para la época grecorromana, la influencia extranjera hizo que se construyeran grandes tumbas para la posteridad. Un ejemplo de ello, lo vemos en el enorme mausoleo de Herodes: Herodium.

ANTES DEL ENTIERRO

Una vez certificado el fallecimiento, los siete familiares entran en un tiempo llamado de «desolación» (*aminut*) y, hasta el entierro, están exentos de cumplir cualquier mandamiento positivo. Estos mandamientos, efectivamente, requieren un mínimo de concentración y fervor que, en esas circunstancias, no puede alcanzarse. Si bien, desde el punto de vista estricto, las personas en duelo son los que deberían hacer frente a las últimas obligaciones, un servicio comunitario, conocido como «santa asamblea» (*hevra kaddisha*), es el que se fue acostumbrando a hacerse cargo de todos los preparativos.

Según la Biblia, el cuerpo debe ser enterrado dentro de las veinticuatro horas siguientes al fallecimiento. Antes de introducir el cadáver en el *ataúd*, el cuerpo se ha de lavar según un mandato particular: se verterá agua sobre diferentes partes del cuerpo, ablución que se verá acompañada de algunos textos bíblicos. En el terreno

religioso, se trata primero de resaltar el valor del envoltorio carnal, que no es una entidad desdeñable. Es verdad, este cuerpo se va a descomponer en la tierra, pero lo ha creado Dios y, como tal, exige respeto. Y al mismo tiempo se trata de preparar el cuerpo para su futura resurrección.

La tradición mística más tarde le añade sentido. En efecto, por este lavado el cuerpo, por así decirlo, queda protegido con unos versículos bíblicos que se convierten en escudo contra los malos ángeles que quisieran agredir el alma del difunto en el momento de su ascensión espiritual.

Durante el lavado, está prohibido mirar el rostro del difunto. Para el judaísmo, no conviene que el vivo contemple a quien ya carece de conciencia. Es una manera de señalar la frontera entre la vida y la muerte.

Realizado el aseo, el cuerpo se viste con un sudario, generalmente blanco, compuesto de una cogulla, una camisa y un pantalón. A los hombres se los cubre con su chal de oración como para resaltar su puesto en el seno de la comunidad eterna de los hijos de Israel.

Las manos se colocan abiertas a lo largo del cuerpo y no cruzadas sobre el pecho. La tradición pregunta: «¿Por qué el niño nace con los puños cerrados mientras el muerto parte con las manos abiertas?», y responde: «Cuando el hombre viene a la tierra piensa que el mundo le pertenece, al dejarla no se lleva nada consigo». Espléndido análisis que muestra que lo etnológico no tiene forzosamente necesidad de lo fisiológico.

En la Diáspora o dispersión (después del año 70, d.C.), la costumbre es poner bajo la cabeza una pequeña bolsa de tierra de Israel, para recordar que Adán, antes de que Dios juntase las tierras de todos los continentes, fue primero moldeado con la arcilla de Jerusalén.

En tanto el cuerpo esté en la casa (en el caso de una defunción en el hospital, son posibles arreglos horarios), se ha de garantizar, día y noche, una oración permanente. Por lo general, se leen los Salmos, que, por su belleza y poder emotivo, son los que mejor reflejan el clima de la situación.

En la cabecera del cuerpo, uno o dos cirios permanentemente encendidos recuerdan que «la luz del Señor es el alma del hombre» (Proverbios 20,27).

DURANTE EL ENTIERRO

En el cementerio, el cortejo avanza en lenta procesión, el paso se ajusta al ritmo de algunos salmos que hacen al caso, especialmente el salmo 91, hasta llegar a la sepultura. Es el momento de que el rabino diga unas palabras en memoria de quien ya no está, palabras de consuelo para la familia, una evocación de la vida del difunto...

Cuando el ataúd se deposita en su última mansión, la costumbre es arrojar un poco de tierra mientras se recitan versículos bíblicos como «Tú eres polvo y al polvo volverás» (Génesis 3,19) o «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó: ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1,21).

Notemos que un hombre *cohén* (es decir, perteneciente al grupo de los sacerdotes) no tiene el derecho de entrar en un cementerio, salvo para la inhumación de sus padres directos y sólo por la primera vez; esta ley, que se remonta a la Biblia, está justificada por el hecho de que el *cohén* ha representado siempre al referente de la vida en el seno de la sociedad hebrea. En la época del Templo, debía guardar escrupulosamente los principios de pureza. El *cohén* representa el triunfo de la vida sobre la muerte.

Después de la inhumación, las personas en duelo se colocan en línea y recitan el *Kaddish*, o «plegaria de santificación». Contra lo que se cree erróneamente que esta plegaria no es una oración por los muertos. El judaísmo no conoce una oración de esta naturaleza. Todas las alabanzas, todas las solicitudes se han de expresar de cara a Dios. De hecho, el *Kaddish* es la glorificación que el enlutado hace de la soberanía divina. Pese al duelo y el dolor, el creyente afirma que Dios es juez de verdad y que un día «los que duermen en el polvo se levantarán». Esta alabanza se recita durante todo el año.

Todavía en el cementerio o de vuelta a la casa, se pasa al «desgarro», que consiste en rasgar la camisa o la blusa a la altura del pecho. El gesto no es sólo altamente simbólico; es además canalizador de la agresividad latente, la cual podría recaer sobre el cuerpo.

A continuación se celebra la comida de duelo. Los allegados, pues los familiares en duelo no tienen derecho a hacerla, preparan una colación ligera consistente en un trozo de pan y un alimento redondo, como aceitunas negras, huevos duros, lentejas o garbanzos. El alimento redondo significa que la vida gira, el ciclo continúa. Algunos ven en esto el semblante sombrío de la persona en duelo.

Esta comida es obligatoria, porque la muerte no debe triunfar sobre la vida. El afligido debe comer, como el bebé que sale del seno materno y reclama el pecho. Después de esta comida frugal, se hace una alabanza al Eterno que evoca la destrucción de Jerusalén y del Templo. Porque en los momentos más importantes de alegría y tristeza, el judío nunca olvida el centro espiritual de su fe. Él subraya, por la misma razón, que el templo reconstruido en Jerusalén va a significar para la humanidad entera paz y felicidad, triunfo del amor contra todas las fuerzas mortíferas. Un deseo piadoso que hace posible no perder la fe en el hombre.

EL TIEMPO DEL DUELO

Comienza entonces el período de los «siete días» durante los cuales las personas en duelo, ataviadas con las mismas vestiduras, se quedan agrupadas en la misma casa, sentadas en tierra, descalzas, separadas de su cónyuge, sin consumir carne ni vino. Sólo el shabbat permite mitigar esas obligaciones. El estudio de la Torá y la práctica del oficio están totalmente excluidos. Estos días están consagrados al llanto y al recuerdo. Lo que importa subrayar en el terreno psicológico es que el duelo se cumple en familia, incluso en comunidad. Sería mal visto el dejar a personas abrumadas sin apoyo moral.

Al final de la semana, el aseo es de rigor; se cambian los vestidos y algunos suben al cementerio para recogerse en la tumba. Se inaugura entonces el período de los «treinta días» durante el cual toda actividad profesional, religiosa o sexual está permitida, pero marcado por la prohibición de participar en fiestas.

Al finalizar el año, todas las prohibiciones se levantan. Por haber respetado estas etapas, que en todo momento estuvieron acompañadas de oraciones, el judaísmo considera que el duelo ha quedado teóricamente terminado o, en cualquier caso, muy adelantado. Esto no quiere decir que se pasa la página, porque el recuerdo se activa con regularidad.

Al año siguiente, se coloca la losa sepulcral, se inscribe el nombre del desaparecido en el tablero de los recuerdos que se encuentra en un lateral de la sinagoga y se va a las tumbas la vigilia de las grandes fiestas (año nuevo, *Kippur*) para retirarse.

Así mismo, la persona que está de luto por sus padres recita todos los años, en el día del aniversario del fallecimiento, el *Kaddish* en la sinagoga, y a continuación se clausura el oficio con un estudio y una colación ofrecida a los invitados que rezan las bendiciones adecuadas sobre la comida.

En muchas comunidades se acostumbra durante la ceremonia del *Yom Kippur* (día del Perdón), día de recuerdo por excelencia, evocar el nombre de todos los difuntos de la comunidad.

LA RESURRECCIÓN

El judaísmo no hace intento alguno por olvidar la muerte o sofocarla con júbilo falso. "Los muertos no alaban al Señor, ni tampoco lo hacen quienes descienden al silencio de la tumba. Pero nosotros bendeciremos al Señor desde ahora y por siempre jamás ¡Aleluy-a!", proclama el Salmista.

La esencia del luto no es pesar por los difuntos, sino más bien compasión hacia los sobrevivientes parientes en su soledad. "No solloces por el hombre muerto que ha hallado descanso", decía una antigua elegía, "sino llora por nosotros que hemos encontrado lágrimas". La ley judía prescribe que todas las elegías hechas en funerales son a la vida y a los miembros sobrevivientes de la familia

Invocar a quienes ya no están es un absurdo radical para el profeta. Si la muerte es el final, ¿qué le queda al creyente judío?

La resurrección, un nuevo milagro divino. En otras palabras, si el hombre, «cuerpo y aliento», desaparece después de la muerte, ¿para qué le ha servido entonces la bonificación de la existencia? No solamente porque la idea de inmortalidad es desconocida en la Biblia, sino porque para nada serviría el hacer revivir una vida ya existente incluso espiritualmente. Tal es el sentido de ese plural hebreo *haim*, «vidas».

Escuchemos el canto de Moisés, que le hace decir al Eterno: «Yo hago morir y hago vivir, yo hiero y curo». La vida sigue a la muerte, como la cura a la herida. Para el hebreo, esta resurrección no plantea más problema teológico que la creación del mundo; lo que Dios ha hecho una vez, lo realizará una segunda vez.

Así se cierra el círculo. Dios crea al Hombre «cuerpo y aliento», Él lo lleva a la nada, y Él repetirá el milagro de la vida en la resurrección del hombre transfigurado. Tal es la esperanza bíblica para la humanidad entera. Ésta es la razón de que el Talmud hable de la resurrección de los muertos más que de la vida después de la muerte.

LA MUERTE EN EL ISLAM.

“Al cielo van los que mueren en gracia de Dios.
Allí gozan de la máxima felicidad sin mezcla de mal alguno, y para siempre.” (Mahoma)

Hablar de la muerte en el Islam en particular, implica una reflexión previa sobre el sentido del término «muerte». Y en el contexto que nos interesa en ésta tesina, se trata ante todo de definir el «Islam» a fin de delimitar mejor su visión de la muerte.

Tengamos presente que el Islam es una religión cuyo documento básico y fundacional es el Corán. No obstante, hay cantidad de textos secundarios de gran interés en la vida cotidiana de los musulmanes.

Son los textos que contienen la *Sunna*, que en árabe significa «tradición», «método» o «dirección», en general. Ella cobra con el Islam un significado especial porque designa cuanto concierne a la vida del profeta Mahoma: sus actos y sus palabras relativos a la fe, la práctica y los ritos, lo lícito, lo ilícito, la moral y las relaciones humanas entre los mismos musulmanes, o entre ellos y los demás.

En el siglo IX. Aljufari, (¿- 870 d. C.) verificó y seleccionó parte de la tradición oral (El Hadiz) y “las palabras auténticas de Mahoma”. Ha dejado de esta manera un florilegio, reconocido como el más exacto, *sahih*, es decir, el texto reconocido como canónico en el Islam.

La *Sunna* y los *hadiz* del profeta constituyen la segunda fuente del Islam. A ellos se suman los diversos documentos elaborados a lo largo de la historia de los pueblos musulmanes, tales como los textos de los doctores de la *sharia* o del derecho musulmán, así como las interpretaciones del Corán.

Además, existe una amplia literatura folclórica que tomar en consideración. Varía de un espacio geográfico y cultural a otro. A todo lo largo del período de las conquistas, el Islam se abrió a las diversas civilizaciones en las que dejó su marca y de las que, a su vez, él salió impregnado.

Obligado es reconocer el influjo de las religiones anteriores: las religiones egipcias faraónicas, las religiones de Mesopotamia, la religión hebrea, la del Antiguo Testamento... y otras más.

Por lo tanto, hay que manejar con cautela estas mezclas, en especial cuando se trata de presentar la visión islámica de la muerte. Sólo en el nivel de los ritos populares existen cantidad de ritos diferentes relativos a la muerte. Pero también el Corán tiene sus peculiaridades y, aunque el texto coránico se pueda considerar próximo al texto bíblico, tratando ambos con frecuencia unos mismos textos y narrando a veces las mismas historias con los mismos nombres propios, se encuentran no obstante en él muchas diferencias.

El mundo de la muerte evoca todo un campo semántico, un campo de términos y expresiones que importa destacar. Seguimos el mismo ciclo de la vida, del que la muerte, en el fondo, sólo es una fase:- «creación» - «vida» - «ser viviente» - «hombre» - «espíritu» - «alma» - «muerte»;- «resurrección» - «Juicio final» - «recompensa en una vida eterna».

Nos parece útil precisar tres términos árabes de gran importancia para nuestro tema: *ruh*, *nafy nafas*.

Ruh, «espíritu». En el diccionario de la Academia de El Cairo, la palabra *ruh* es femenina: la esencia de la vida, del alma, sinónimos *naf*, «alma». La raíz *ruh* no está lejos de la raíz *rih*, «viento». Encontramos, en árabe coránico, las expresiones *al ruh al amin*, «el espíritu fiel», y *rühu qudus*, «el santo Espíritu», como dos nombres, o dos cualidades, atribuidos al ángel Gabriel, conocido como el ángel de la revelación.

Ruhu Allah, el espíritu o el soplo divino, en el ser humano o en el ser vivo en general. Se considera como el secreto de la vida. La mente humana no puede alcanzarlo: «Te preguntan acerca del Espíritu. Responde: "El espíritu procede de la Orden de mi Señor: no se os ha dado más que poca ciencia"» (Corán 17, 87). En este versículo, se ha traducido *al ruh* por «espíritu», pero también se traduce por «alma».

Después de la muerte de una persona, se dice que su espíritu ha subido al cielo, o a su Creador.

Nafs, «alma». Según el diccionario, *ál-nafs* es el alma, el espíritu. Se dice: «su alma ha salido», «ha entregado generosamente su alma», es decir, ha muerto. Así mismo, se observa en las lenguas semíticas una alternancia entre *nafs*, «alma o espíritu», y *nafas*, «respiración».

Por otra parte, no es necesario establecer una relación de sinonimia perfecta y absoluta entre *nafs* y *ruh* en árabe. En efecto, en el Corán, el espíritu es lo íntimo de la vida, pero el alma, *nafs*, es el centro o el eje de la responsabilidad. Se tiene en cuenta el alma, *nafs*, para todo lo concerniente a los actos buenos y malos.

En cierto modo, no se podría hablar de la muerte en el Islam sin hablar de estas nociones, al menos muy concisamente. Pero volviendo al punto de partida: el Islam y sus documentos fundacionales. ¿Cómo se ve en ellos la muerte?

En primer lugar, la muerte no es un castigo impuesto a Adán y Eva o a sus hijos con motivo de alguna desobediencia. Cuando Adán comió del árbol prohibido y se arrepintió, Dios le perdonó. Si murió, es porque en eso estaba su destino inevitable. El de todos además, de todos los hombres y de todas las criaturas en general.

«Dios os ha creado, y luego os llamará» (Corán 16, 72).

«Dios es quien os ha creado y enseguida os ha proporcionado el sustento. Más adelante os hará morir y, por último, os resucitará» (Corán 30, 39).

El término «morir», en árabe *mata*, como en todas las lenguas semíticas, es el infinitivo de un verbo intransitivo que se puede encontrar también bajo una forma transitiva que significa «hacer morir» (la cuarta forma *amata* en árabe y *hemit*, en hebreo).

El término «muerte» y sus derivados aparecen 160 veces en el Corán. El término «vivir» y sus derivados figuran en él 179 veces. La cuestión aquí es comprender la dialéctica coránica entre vida y muerte, bien y mal, luz y tinieblas, día y noche, hombre y *djinn* (genio)... etc.

Según esta dialéctica es como el texto sagrado habla de la muerte. Porque la muerte no tendría lugar sin la vida. La muerte no es más que un paso en el camino de la vida humana. Y esto según un principio fundamental alrededor del cual se configura la gestión de este mundo: «Aquél que ha creado la muerte y la vida para probaros y conocer así quién es el que mejor obra entre vosotros» (Corán 67, 2).

El hombre determina el bien y el mal a partir de su capacidad de conocer, pero su conocimiento no es ni completo, ni absoluto. Él prefiere el placer inmediato y efímero. El Corán dice a este respecto: «Ciertamente, el hombre ha sido creado versátil: cuando le toca la desgracia, se abate, y cuando le llega la felicidad, la rehusa» (Corán 70,19-20).

No sabe siquiera discernir el mal del bien: «Es posible que tengáis aversión a alguna cosa, y esa cosa sea un bien para vosotros; y es posible que os guste una cosa, y esa cosa sea para vosotros un mal... Dios sabe, y vosotros, vosotros no sabéis» (Corán 2, 213).

Así, el hombre ve la muerte como un gran mal, aunque en realidad sea un episodio en una serie de etapas que llevan a la vida feliz y eterna. La eternidad está exclusivamente reservada a Dios. El hombre, el animal, el vegetal, el *djinn* (genio), el ángel, todo cuanto vive en los cielos, sobre la tierra y entre los dos está condenado a morir.

«Toda cosa, a excepción de Su faz, es perecedera. Vosotros volveréis a Él» (Corán 28, 88). «Todo lo que se encuentra sobre la tierra desaparecerá. La faz de tu Señor, majestuosa y noble, subsiste» (Corán, 55, 25-27).

Desde el momento de su muerte, el hombre entra en el más allá. Una vida del más allá extraña y misteriosa. Es un vasto mundo complejo, lleno de secretos, sombras, colores e imágenes sin fin. Así que la muerte no equivale a ser reducido a la nada. Sólo es una etapa pasajera que lleva a otra vida, pasados la resurrección y el Juicio final. Esa vida eterna puede acontecer en el paraíso o en el infierno.

Aunque el Islam alienta al creyente a aceptar con fe y paciencia ese destino previsible y natural, la cultura escrita y oral, lo mismo que la literatura islámica, describe con todo detalle los males de la muerte. El profeta del Islam sintió esos males y dijo: «La muerte comporta embriagueces». «La embriaguez de la muerte descubre la verdad: Ahí tienes eso de lo que te alejabas» (Corán 50,18).

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Un ángel, en el Islam, es el encargado de esta misión: dar la muerte.

El nombre de ese ángel no está consignado en el Corán pero se encuentra muchas veces en la literatura islámica y en las interpretaciones del Corán, así como en los *hadiz* del profeta del Islam. Su nombre es Ezrael, un nombre con resonancia hebrea. Sin embargo, no es el único encargado de esa misión. Cuenta con colaboradores entre sus congéneres. Son los «mensajeros de Dios». El Corán los cita mucho.

Al ángel Ezrael, se le nombra por su función o su misión, *malaku I mawt*, “el ángel de la muerte”: El Ángel de la muerte, a quien habéis sido confiados, os llamará, y luego seréis devueltos a vuestro Señor» (Corán 32,11).

Por el contrario, en el patrimonio y en los textos secundarios, el nombre de Ezrael se encuentra con frecuencia en numerosos pasajes e historias llenas de detalles, y a veces en los diálogos con personas en el momento de la muerte, en particular de profetas y santos.

«Cuando le llegue a uno de vosotros la hora de la muerte, nuestros enviados lo llamarán para conducirlo al Señor, porque ellos no son negligentes» (Corán 6, 61).

Según la creencia Islámica, cuando una persona muere está presente el Ángel de la Muerte quien junto con otros ángeles, llevará su alma hasta el cielo. Allí, tras un interrogatorio (denominado “interrogatorio de la tumba”), conocerá si Dios ha perdonado sus pecados y le ha destinado al cielo o si, por el contrario su alma se encuentra entre las de los condenados. Tras ello el alma permanece custodiada en un lugar que, según la creencia, es la misma tumba, donde esperará el tiempo del juicio final.

Estos ángeles o mensajeros dialogan con los muertos e interrogan a los infieles: “hasta el momento en que nuestros enviados vayan a llamarlos diciéndoles: “¿Dónde están aquéllos a quienes rogabais al margen de Dios?”» (Corán 7, 35).

Así reprochan a algunos su debilidad. Ellos se sometieron y no se rebelaron. «Mientras los llevan, los ángeles dicen a quienes se hicieron daño a sí mismos: “¿En qué situación os encontrabais?”. Ellos les responden: “Éramos débiles en la tierra”. Y los ángeles les replican: “¿No es la tierra de Dios lo suficientemente grande como para que os permitiese emigrar?”» (Corán 4, 99).

Si el alma está entre las que se salvan, el periodo de espera en la tumba será leve y apenas imperceptible, mientras si está entre los condenados, el tiempo en la tumba será “como un anticipo de los tormentos que le aguardan en el infierno”.

Es por ello la preparación para “una buena muerte” está en la base de la justificación que muchos musulmanes hacen para explicar su entorno, o mantenimiento de las prácticas religiosas islámicas.

Teniendo en cuenta que en el Islam toda la vida del creyente, tanto en lo cotidiano como en lo sagrado, están perfectamente reglados, hasta en los más pequeños actos, también lo estará en el momento de la muerte.

Acompañar en el tránsito de la muerte y en el cortejo fúnebre es un derecho y un deber del musulmán, que aparece recogido en múltiples pasajes del Corán.

Los rituales funerarios mortuorios islámicos comienzan en el momento de la agonía, en cuyo caso es preferible estar acompañado por la familia y los amigos más cercanos. Durante éste tiempo la práctica habitual es la salmodia del Corán, así como recitar la *shahada*, su propio testimonio, su profesión de fe: «Doy testimonio de que no hay más que un único Dios y que Mahoma es su profeta». Si el moribundo no pudiera pronunciarla, uno de los cercanos a él, de su familia o de sus amigos lo puede hacer en su lugar y se tiende a girar al agonizante orientándolo en el sentido de la Meca.

LAS ABLUCIONES EN LA INHUMACIÓN

La práctica habitual es que sean los hombres, bien familiares o bien amigos, quienes se ocupen de los preparativos del cuerpo. Esta práctica está recompensada en muchos puntos positivos (*asanat*) que, según la

teología islámica serán tenidos en cuenta en la evaluación del comportamiento del musulmán después de su muerte.

Después de la muerte, uno de los presentes deberá cerrar la mandíbula del difunto, así como sus ojos, se le deben hacer sus abluciones, luego lavarlo. Esto debe seguir un ritual preciso; además la persona que se encargue de ello debe ser una persona religiosa y practicante, conocedora del ritual y “digna de confianza” para que no revele lo que vea de las intimidades del fallecido.

La ablución y el baño o lavado es el ritual más importante para el musulmán, en tanto que se considera que el alma solo podrá acercarse a Dios en situación de pureza ritual, y esto solo se consigue por medio de la ablución.

Al mártir que muere en el campo de batalla no se le practican estos ritos. Se le entierra con su sangre, y vestido con la ropa con que recibió la muerte.

El baño consiste en lavar tres veces cada una de las partes del cuerpo. La cabeza se lava y se seca inmediatamente y se peina. Se puede perfumar el cuerpo a base de aceites, no alcohol porque eso rompería el ritual. Al final se seca nuevamente el cuerpo y se cubre con un sudario de lino o algodón, siempre de color blanco. Se leen algunas aleyas del Corán, pasa la familia y se reza más.

Tras el lavado ritual y el amortajamiento el cuerpo puede transportarse en litera o en un ataúd lo más sencillo posible, ya que éste será desechado en el momento de la inhumación, en que el cuerpo se pone directamente en la tierra del lado derecho orientado hacia la Meca.

El Islam prefiere enterrar al muerto lo antes posible, tal vez a causa del clima caluroso de los países musulmanes. Esto se convirtió en tradición igual que la «oración por el muerto», oración de los «obsequios».

LA TUMBA

La tumba es un hoyo profundo. La cabeza del muerto se ha orientar a la *Kaaba*, *qibla*, la orientación de todos los musulmanes del mundo (en decúbito lateral derecho y orientado hacia la Meca).

Los ritos del entierro, especialmente en lo que concierne a la tumba, varían de una cultura a otra según la herencia cultural y tradicional de cada una de ellas.

En Egipto, por ejemplo, la tumba de los musulmanes, como la de los coptos, difiere de las de otros países, de Arabia Saudita, entre otros. Es una pieza construida encima de la tierra, con frecuencia bastante alta. Lleva una puerta de piedra o de hierro pintada a menudo de blanco, azul, marrón y amarillo. En la campiña egipcia se encuentran muchas veces tumbas piramidales parecidas a la pirámide de Saqqara con sus mastabas o plantas.

Los egipcios escriben el nombre del muerto y la fecha de su fallecimiento, y también versículos coránicos o versos poéticos que recuerdan la muerte o evocan más bien el paraíso -en el caso de los coptos, se escriben versículos evangélicos-. En la terraza se depositan tiestos de cactus, planta símbolo de la paciencia.

En cada pueblo o barrio, al menos en Egipto, existe un hombre, conocido y reconocido por su competencia en materia religiosa, en el Corán y en los principios fundamentales del Islam, que ordinariamente dirige la oración en grupo, (*jama a*). A él se le confía públicamente una misión llamada *talqin*. Su significado es «instruir o hacer comprender a cualquiera una palabra para que él la repita».

Una vez cerrada la tumba, esa persona religiosa se levanta y recita una especie de oración y da unos consejos relativos al juicio de la tumba. Porque, nada más salir la gente del cementerio, dos ángeles se acercan al difunto y le interrogan, como aparece en un *hadiz* del profeta: «Nada más depositar al muerto en su tumba y abandonar la comitiva el cementerio, y estando el muerto incluso oyendo el ruido de sus pisadas, dos ángeles se le acercan. Le piden al difunto que se siente y le dicen: "¿Qué piensas tú de este hombre, Mahoma?". Él responde: "Testigo soy de que es el servidor y mensajero de Dios". Ellos le dicen: "¡Echa una mirada a tu lugar en el infierno! Dios lo ha cambiado por otro en el paraíso". Él los mira (a los dos lugares). El descreído y el hipócrita dicen: "Yo no sé. Yo repetía lo que la gente decía". Le replican: "¡No sabes ni dices nada!". Le dan un golpe entonces entre las dos orejas con un pedazo de hierro. El difunto lanza un grito que todas las criaturas de su alrededor oyen, excepto los hombres y los *djinns*».

Para esto, entonces, esa persona religiosa hace su discurso al difunto: «Cuando los dos ángeles mensajeros se te acerquen, no temas. Son, como tú, criaturas de tu Señor. Cuando te interroguen a propósito de Dios y de su profeta, di tal o cual palabra...».

El Corán no evoca la vida en la tumba, ni detalla esa suerte de interrogatorio o de juicio que sigue. Pero los musulmanes sí parecen estar de acuerdo en la veracidad de esa etapa, puesto que el profeta habla de ella y, en la tradición escrita y sobre todo oral, se encuentran diversas escenas relativas a ella.

EL DUELO

El árabe conoce el término *hidad* o «duelo» pero no consta en el Corán. Tiene sus ritos y tradiciones en el Islam. No es tiempo de tristeza porque, como hemos dicho, la muerte no es ni un mal, ni un castigo, ni una aniquilación. Es un paso, un tránsito, un hecho absolutamente natural, el destino de todo ser.

LA ACTITUD DE LA VIUDA

Cuando un varón muere, su familia y sus allegados empiezan a prepararse para reorganizar su vida después de su partida. En el Corán, la viuda es la primera persona afectada. Dos versículos esenciales hablan de ella:

«Algunos de vosotros mueren dejando esposas; éstas han de observar una espera de cuatro meses y diez días. Pasado este tiempo, no se os imputará la manera como ellas dispongan de sí, según lo establecido» (Corán 2, 234). «Quienes de vosotros son llamados a Nosotros y dejan esposas hagan testamento a su favor y aseguren así su sustento durante un año. No serán expulsadas de sus casas, pero si se fuesen ellas, a vosotros no se os imputará el modo como ellas han dispuesto de sí mismas, según lo establecido» (Corán 2, 241).

Se encuentra en unos *hadiz* del profeta. que dice: «Una mujer que cree en Dios y en el día del Juicio final no tiene el derecho de celebrar el duelo de un muerto más que tres días solamente. Por lo que respecta a su marido, ella tiene derecho a celebrar su duelo durante cuatro meses y diez días».

LA VISITA AL MUERTO EN EL CEMENTERIO

La familia y los allegados del muerto tienen el derecho de llorarlo y de manifestar su tristeza pero no de gritar, ni de desgarrar sus vestidos, ni de hablar mal del difunto, sino de recordar más bien sus buenas cualidades.

Hay toda una literatura basada en las palabras del profeta que aconsejan la visita al muerto, sobre todo de parte de sus familiares, durante las fiestas religiosas y una vez por semana, el jueves o el viernes antes de la caída del sol. Entre los egipcios, musulmanes y coptos, la visita a los muertos se hace preferentemente, más bien, durante las fiestas. Los familiares van al cementerio temprano y allí se pasan unas horas dialogando y recitando versículos sagrados, evocando de esta manera a vivos y muertos.

La cultura musulmana no les impone a la viuda y a la familia ningún color determinado que ponerse. Por eso existen tradiciones diversas según los países. En Egipto, se lleva el negro; en Marruecos, el blanco. Los hombres no tienen que llevar un color preciso.

Los egipcios, sean musulmanes o coptos, tienen una tradición característica relativa a la muerte. Celebran la cuarentena de la muerte de sus familiares. Con este motivo, las familias del difunto reciben a los amigos y conocidos que van a presentarles sus condolencias. Se recitan muchas veces versículos sagrados del Corán o la Biblia. Es una ocasión en que se recuerda el día de la muerte.

RITUALES VIKINGOS

NUNCA UN ENTIERRO.

A comienzos del siglo X Ahmad Ibn Fadlan, enviado como embajador del califa de Bagdad, tuvo ocasión de contemplar los ritos funerarios celebrados por los vikingos que habían llegado en sus incursiones hasta el río Volga. Su relato es realmente interesante.

«Un día murió uno de los jefes de la expedición vikinga y el embajador pudo seguir los ritos funerarios desde su comienzo hasta su final. Para empezar colocaron el cadáver en una tumba provisional sobre la que instalaron un tosco tejado y allí estuvo durante diez días mientras le confeccionaban el vestuario mortuorio.

Si el difunto era un hombre pobre construían una rudimentaria barca en la que le colocaban y le quemaban después. Pero si era un hombre rico, de su fortuna hacían tres partes: una para su familia, otra para los vestidos mortuorios y otra para preparar una bebida muy fuerte, llamada nabidh, que los deudos y amistades del difunto bebían sin descanso hasta el día de la incineración del cadáver.

Cuando un gran personaje muere los familiares preguntan a sus esclavos, hombres y mujeres, quién quiere morir con él y acompañar al difunto a ultratumba. Si alguien dice «yo», ya no puede volverse atrás. La esclava, porque generalmente son mujeres las que se ofrecen para el sacrificio, se ve separada de la familia y confiada a dos jóvenes muchachas que cuidan de ella, la acompañan adondequiera que va y la lavan cuidadosamente.

Mientras tanto se confeccionan los vestidos que ha de llevar el cadáver y la esclava bebe y canta continuamente sin perder la alegría.

Cuando llegó el día en que el hombre tenía que ser incinerado y la muchacha con él, los asistentes cogieron una barca, la colocaron sobre las arenas de la playa y a su alrededor pusieron gran cantidad de madera.

Sobre la barca depositaron la cama en que había dormido el difunto y la cubrieron con colchones y almohadas de brocado. Llegó en esto una vieja, a la que llamaban el Ángel de la Muerte, encargada de arreglar todo el paramento que se había preparado y de matar a la esclava.

Fueron luego todos a la tumba en que habían sepultado al muerto, al que desenterraron junto con unas botellas de nabidh, frutas y otros alimentos. Vistieron el cadáver con pantalones, botas, una túnica y un caftán de brocado con botones de oro y colocaron sobre su cabeza una gorra de brocado y pieles de marta. Le llevaron a la barca, le sentaron sobre el colchón y lo sostuvieron con cojines y almohadas. Colocaron junto a él el imprescindible nabidh, frutas, plantas olorosas, pan, carne y cebolla. Después partieron en dos a un perro y lo dejaron a sus pies. Mataron dos caballos a los que previamente habían hecho correr hasta que estuvieron sudados, los cortaron a trozos con los sables y su carne fue colocada sobre la barca; lo mismo hicieron con dos vacas, un gallo y una gallina.

Mientras esto sucedía la esclava que debía morir visitaba a los diversos jefes del campamento y se unía sexualmente con ellos, que, cuando terminaban la agradable ceremonia, le decían: «Di a tu amo que lo hemos hecho por amor a él.»

Cuando llegó el momento de la oración del viernes pusieron los hombres a la esclava sobre una ancha tabla y la levantaron tres veces lo más arriba que podían mientras ella pronunciaba unas palabras. Cuando terminó la ceremonia le presentaron una gallina a la que cortó la cabeza y que fue depositada en la barca como se había hecho con los otros animales.»

El viajero que narra esta ceremonia preguntó a un intérprete qué había dicho la muchacha mientras la elevaban sobre la tabla. La primera vez había dicho: «He aquí que veo a mi padre y a mi madre.» La segunda vez: «He aquí que veo sentados a todos mis parientes muertos.» Y la tercera: «He aquí que veo a mi amo sentado en el paraíso y el paraíso es hermoso y verde. Con él hay hombres y muchachas y me llama. Llevadme hacia él.»

«La llevaron a la barca, en donde ella se quitó dos brazaletes y los entregó a la mujer llamada el Ángel de la Muerte. Dio otras joyas a las muchachas y subió inmediatamente a la barca funeraria.

Después los hombres la rodearon con escudos y bastones. Le entregaron una copa de nabidh que bebió de un trago. Después cantó la joven unas estrofas con las que se despedía de sus compañeras. Le entregaron una segunda copa y varias más, tras lo cual entró en el lugar que ocupaba el cadáver de su amo.

Los hombres golpeaban sus escudos para que no se oyesen los gritos de la esclava y uno tras otro, hasta seis, cohabitaron con ella. A continuación la acostaron al lado de su amo. Dos la cogieron por los pies y otros dos por las manos. El Ángel de la Muerte le colocó una cuerda en el cuello dándole una vuelta y entregó las extremidades a dos hombres para que tirasen de ella. Se acercó a la muchacha y con un puñal le atravesó el corazón mientras los dos hombres la estrangulaban.

A continuación el más joven de los parientes del muerto cogió una antorcha y completamente desnudo, con una mano cubriendo el orificio de su ano, prendió fuego a los maderos que rodeaban la barca. Después todos, con teas y leños, ayudaron a propagar el incendio, que destruyó la barca y todo lo que contenía.»

CHINA

Aprende a vivir y sabrás morir bien. (Confucio)

*“El destino de los hombres es morir...
¿Por qué entristecerme, pues, cuando mi suerte es normal
y mi destino es el de todos los seres humanos?” (Lie Tse s.V a.C).*

Los chinos creían firmemente en la continuidad entre éste y el otro mundo, entre la vida y la muerte. Ambos mundos eran gobernados por los mismos principios burocráticos que regían al imperio. Además, en ambos dominaban los lazos de parentesco patrilineales y la muerte no cortaba la relación existente entre parientes, ni afectaba la posición social que el individuo tenía en vida. La veneración a los ancestros era la expresión concreta de esta preocupación por la continuidad patrilineal.

En el pensamiento chino no existe una separación del cuerpo y del alma en el momento del morir, como es el caso en Occidente. De hecho, uno de los objetivos primordiales de los ritos funerarios chinos era mantener al cuerpo y al espíritu juntos. Consideraban que el alma (o espíritu) estaba constituida por tres partes que se manifestaban en las tablillas con el nombre del difunto colocadas en su tumba, en el altar doméstico y en el del templo.

También tenían la preocupación por controlar, manejar y aplacar los aspectos peligrosos del alma del recién fallecido. Gran parte del ritual funerario estaba orientado a apaciguar al espíritu desorientado y volátil. Es decir, regía la misma necesidad de control social en éste y el otro mundo, por lo que no se permitía que nadie anduviera divagando o vagando libremente fuera del control de la familia y de la comunidad.

Otro aspecto importante era la idea de que siempre debía haber un equilibrio entre los sexos; así, las parejas casadas se reconstituían como tales al morir y se enterraban en tumbas adyacentes, y para las personas solteras se realizaban matrimonios postmortem, ya que consideraban anormal estar sin cónyuge.

De primordial relevancia era la noción del intercambio entre los vivos y los muertos. La muerte tampoco daba por terminadas las relaciones de reciprocidad; simplemente las transformaba e incluso las fortalecía. Las ofrendas funerarias en las tumbas y en los altares eran la evidencia de estas relaciones; es decir, los deudos le hacían sacrificios y regalos al difunto para agasajarlo y venerarlo; a cambio esperaban recibir ciertos beneficios materiales como buena suerte, salud y progenie, ya que consideraban que los ancestros podían interceder ante las deidades en beneficio de sus descendientes vivos.

Los banquetes rituales eran ceremonias familiares en las que participaban todos sus miembros, pues los difuntos seguían siendo una parte integral de la vida cotidiana y requerían las mismas atenciones que los demás. Se les ofrecía comida y bebida, cuya esencia era consumida por ellos y el resto por sus deudos.

Otros elementos básicos ofrendados eran el incienso y la música, concebidos como vínculos entre el Cielo y la Tierra, un vehículo de comunicación con las deidades y los espíritus de los ancestros. La música tenía la finalidad de acompañar al cadáver en el trayecto al cementerio, apaciguar su espíritu y luego entretenerle en el más allá.

Era costumbre enterrar a los muertos con todos los objetos que pudieran usar, disfrutar o necesitar en la otra vida. Éstos difieren según los períodos dinásticos, predominando en algunos las piezas de jade y de bronce, y en otros las figurillas de animales y personas que gradualmente fueron sustituyendo a los seres vivos que solían acompañar al difunto.

Antiguamente existía la costumbre de enterrar a los soberanos y cortesanos o nobles de alto rango con sus acompañantes (familiares, músicos, sirvientes y soldados) para que les atendieran y protegieran después de su muerte, en la otra vida. En fosas adyacentes a sus tumbas se sepultaban carretas, carruajes y caballos junto con sus conductores y cuidadores. También eran sacrificados los animales domésticos, base de su economía,

La sustitución de personas y animales por réplicas en madera, piedra o cerámica fue haciéndose lentamente a través del tiempo, debido a que en los entierros más suntuosos seguía prefiriéndose el sacrificio de seres vivos.

Es ampliamente conocido el descubrimiento de la necrópolis del emperador Qin Shihuang (que unificó China en el siglo III a.C.), en cuyas cámaras y fosas se encontraron tanto los restos de seres vivos, como detallados objetos de gran valor, maquetas de palacios (de todos los estados o reinos que había conquistado) y los modelos fidedignos de su impresionante ejército -más de ocho mil figuras en arcilla de tamaño natural- en formación de combate, para defender eternamente el imperio por él fundado.

A partir de entonces, se restringió el entierro de seres y objetos genuinos u originales y valiosos, por lo que se incrementó la producción de réplicas. Son sobresalientes las esculturas y guardianes celestiales con forma humana o animal ubicadas a la entrada de las tumbas o cámaras principales, y otras de reducido tamaño que representaban a grupos de acompañantes y sirvientes colocados cerca del sepulcro, listos para atender a su señor o señora.

También son dignas de mencionar las reproducciones en pequeña escala de casas, corrales con animales, pozos y otras estructuras del medio rural, que de esta manera perpetuaban bajo tierra una imagen convincente del mundo cotidiano.

LOS FUNERALES

Sepultar los muertos siempre ha sido una cuestión seria en las sociedad china. Se creía que los arreglos fúnebres inapropiados traían mala suerte para la familia del fallecido. Tradicionalmente, los rituales funerarios chinos se desenvolvían según la edad del fallecido, las causas de su muerte, su nivel social, y su estado civil.

Según la costumbre china, una persona mayor no debe mostrar respeto por alguien más joven. Por lo tanto, si el muerto es un joven soltero, su cuerpo no puede ser llevado al hogar, sino que debe ser dejado en la casa funeraria. Sus padres no pueden ofrecer plegarias por el hijo: siendo soltero tampoco tiene hijos que ejecuten estos rituales para él. Si un bebé o niño muere, no se necesitan ritos fúnebres, ya que no se puede mostrar respeto por alguien menor. Entonces el niño es sepultado en silencio.

Los preparativos para el funeral comenzaban antes de que la muerte ocurriera. Cuando alguien moría en la familia, todas las estatuas de deidades en la casa eran cubiertas con un papel rojo y quitaban los espejos del lugar. Se pensaba que si uno veía el reflejo del ataúd en un espejo, en un corto tiempo habrá una muerte en su propia familia. Una tela blanca se colgaba sobre la puerta de la casa y se colocaba un gong a la izquierda de la entrada si el fallecido era hombre, y a la derecha si era mujer.

Antes de ponerlo en el ataúd, se limpiaba el cadáver con una toalla mojada, se le espolvoreaba talco y se lo vestía con su mejor ropa. El cuerpo se vestía completamente, incluso los zapatos, y maquillaje si era mujer, pero nunca se los cubría con vestimentas rojas (esto causaría que se convirtiera en un fantasma). En general se usaban los colores negro, marrón o azul, se cubría la cara con una tela amarilla y el cuerpo con una tela celeste.

El ataúd se colocaba dentro de la casa si la persona murió dentro de la casa; si murió fuera de la casa se lo ubicaba en el jardín. La cabeza del ataúd se coloca enfrentando la parte interior de la casa. Se lo posicionaba a unos treinta centímetros del suelo sobre dos soportes. Las coronas, regalos y un retrato o fotografía del fallecido, se colocaban a la cabeza del ataúd.

El ataúd no se cerraba durante el velatorio. Se ponía comida frente al ataúd como una ofrenda al fallecido. El peine del fallecido se partía en dos, una mitad se colocaba en el ataúd y la otra se la quedaba a la familia.

Durante el velatorio la familia no usaba joyas o vestidos rojos; rojo es el color de la alegría. Tradicionalmente los niños y nietos del muerto no se cortaban el pelo durante cuarenta y nueve días desde la fecha del deceso. Se acostumbraba que los familiares con vínculo de sangre y las nueras lloraran durante el duelo como signo de respeto y lealtad al fallecido. Los lamentos y llanto eran particularmente fuertes si el fallecido había dejado una gran fortuna.

En el velatorio, los familiares del fallecido se reunían alrededor del ataúd y se ubicaban de acuerdo a su posición en la familia. Se vestían con ropa especial: los hijos y nueras de negro (el negro simboliza que son los

más acongojados), los nietos en azul y los biznietos en celeste. Los yernos con colores más brillantes como el blanco, porque son considerados de afuera. Los niños y las nueras usaban un velo sobre sus cabezas. El hijo mayor se sentaba al hombro izquierdo y el cónyuge del fallecido a la derecha. Los familiares que llegaban tarde deberían caminar de rodillas hasta el ataúd.

Se colocaba un altar al pie del ataúd para quemar incienso y se prendía una vela blanca. Continuamente se quemaba papel joss (papel especial usado en estos rituales), y “dinero de oración” para proveer al fallecido de ingresos suficientes en su vida de ultratumba.

Durante el velatorio generalmente la gente jugaba juegos de azar en el patio de la casa del fallecido. El cadáver tenía que ser ‘custodiado’ y jugar estos juegos ayudaba a los guardianes a mantenerse despiertos durante la vigilia; también ayudaba a disminuir el dolor de los allegados. La duración del velatorio dependía de los recursos financieros de la familia, pero se necesitaba al menos un día para permitir que la gente ofreciera sus oraciones y rezos.

Mientras el ataúd permanecía en la casa, un monje cantaba por la noche versos de las escrituras budistas o taoístas. Se creía que el alma del muerto tenía que enfrentar muchos obstáculos y torturas por los pecados que cometió en vida, antes que le sea permitido tomar su lugar en la vida después de la muerte.

Los rezos y cantos de las escrituras sagradas, y los rituales ofrecidos por los monjes, ayudaban en el paso del fallecido hacia el cielo. Los rezos eran acompañados de música de flauta, trompeta y gong. Cuando los rezos y la ceremonia de plegarias se terminaban, los lamentos de los que estaban de duelo alcanzaba el punto máximo y el ataúd se sellaba con clavos. El sello del ataúd significaba la separación de los muertos y los vivos.

Papeles ‘sagrados’ blancos y amarillos se pegaban al ataúd para proteger el cuerpo de ser molestado por espíritus malignos. Durante el sello del ataúd todos los presentes se daban vuelta, porque presenciar el sello del ataúd se considera de muy mala suerte.

El ataúd se trasladaba con la cabeza del fallecido hacia delante. Se creía que las bendiciones del fallecido eran conferidas a los que llevaban el ataúd, por lo tanto, generalmente, había muchos voluntarios llevando el ataúd con un palo atado por encima del mismo.

No se llevaba el ataúd directamente al cementerio sino que primero se lo colocaba al lado del camino, afuera de la casa, donde más gente ofrecía sus oraciones y papeles. Luego se colocaba el ataúd en una carroza fúnebre que se movía muy despacio por un kilómetro y medio con su hijo mayor y miembros de la familia siguiendo detrás y tocando con sus cabezas la carroza. Se ataba un pedazo de tela blanca a los coches que acompañaban a la carroza, o se pegaba un pedazo de papel blanco en las ventanillas. Generalmente el hijo mayor se sentaba al lado del ataúd.

El orden de la procesión funeraria seguía las posiciones dentro de la familia. Se encendía un palo de joss y se mantenía así durante toda la procesión simbolizando el alma del fallecido. Si el palo se apagaba, se volvía a encender inmediatamente. En la procesión, en la actualidad, se llevan papeles con formas de automóviles, barcos, etc., simbolizando la riqueza de la familia del fallecido, que luego son quemados. Si la procesión tiene que cruzar por el agua, se le debe informar al fallecido que el cortejo la va a cruzar. Se cree que si no se le advierte al fallecido de la situación, su alma no podrá cruzar el agua.

Los cementerios chinos están generalmente en la ladera de los montes, porque se cree que mejora el feng shui. Cuanto más alto está la tumba, tanto mejor se cree que es la situación. Cuando la procesión llega al cementerio, todos los presentes se dan vuelta cuando se saca el ataúd de la carroza, y también se dan la vuelta cuando se coloca el ataúd en la tumba.

Los familiares arrojan un puñado de tierra antes de que el ataúd sea completamente cubierto con tierra. Después del funeral, toda la ropa que usaron los que presenciaron el duelo es incinerada para prevenir la mala fortuna asociada con la muerte. Después que el ataúd se entierra, el sepulturero también ofrece plegarias al fallecido.

A la familia del fallecido se le entrega un paquete rojo que contiene dinero. Éste es un signo de gratitud. De acuerdo con la tradición, el dinero debe ser gastado. Como signo de gratitud se les entrega una toalla blanca a los visitantes para secarse el sudor.

El hijo mayor sacará un puñado de tierra de la tumba que será puesta en el quemador de incienso, y la familia en la casa seguirá orando por el fallecido usando una tabla de los ancestros.

Aunque los rituales funerarios se acabaron, el período de luto para la familia continúa por cien días. Un pedazo de tela de color se lleva en la manga de cada miembro de la familia durante los cien días significando que están de luto. Este es negro para los hijos del fallecido, azul para los nietos y verde para los biznietos. Las familias más conservadoras llevarán estos pedazos de tela hasta por tres años. No se mantiene luto si un niño muere, y el marido no está obligado a guardar luto si la esposa muere.

La creencia china dice que siete días después de la muerte de un miembro de familia, su alma volverá a su casa. Una placa roja con una inscripción adecuada se puede poner afuera de la casa en este tiempo para que el alma no se pierda. El día en que el alma retorna, los miembros de la familia deben quedarse en sus habitaciones. Se puede espolvorear con harina o talco la entrada y el pasillo de la casa para detectar la visita del fallecido.

DANZA DE LA MUERTE

“Cuenta una historia que, al dar la media noche, la Muerte sale de su escondite, tiene el poder de aparecerse en las calles y casas, y los cementerios. Allí toca una danza en su violín y llama a los muertos, que salen de sus tumbas para bailar hasta el amanecer”. (Anónimo)

Las Danzas Macabras son, junto a los Triunfos de la Muerte, una expresión artístico-literaria, surgida en el siglo XIV, que representa a la Muerte personificada.

Las representaciones de la muerte personificada se remontan al siglo XIII (Baja Edad Media) en Europa, en este momento la muerte empieza a ser asociada con la figura del esqueleto, iconografía que se va a reforzar en el siglo XIV con el temor que trajo la peste y se va a mantener en los siglos siguientes. A través de las representaciones se buscaba plasmar la fugacidad de la vida y de los placeres terrenales en una época con altos índices de mortalidad tanto adulta como infantil a la vez que se buscaba advertir sobre la necesidad de estar preparado ante el llamado de Dios, en una sociedad donde la vida cotidiana estaba sacralizada.

Se trataba, dice Méndez y Pelayo de “...visiones macabras, fantásticas rondas de espectros, humorismo de calaveras y cementerios, expresadas en composiciones artísticas, no solo escritas, sino representadas en la danza, pintura, escultura y grabado sobre misales y libros de horas, vidrieras... Danzas como de epilépticos y convulsionarios, que con lúgubre y tremenda algazara interrumpían el silencio de la noche y la medrosa paz de los cementerios”.

Este macabro espectáculo se desarrolló en toda la literatura europea, procedente de Francia. El tema de la muerte dominó la Baja Edad Media, y frente a ella no había resignación cristiana, sino terror ante la pérdida de los placeres terrenales. Presenta, por un lado, una intención religiosa: recordar que los goces del mundo son perecederos y que hay que estar preparado para morir cristianamente; por otro lado, una intención satírica al hacer que todos caigan muertos, con independencia de su edad o su posición social, dado el poder igualatorio de la muerte.

Relacionadas con muchos ámbitos literarios, las danzas de la muerte participaban de distintos géneros artísticos como la pintura, la escultura, el teatro, la danza y la música. Caracterizadas por la representación del esqueleto humano como símbolo de la muerte, simbolizaban la finitud de la vida, el último y necesario arrepentimiento y la postrera ilusión, e iban cargadas de un mensaje moral, una ironía estremecedora y una denuncia social del mundo desigual de la época.

Fomentadas por las plagas y guerras de los siglos XIV y XV, y basadas en la creencia popular de que la muerte, en forma de esqueleto, surge de las tumbas y tiente a los que tienen vida con el fin de que se unan a ella, el tema se sustenta en la idea de la inevitabilidad de la muerte. El morir, pues, se convirtió en un hecho cotidiano. Los artistas ya no necesitaban recurrir a alegorías o símbolos como sucedía en los misterios o moralidades, el mejor referente era la realidad. El hombre tomó conciencia sobre la muerte, pero también sobre la vida.

En esa época la muerte era una presencia cercana y su tratamiento estaba naturalizado. Las personas morían en las calles, junto con los animales, sin asistencia y en las peores condiciones de higiene también era común la muerte violenta y/o repentina muy pocos recién nacidos llegaban a los cinco años y los pocos que llegaban debían sortear hambrunas y plagas, ambas asociadas de tal manera que una mala cosecha significaba una muerte segura, las personas malnutridas no podían hacer frente a una epidemia

Por Danza de la Muerte se entiende una sucesión de texto e imágenes presididas por la Muerte como personaje central – generalmente representada por un esqueleto, un cadáver o un vivo en descomposición – y que, en actitud de danzar, dialoga y arrastra uno por uno a una relación de personajes habitualmente representativos de las más diversas clases sociales.

Lo habitual es que la Danza sea un dibujo, pintura o grabado, acompañado por un texto, que puede ser en verso, una leyenda o un epigrama. Pero, también existen Danzas que carecen de texto literario y otras, como la Danza General castellana, que describen la danza de la muerte en verso, careciendo de representaciones iconográficas. Sin embargo, los elementos claves que debe tener toda Danza de la Muerte para ser considerada

como tal son: presentar a la muerte como su protagonista, estableciendo un diálogo con los vivos, basado en el ubi sunt y la crítica a la vanidad. Además, debe entenderse, ya sea al observar el dibujo, o bien por explícita mención del texto, que se está representando una danza.

Las Danzas de la Muerte, acordes con la mentalidad jerárquica y estamental de la época, siempre ordenan sus personajes partiendo por los estamentos más altos, teniendo siempre prioridad el eclesiástico por sobre el laico. “Riendo sarcásticamente, con el andar de un antiguo y tieso maestro de baile, invita al Papa, al emperador, al noble, al jornalero, al niño pequeño, al loco y a todas las demás clases y condiciones, a que la sigan “.

La sociedad de la Baja Edad Media mantiene los tres estamentos, muy marcados: nobleza, clero y estado llano. Con el desarrollo urbano hay un nuevo grupo, la burguesía, que a pesar de vivir a veces tan bien como la nobleza, pertenece al Estado Llano, que es, sin duda, el grupo más heterogéneo y numeroso. Sin embargo, hay un aspecto en el cual todos los hombres, independientemente, del estamento al que pertenezcan, son iguales: la muerte.

El origen de las Danzas de la Muerte es discutido. Según unas versiones son originarias de Francia. La más célebre de las representaciones de la Danza Macabra se atribuye a Jean Le Fevré y estaba en el Mural del Pórtico del Cementerio de los Inocentes de París. Pero, desapareció en el siglo XVIII cuando el pórtico fue demolido. Se cree que el grabado de 1485 hecho por Guyot Marchant, portada de la primera edición de *La Danse Macabre*, se basaba en esta representación. Este mural estaba acompañado por sentencias que se conservan en la edición de *La Danse Macabre* de 1485. El poema que acompañaba la imagen estaba compuesto de estrofas que concluían con un refrán, que consolaba a las personas, con la idea de la igualdad de todos ante la muerte, pero al mismo tiempo los estremecía con la idea del fin.

Reproducciones del fresco del Cementerio de los Inocentes de París se encuentran en el Cementerio del Perdón en Londres (1430), en el Convento de los agustinos en Basilea (1440), en la iglesia de Rosslyn en Escocia (1450). La invención de la imprenta fue importante para la difusión de las Danzas Macabras, donde se destacan las publicaciones suizas de Holbein: los Alfabetos de la Muerte (1520-1521) y la Danza Macabra de 1538. Las representaciones irán adquiriendo, cada vez más, un realismo exagerado.

Otras obras que influyen en las Danzas son los otros exponentes del arte macabro surgidos a fines del siglo XIV: El Triunfo de la Muerte, el Encuentro de los Tres Vivos y los Tres Muertos y el *Ars Moriendi*. Los dos primeros, son ejemplos de expresiones artísticas donde la muerte se ha personificado. Y el último, coincide con las Danzas en su combinación de textos y dibujos, aunque sólo en las Danzas se da una total integración de ambos códigos.

Sin embargo, el *Ars Moriendi*, más que tratar acerca de llevar una buena vida, nos habla de prepararse para la muerte. No importa tanto que tan santo o pecador fue el moribundo, lo importante es su actitud frente a la muerte: que se confiese, que haga limosnas, que rece, etc. Obviamente, haber llevado una buena vida es importante. Pero para quienes no la llevaron, la Buena Muerte se presenta como la posibilidad de no caer en la condena eterna, sino en el Purgatorio.

Es importante destacar estas representaciones artísticas como un reflejo de la mentalidad de la época: una sociedad en la que la idea de la muerte está siempre presente, y que no perdona riquezas, linajes, ni títulos de nobleza. También se concibe como una especie de crítica de la sociedad de la época, con su rigurosa división estamental y tan preocupada por el lujo y las manifestaciones externas, frivolidades que con la muerte parecen inútiles. Por si fuera poco, esta crítica es representada de un modo que, a los ojos del hombre contemporáneo, parecería insólito, porque “no era sólo una piadosa exhortación, sino también una sátira social, habiendo en los versos que le acompañan una leve ironía.”

Al principio, las Danzas de la Muerte sólo representaban hombres. Después aparecen las femeninas,. En lugar de representar mujeres de distinta condición social, como se hacía con los hombres, se las representaba en distintas etapas de la vida: doncella, amada, novia, recién casada, embarazada, etc. “En la danza macabra de las mujeres surge de nuevo y prontamente el elemento sensual, que ya impregnaba el tema de las lamentaciones por la belleza que se convierte en podredumbre.”

El objetivo de la Danza de la Muerte no era propiamente sembrar el terror entre las personas, sino “recordar la incertidumbre de la hora de la muerte y la igualdad de todos los estados y edades frente a ella.” La muerte es algo inevitable, todos vamos a morir, independientemente de nuestra condición social o económica. Por eso, la literatura, los grabados y los frescos representan esta muerte triunfante, que baila con personas de todos los estamentos y edades.

La "Danza de la Muerte" castellana es de principios del siglo XV. Se conserva en un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial. Consta de más de seiscientos versos y en ella, la Muerte va llamando a bailar a diversos personajes, como el Papa, el Obispo, el Emperador, el Sacristán, el Labrador, etc., al tiempo que les recuerda que los goces mundanos tienen su fin y que todos han de morir. Todos caen en sus brazos.

Su influencia se deja notar en autores españoles posteriores, como la Barca de la Gloria, de Gil Vicente, Diálogo de Mercurio y Carón de Alfonso de Valdés, Farsa llamada Danza de la Muerte de Juan de Pedraza, La farsa de la Muerte de Diego Sánchez de Badajoz, Las Cortes de la Muerte de Luis Hurtado de Mendoza y Coloquio de la Muerte con todas las edades y estados, de Sebastián de Horozco. En el capítulo XI de la segunda parte de El Quijote, Don Quijote y Sancho encuentran a una compañía de cómicos que representan Las Cortes de la Muerte. En el Barroco se encuentran las últimas referencias en los autos de Calderón de la Barca y en los Sueños (1627) de Quevedo.

En 1485 el parisino Guy Marchant publicó grabados y unos versos de una danza macabra que circularon por toda Europa y que contribuyeron a consagrar el tema como género; igualmente, forma parte del argumento de la obra de Chaucer *Cuentos de Pardoner* y de la obra de Lydgate *La caída del príncipe* (c. 1430).

En Italia también destaca el *Trionfo della morte*, una representación espectacular de la muerte como el todo conquistador, además de los rastros que se pueden encontrar en Dante y Petrarca. En Florencia este “*trionfo della morte*” ha formado parte de la celebración del carnaval

La danza de la muerte fue también pintada en muchos frescos de iglesias (como los de la catedral de Saint Paul de Londres hasta 1549) e inspiró un famoso grupo de 51 dibujos realizados entre 1523 y 1535 del pintor alemán Hans Holbein el Joven

En los siglos posteriores la danza de la muerte continuó inspirando a algunos literatos, dramaturgos y poetas como Edgar Allan Poe, el mismo August Strindberg, Charles Baudelaire, Johann Wolfgang von Goethe o el estadounidense de origen inglés Wystan Hugh Auden.

La música también ha tratado este tema, como lo ejemplifican la obra *Totentanz* del compositor húngaro Franz Liszt, el poema sinfónico titulado *Danse macabre* (1874) del compositor francés Camille Saint-Saëns.

En el siglo XX destacan la *Danza de los muertos* (1938) de Honegger, oratorio para orquesta, tres solos, coros y recitativo, *Le grand macabre* de Ligeti, *Die Tragische* (Sinfonía n. 6) de Mahler, *Totentanz der Prinzipien*, de Schönberg, El Séptimo Sello (1956) de Igor Stravinsky. El cine finalmente la representación de La Danza.

Por otro lado, cada vez es más discutible la teoría de presentar las Danzas de la Muerte como representaciones profanas del miedo a la muerte. Algunos autores ven en ella influencias de una larga tradición, muy influida por lo religioso, y cómo se atribuyen sus orígenes a las prédicas de los mendicantes o a pasajes bíblicos. A pesar de su carácter de danza y que muchas veces se asegura que su origen estaría en una representación teatral o musical, que lo acercan más a lo profano, su constante referencia al memento mori y el ubi sunt, coinciden con los esfuerzos de la Iglesia bajomedieval, de crear consciencia de lo inevitable que es la muerte, destructora de aquello que en la vida podríamos considerar importante, como riquezas, gloria o posición social, pero que en realidad es perecedero.

Para Philippe Ariés, los Ars Moriendi, junto a las Danzas de la Muerte y todas las representaciones que se hacen sobre la muerte en el siglo XV, corresponden a la evolución de un proceso ocurrido a lo largo de toda la Edad Media y reflejado en el arte. Así, en torno al año mil, surge la figura del Cristo Glorioso del Apocalipsis acompañado por los resucitados, a los que desde el siglo XII se dividirá entre bienaventurados y condenados, para luego en el XIII centrar la preocupación en el Juicio Final. Idea que concuerda con la aceptación que va

adquiriendo la idea del Purgatorio y la noción de concebir la resurrección y el Juicio como dos momentos separados. Ello haría que el momento mismo de la muerte fuera cobrando cada vez más importancia.

EL ARS MORIENDI

*“Bien morir es recibir la muerte con paciencia y acomodar la propia voluntad a la de Dios.”
(Los Ars Moriendi)*

Ars Moriendi ("El arte de morir") es el nombre de dos textos interrelacionados escritos en latín que contienen consejos sobre los protocolos y procedimientos para una buena muerte y sobre cómo "morir bien", de acuerdo con los preceptos cristianos de finales de la Edad Media.

La necesidad de prepararse para la propia muerte era bien conocida en la literatura medieval a través de escenas en lechos de muerte, pero antes del siglo XV no había tradición literaria sobre cómo prepararse para morir, sobre lo que significaba morir de buena manera o cómo hacerlo. Los protocolos, rituales y consolaciones del lecho de muerte eran reservados generalmente para los servicios de un sacerdote. El Ars Moriendi era una respuesta innovadora de la Iglesia católica a las cambiantes condiciones causadas por la peste negra particularmente, las filas clericales habían sido duramente azotadas, y tomaría generaciones reemplazarlas tanto en cantidad como en calidad; el texto y las imágenes proporcionaron los servicios de un «sacerdote virtual» al público común. El Ars Moriendi proveía guía para morir a aquellos que experimentaron los horrores macabros de los siglos XIV y XV, en particular la peste negra y los estragos de las guerras.

La muerte se presenta entonces, como la última batalla que debe librar el ser humano, para ganar la salvación de su alma. Su enemigo son las tentaciones ofrecidas por los demonios, concedores de su debilidad, y su aliado el ángel de la guarda, quien le ofrece las buenas inspiraciones para enfrentar los malos pensamientos.

El Manual de la Buena Muerte, a pesar de ser un compendio de la tradición cristiana acerca de la muerte, no puede considerarse un tratado teológico, ya que la profundidad alcanzada no es la suficiente. Además su objetivo era otro, más bien práctico: “Su lectura servía, no tanto para mitigar el miedo al dolor físico de la muerte, como para eliminar en la medida de lo posible el trauma moral y espiritual experimentado en el lecho de muerte.”

La muerte es inevitable para todos y, con la crisis, las epidemias y las guerras, está cada vez más presente. Se hace cada vez más necesario el prepararse para que el momento no encuentre a sus víctimas desprevenidas. Así surgen estos Ars Moriendi, para fomentar la preparación para una buena muerte. Morir se convertía en un verdadero arte que había que aprender para superar de modo airoso la prueba y evitar las asechanzas del demonio, pues éste trataba de aprovechar por todos los medios la última oportunidad de inclinar a un alma hacia el mal.

A raíz del Concilio de Constanza (1414-1417), comienza a circular el primer Ars Moriendi, de autor anónimo. Recogiendo la tradición anterior, son tratados que fomentan una actitud pacífica y positiva ante la muerte, considerando que un buen morir es clave para alcanzar la salvación, un manual o método para aprender a morir bien, esto es, cristianamente, en paz, serenidad, gracia de Dios, con garantía de salvación. Tuvo gran difusión. Además, contribuyó en su éxito lo trascendente del tema, la brevedad de su texto, el dramatismo con que describe y representa con dibujos las tentaciones, y la claridad con que presenta la auténtica actitud cristiana ante la muerte, en un clima optimista y de confianza en la salvación.

Al parecer, un nuevo manuscrito original del Ars Moriendi fue escrito por un dominico del Priorato de Constanza, imprimiéndose en 1456 en Renania, extendiéndose rápidamente por Europa. Sin embargo, recoge una tradición que se remonta a los orígenes de la Iglesia, ya que desde un principio se vio en la muerte el momento clave para la salvación de las almas. Por lo tanto, la importancia que concede a la reconciliación, a la profesión de fe y al viático, no son nuevos. Esto ya estaba documentado desde el Concilio de Nicea (325).

Posteriormente, se establece el sacramento de la Extremaunción, que tomará el lugar del viático y se crean los primeros manuales, como Ordines ad visitandos infirmos. Hacia 1403, Jean Gerson, teólogo y canciller de la Sorbona, escribe *De scientia mortis*. Un opúsculo en cuya introducción estimula a asistir a los moribundos, como un acto de amistad y caridad cristiana.

El opúsculo de Gerson se considera el gran precursor y está dividido en cuatro partes: comienza exhortando al enfermo para que acepte la muerte como venida de la mano de Dios; continúa formulando las preguntas con que debe orientar al moribundo hacia el arrepentimiento; posteriormente se enumeran oraciones cortas para pedir misericordia a Dios Padre, Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. La cuarta parte está destinada a guiar la

labor del asistente: que averigüe si el enfermo hizo testamento, si ha recibido los sacramentos, que escoja las lecturas adecuadas, que coloque las imágenes benditas a las que el moribundo tenga más devoción, insistir en la confesión, procurar un ambiente de paz y tranquilidad, etc. (¿Tanatología medieval?).

Hacia 1489 se publica en España el primer *Ars Moriendi*, en Zaragoza, por Juan Hurus: Arte de bien morir. Sólo se conserva un ejemplar, en la Blodeiana de Oxford. Con la misma sucesión de las cinco tentaciones y las cinco inspiraciones del ángel, acompañados por once grabados.

A pesar de que los tratados de la buena muerte son un buen ejemplo de la clericalización de la muerte, y tienen un carácter evidentemente religioso, los *Ars Moriendi*, al igual que la obra precursora de Gerson, no están destinados exclusivamente a los religiosos, sino que fomentan la necesidad de una buena muerte para todos: laicos y eclesiásticos. Lo novedoso que aportan los *Ars Moriendi* son las cinco tentaciones con las que el demonio intenta ganarse el alma del moribundo, que a su vez es defendido por el ángel bueno, que en oposición a las tentaciones, le ofrece las cinco buenas inspiraciones.

El *Ars bene Moriendi* concede gran importancia a la presencia del asistente. Éste es quien debe acompañar al moribundo en sus últimos momentos, procurando que éste muera en paz, tranquilo, sin miedos, con sus asuntos terrenales resueltos lo más posible, y en la gracia de Dios. El asistente debe ser un fiel cristiano, no necesariamente un clérigo, y puede ser tanto un hombre como una mujer. Lo más importante es que conozca bien la doctrina cristiana, la forma de pensar del moribundo y que entienda la agonía como una lucha ascética.

El *Ars Moriendi*. Fue ampliamente leído y traducido a la mayoría de los idiomas europeos occidentales, y fue muy popular en Inglaterra, donde una tradición literaria basada en él sobrevivió hasta el siglo XVII con *Holy Living and Holy Dying*, los cuales fueron el "climax artístico" de la tradición literaria que había comenzado con *Ars moriendi*. El *Ars moriendi* también estaba entre los primeros libros impresos con tipos móviles, y antes de 1500 habían circulado ampliamente casi 100 ediciones, en particular en Alemania. La versión larga sobrevive en casi 300 versiones manuscritas, habiendo sólo una ilustrada.

El Arte de Bien morir está dividido en seis partes:

El primer capítulo explica que morir tiene un lado bueno, y sirve para consolar al moribundo y enseñarle que la muerte no es algo a lo cual temer. Se presenta la muerte como una enviada de Dios y, como tal, debe ser aceptada voluntariamente, independiente del momento y la forma en que se presente. Se insiste en la importancia de prepararse para ese momento, procurando conseguir la Gracia, a través de los sacramentos, el arrepentimiento y la penitencia.

Después de subrayar la importancia de la preparación para una buena muerte, recordando al lector la vida virtuosa que ha de llevar y las precauciones que ha de tomar para vivir una buena muerte, el Tratado presenta en esta primera parte, cómo su lectura será de gran ayuda para conseguir estos propósitos.

La segunda parte describe las cinco tentaciones y las cinco buenas inspiraciones para combatirlas. Las cinco tentaciones propias de la agonía son: la infidelidad o dudar de la fe; la desesperación por miedo a la justicia divina; la vanagloria, es decir, complacerse en exceso por las buenas obras realizadas; la impaciencia, producto de los dolores y el sufrimiento de la agonía; y la avaricia, entendida como el apego hacia todos los bienes terrenales. Cada una de ellas es descrita de forma terrorífica, porque son incitadas por terribles demonios. Pero, por otro lado, para combatirlas están los ángeles, que a cambio presentan las cinco buenas inspiraciones.

Así, la primera tentación hace al moribundo dudar de su fe en Dios. Además, le engaña, diciendo que la fe y las buenas acciones no sirven, ya que todos se salvan, independientemente de sus actos.

Es combatida por una buena inspiración que recuerda al agonizante que el diablo es mentiroso y le engaña para que dude de su fe. Por eso, el ángel le exhorta a morir en la fe, poniendo como ejemplo a los Patriarcas, a Job, los mártires y los Apóstoles. Para ello recomienda rezar el Credo, ya que la profesión de fe ayudará al moribundo.

Para resistir la tentación de caer en la desesperación, el ángel resalta lo grande que es la misericordia divina. Para ello, recuerda célebres episodios en los que Dios perdonó a San Pablo por perseguir a los cristianos, a

San Pedro por negarle tres veces o a la mujer adúltera por su pasado. Sin embargo, resalta principalmente la infinita misericordia de Dios.

Ante la impaciencia, el ángel bueno inspira a recordar la caridad o amor de Dios. Le da a entender que no debe quejarse, porque eso es una manifestación de falta de caridad, porque las enfermedades son un castigo, por lo tanto, es injusto lamentarse. Además, una dolencia soportada estoicamente puede ser un pago adelantado de las penas del Purgatorio.

La tentación de la vanagloria se combate con la exhortación que hace el ángel resaltando la humildad. Ante el recuerdo que el demonio hace al difunto de sus glorias pasadas y de lo triste que es el dejarlas atrás con su muerte; el ángel le recuerda al agonizante que no sólo ha realizado obras buenas; también ha sido un pecador y por lo tanto, debe ser humilde y no olvidar que Dios es misericordioso.

La avaricia es la tentación que, según los Ars Moriendi, afecta más a laicos que a eclesiásticos, ya que los segundos, si han cumplido con su voto de pobreza, no sufrirían ante la perspectiva de abandonar los bienes que han conseguido en su vida terrenal. Esta tentación insta al moribundo a rebelarse contra la muerte, porque ésta significa separarse de sus seres queridos y sus riquezas, además de dejar inconclusos sus proyectos.

Ante la avaricia, la Buena Inspiración del Ángel insiste en que el hombre no puede dejarse vencer por el diablo, exhortándole nuevamente a la humildad y la fe, recordándole que aquello es mucho más importante que todas las riquezas y glorias terrenales, ya que éstos son temporales y perecederos, a diferencia de la Vida Eterna, premio para fieles y humildes.

La tercera parte del Ars Moriendi presenta un interrogatorio que debe hacerse al enfermo, para provocar su arrepentimiento y la reafirmación de su deseo de morir en la fe católica y la confianza en la salvación obtenida por Jesús con su sacrificio.

El cuarto capítulo expresa la necesidad de imitar la vida y muerte de Cristo, en oración y encomendación a Dios Padre, y en resignación a la voluntad divina

En la quinta parte del Tratado, se hace un llamado a la responsabilidad de los cristianos de asistir a los enfermos para que mueran bien, aconsejándoles cómo hacerlo. Se insiste en la oración y los sacramentos. Si el moribundo está en condiciones, debe rezar, invocando a Dios, a la Virgen, los ángeles y los santos.

El sexto capítulo incluye la oración adecuada para el moribundo. Finaliza con la insistencia en la necesidad de conocer el Ars Moriendi. Porque la vida, así como otras cosas, se valora por su fin. Esta última parte también contiene oraciones, para que el asistente recite con el enfermo si es posible, o en lugar de él. Se recomienda, por ejemplo, una oración que se atribuye a San Agustín.

El Ars Moriendi es un opúsculo modesto, sin mayores pretensiones científicas ni literarias, pero su importancia para entender la mentalidad del cristiano en el siglo XV es clave “porque, si en la muerte se decide el destino eterno y sobrenatural del cristiano”, hay que conjeturar que en él y en la literatura por él inspirada se decanta la quinta esencia de la fe y de los actos y medios imprescindibles para salvarse.

El principio en que se basa el Ars Moriendi es la idea de que en el momento de la muerte el demonio tienta con más fuerza a los hombres, aprovechándose de su debilidad o su tendencia a la desesperación.

Tomando en cuenta que el hombre muchas veces olvida que es mortal y vive como si su vida fuera eterna, este Tratado se presenta como un Memento mori: nada es eterno y la muerte, por mucho que se intente ignorarla y a pesar de que tal vez hoy se goce de excelente salud, llegará inevitablemente y tal vez más pronto de lo que creemos.

La preparación para la muerte incluye dos niveles: una próxima y otra remota. La remota es aquella que aconseja vivir una buena vida, en coherencia con los principios cristianos, en la gracia de Dios. Un hombre que vive una buena vida, no debe temer a la muerte, porque ésta se presenta como la puerta a su salvación y no como un castigo.

La preparación próxima es aquella que se realiza en vísperas de una muerte cercana o cuando se padece una grave enfermedad. Generalmente requiere de la presencia de asistentes, que ayudan al moribundo a estar

completamente preparados para que esa muerte sea, efectivamente, el acceso a la salvación. Porque se considera, como se ha dicho anteriormente, que es durante la agonía cuando el demonio más se esfuerza por tentar a los hombres y así, por muy virtuosa que haya sido la vida de una persona, si cae en las últimas tentaciones, puede condenarse. Por eso, se le da tanta importancia a la presencia del asistente. De hecho, “aunque el beneficiario último es el moribundo”, el interlocutor inmediato del Ars Moriendi es el asistente del agonizante.

Por otro lado, se consideraba que el cuidado de los enfermos y moribundos era un principio de caridad cristiana. Asistirlos era más que una obra de misericordia: también era un paliativo. Además, es un acto inscrito dentro de la nueva espiritualidad desarrollada a partir del siglo XIII, en la que se identifica al enfermo con el Cristo que sufre. Por ello, era una actitud muy fomentada, mucho antes de los Ars Moriendi.

Para los arrepentidos y los buenos la muerte es positiva, porque Dios la envía abriéndoles las puertas del Cielo. Se pretende con ello alejar al enfermo del miedo y la desesperación, que podrían debilitar su alma frente a las tentaciones postreras. El pensar en una buena vida como garantía de salvación fue quizá, un modo de tranquilizar y evitar el terror que produce la muerte.

Una segunda etapa en la preparación para la muerte son los testamentos y sacramentos. Los primeros se presentan como una forma de dejar ordenados los asuntos ‘terrenales’ del difunto: la mantención de su familia, la disposición de sus bienes y riquezas, el pago de deudas, etc. Aunque también los testamentos, al establecer órdenes religiosas o parroquias como beneficiarios, también se presentan como un medio de salvación espiritual, ya que estas donaciones a instituciones religiosas están destinadas a financiar oraciones por la salvación de su alma.

Los sacramentos, tienen una función importantísima en el aspecto espiritual, ya que son los que conceden la Gracia y quien muere en ella, alcanza la salvación o al menos, tiene menos posibilidades de condenarse. Porque en el Ars Moriendi será clave la idea del Purgatorio. Porque daba esperanzas al pecador moribundo. Ya que si se arrepentía, cumplía con sus sacramentos, hacía testamentos y penitencias, en resumen, tenía una “Buena Muerte”, aunque no pudiera ir al Cielo, se salvaba de condenarse, teniendo que expiar sus culpas en el Purgatorio.

El Sacramento de la Extremaunción es el más identificado con la hora de la muerte. Consiste en la aplicación de óleos sagrados sobre el cuerpo, supervisado y dirigido por un sacerdote, generalmente administrado después de la Confesión.

Posteriormente, el enfermo recibe por última vez la comunión: el Viático. La introducción de una liturgia en la Extremaunción, demuestra de manera más solemne la presencia de lo sagrado en este acto, donde el moribundo se abandona en las manos del sacerdote, representante de Dios en la tierra. Detrás de la liturgia había varios mensajes: se propone la acogida del alma del moribundo en el cielo y al mismo tiempo, su acogida en la sociedad, que es quien le velará, le amortajará y organizará su funeral, participando además de su cortejo.

Por lo tanto, la Unción de los Enfermos consistía en la aplicación de aceite sobre las manos, cabeza y pies del moribundo, al tiempo en que se recitaba una oración que buscaba procurar paz y tranquilidad al ungido. El óleo santo era concebido como un símbolo de redención, como el ‘bálsamo’ que cura las heridas. Además, le confiere poderes sanadores, cuando no físicos, espirituales. Porque el pecado se identifica con la enfermedad y por lo tanto, el perdón de éstos, con la sanación. Porque este Sacramento busca redimir los pecados, además de confortar el cuerpo y el espíritu.

Los Sacramentos son importantes en la preparación de la Buena Muerte, porque procuran el Estado de Gracia y le conceden el perdón de sus pecados. Para alcanzar la Salvación, dada la naturaleza pecadora del hombre, alcanzar este estado es muy necesario.

Un personaje importante en los Ars Moriendi son los ángeles de la guarda. El culto a los ángeles es una constante durante la Edad Media. Sin embargo, hasta el siglo XIV tenían mayor culto y representación iconográfica los ángeles psicopompos (Los que guían. Los que conducen), como San Miguel y San Gabriel. Surge, coincidiendo con la mayor participación de los laicos en lo espiritual y el mayor individualismo, el culto al ángel guardián, que será muy importante en los Ars.

Los mejores ejemplos a imitar son las muertes de santos como San Francisco de Asís, en pleno éxtasis místico, lleno de paz, en un ambiente de absoluta sencillez y resignación. Más tarde, los reyes tomarán este

ejemplo, porque una buena muerte se considera una consecuencia de una buena vida, y esto tiene importantes implicancias políticas: la buena muerte de un rey es una prueba de que éste ha sido un buen rey.

Este concepto de la Buena Muerte como un modelo a imitar, es la razón por la cual la muerte se concibe como algo público. Este carácter puede manifestarse en distintos momentos: en la agonía misma, donde el enfermo está rodeado por gran cantidad de acompañantes; en los cortejos fúnebres, de gran concurrencia, especialmente si se trata de personajes públicos; y también en la difusión posterior de la descripción de la muerte, desde el púlpito o en los *Ars Moriendi*.

A pesar del carácter público de la muerte y de la importancia concedida a los acompañantes en el momento de la agonía, los tratados continuamente recuerdan que debe prohibirse el acercamiento al lecho mortuorio de cualquier persona que perturbe la paz del moribundo. Se enfatiza especialmente en alejar a todo aquél que recuerde a éste sus pecados anteriores (compañeros de juerga, amantes, enemigos, etc.). Pero, también se recomienda que no estén presentes los seres queridos más cercanos al enfermo, porque la tristeza de éstos o la idea de que va a separarse de ellos, puede afectarle. Porque la Buena Muerte debe ser tranquila y pacífica. No basta con los sacramentos y oraciones. El agonizante necesita tranquilidad, ya que así es menos vulnerable a las tentaciones.

El *Ars Moriendi* es contemporáneo a las Danzas de la Muerte. Pero, a diferencia de éstas, que representan la muerte como un fenómeno colectivo, afectando a gran cantidad de personas, estos Tratados de la Buena Muerte representan una muerte más íntima e individualizada. Un moribundo, en su lecho, cuya alma lucha por su salvación, enfrentándose a las tentaciones de los demonios y asistido por los ángeles, “la intimidad de un enfermo cuyos últimos momentos se ven perturbados por la disputa de su alma a que se entregan ángeles y demonios.”

El *Ars Moriendi* es una manifestación que, a simple vista, se presenta como contradictoria a las Danzas de la Muerte. Porque éstas presentan el Triunfo de la muerte, resaltando lo macabro y terrorífico, mientras los *Ars Moriendi* fomentan una actitud serena ante la muerte, evitando los miedos y angustias que hagan al hombre caer en las tentaciones. Sin embargo, no es así. Son dos actitudes ante la muerte que incluso pueden ser complementarias: la Danza representa la muerte inevitable, que puede llegar en cualquier momento, sin avisar y no hace distinción entre ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, nobles o plebeyos, laicos o eclesiásticos. En ese sentido, el *Ars Moriendi* sería el modo de tranquilizar a quienes son sorprendidos por esta muerte cuya danza es interminable, para enfrentarse con serenidad a ese momento.

“LOS TRES VIVOS Y LOS TRES MUERTOS”

Entre las tempranas representaciones de la muerte se encuentra la leyenda “los tres vivos y los tres muertos” del siglo XIII.

En ella se cuenta la historia de tres jóvenes de la nobleza en un día de caza que se encuentran con tres cadáveres con los que comienzan a dialogar, los muertos aconsejan a los jóvenes abandonar la vida frívola y tener conciencia de la transitoriedad y vulnerabilidad de la condición humana. Este era un relato ampliamente difundido sobre todo en el Mediterráneo, teniendo sus primeras manifestaciones pictóricas alrededor del 1300 (en iglesias y devocionarios o libros de horas de la aristocracia).

De esa misma época data el género literario *Vado Mori* (voy a morir, me preparo para morir) eran poemas escritos en latín (casi nunca ilustrados) de origen francés que se retrotraen al siglo XIII. En estos poemas aparecían representados personajes de los distintos estamentos de la sociedad quejándose de la muerte próxima. En los primeros *Vado Mori* los personajes se centraban en el rey, el papa, el obispo, el caballero, el matemático, el joven, el viejo, el rico, el pobre y el loco. Aquí la muerte no aparece personificada y nadie responde los lamentos de los que van a morir.

EL CRISTIANISMO

«Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es ilusoria» (San Pablo)

LA VISIÓN CRISTIANA DE LA MUERTE

En la antigüedad pagana, el pez simbolizaba el agua y también la muerte porque el hombre no podía vivir en ella. Los cristianos de los tres siglos primeros convirtieron esa figura en alegoría de la vida eterna al formar la frase *Iesus Christus Theou Uios Soter* (Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador) mediante la palabra *ICHTHUS* (pez, en griego), donde la T del genitivo *Theou* («de Dios») representa una cruz levantada en el centro de las siete letras del acróstico de su declaración de fe. El pez pasó a ser desde entonces una representación simbólica de Jesucristo y de su resurrección de entre los muertos.

Todo lo que los cristianos pueden decir acerca de la muerte tiene su fuente en la Sagrada Escritura: Antiguo y Nuevo Testamento, considerada como palabra de Dios inspirada a los diferentes escritores de la Biblia y comentada por la tradición viva de la Iglesia. En consecuencia, nos vamos a apoyar en las fuentes bíblicas y en la tradición para presentar esquemáticamente los conceptos fundamentales de la visión cristiana de la muerte.

Dios ha creado el cielo y la tierra y cuanto ellos contienen, y en cada etapa de esa creación, realizada simbólicamente en seis días, se dice que «Dios vio que era bueno» (Génesis, 1:25). La creación hecha por Dios es, por tanto, una creación de vida. ¿Dónde aparece la muerte en la creación?

En el pensamiento judeo-cristiano, la muerte es la consecuencia del pecado original cometido por Adán y Eva, la primera pareja. Ellos se alejaron del Dios de vida al transgredir la ley divina. En efecto, Dios le había permitido al ser humano comer de todos los árboles del jardín del Edén, excepto del árbol de conocer el bien y el mal, porque, dice Dios, «el día en que comas de él, tendrás que morir» (Génesis, 2:17). Es decir, que para no conocer la muerte le estaba prohibido al ser humano el discernir por su cuenta lo que está bien y mal. Ese juicio se lo tenía que dejar a Dios.

Pero inducidos por la serpiente, que les asegura que, al contrario de lo que se les había dicho, no conocerían la muerte si probaban ese fruto, el hombre y la mujer quisieron «ser como dioses versados en el bien y el mal» (Génesis, 3:5) y optaron por decidir ellos mismos lo que es bueno o malo y declararse, en consecuencia, los dueños de su destino rehusando toda dependencia del Creador.

Pero al separarse de la Fuente divina de su ser, es el mismo hombre el que se priva de la vida incorruptible. En esa perspectiva, la muerte no se debe interpretar como un castigo que Dios infligiera al ser humano. Es más bien la consecuencia intrínseca de la voluntad de autonomía. Ella provoca la ruptura de la relación inmediata y vivificadora entre Dios y el hombre. Y en relación con la muerte es como se han de comprender cuantas desgracias padece el ser humano: sufrimiento físico o moral, angustia, soledad, sensación de desamparo, así como lo que deforma y altera la relación con el prójimo, que es la pérdida de confianza (tanto, por lo demás, en uno mismo como en los otros) y aumento de la desconfianza, la sospecha, el odio, etc.

Las «piezas» con las que Dios viste al hombre después de la caída (Génesis, 3:21), “Hizo también el Señor Dios a Adán y su mujer unas túnicas de pieles, y los vistió”, muestran simbólicamente esa condición humana que se convierte en mortal y corruptible: el hombre se hace biológico.

Así, para San Pablo, «por un hombre, Adán, penetró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte se extendió a toda la humanidad, ya que todos pecaron» (Romanos, 5:12-17). Pero si la muerte tuvo lugar por el pecado de uno solo, la victoria sobre la muerte fue posible por la Pasión y muerte de uno solo, Jesucristo, «verdadero Dios y verdadero hombre».

Porque, para la fe cristiana, la figura central de la Historia de la Salvación, es decir, de la victoria sobre el pecado, sus consecuencias y la muerte, es Jesús de Nazaret, el Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que, asumiendo libremente la condición humana doliente y mortal, destruye el poder de la muerte y devuelve al hombre la posibilidad de comprender y afrontar de otra manera su destino.

Cristo asume libremente el dolor y la angustia de la muerte para triunfar sobre ella. Y no lo hace por él solo sino por toda la humanidad. La Pasión, término utilizado para nombrar los últimos días de la vida «terrestre» de Jesucristo, habla de esa larga secuencia de sufrimientos físicos y morales que comienza con un sudor de sangre por la intensidad de su angustia y culmina en la crucifixión, una muerte lenta, ignominiosa y terrible.

A lo largo de esa dilatada agonía (etimológicamente, combate), Jesús siente la hondura del dolor y la muerte. Pero, al vivirla deliberadamente, pues se opone victoriosamente a la tentación y el pecado, él aplasta el poder de la muerte con su Resurrección.

La resurrección de Cristo, que libera al hombre del pecado y la muerte, es la piedra angular de la fe cristiana. Lo afirma San Pablo con fuerza en la Primera Carta a los Corintios: «Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es ilusoria» (1 Corintios, 15, 17). Esto es importante, la visión cristiana de la muerte halla en esto su anclaje.

En la afirmación, auténtica confesión de fe, que es también el grito gozoso de Pascua: «Cristo ha resucitado», está cimentada la Iglesia. Y esta resurrección de quien soportó los tormentos de la muerte sin tener pecado, abre la puerta a la resurrección de todos al final de los tiempos. Porque si el hombre también ha de morir, en adelante no es para dejar de vivir, sino para vivir de otra manera, recuperando la incorruptibilidad e inmortalidad perdidas por el pecado.

LAS PRIMERAS TUMBAS O CEMENTERIOS

Los Hebreos, Griegos y Romanos de los que se compuso en sus principios la Iglesia Cristiana, estaban obligados por los dogmas de sus religiones y por las leyes civiles a enterrar los cadáveres en necrópolis fuera de las ciudades.

Durante las persecuciones que padecieron los cristianos bajo el Imperio Romano, aumentó prodigiosamente el número de los mártires y siempre había una multitud de cadáveres insepultos, expuestos al desprecio e insultos de los paganos. Los cristianos recogían durante la noche los cuerpos de sus mártires y los ocultaban en casas de particulares, conduciéndolos después a los lugares de las sepulturas públicas

Sin duda el asilo más seguro para dar descanso a las preciosas reliquias de los mártires, fueron las catacumbas, lugares sombríos, bajo tierra, a manera de minas o intrincadas galerías adonde acudían los cristianos para celebrar los misterios de su religión.

En muchas de las lápidas se grababa el nombre de los mártires enterrados y el género de martirio a que fueron sometidos, por medio de símbolos o señales especiales como la figura de dos peces encontrados o la palabra griega ICHTHUS.

Al Parecer los cristianos celebraban asimismo sus ágapes o comidas funerarias en aquellos lugares. Este principio tuvo la institución de los altares sobre los sepulcros de los mártires. Pero el número de los muertos llegó a ser tan elevado que no fueron suficientes las catacumbas para enterrarlos. Entonces, algunos ciudadanos ricos que habían abrazado el cristianismo, ofrecieron sus posesiones y tierras para sepultar en ellas a los cristianos, estableciéndose así lo que pudiéramos considerar el inicio de los cementerios.

La "Ley de las Doce Tablas" (*lex duodecim tabularum* o *duodecim tabularum leges*) o Ley de igualdad romana fue un texto legal que contenía normas para regular la convivencia del pueblo romano. Emitida por el senado romano en 451 a.C., ordenaba que ningún cadáver se enterrase ni quemase dentro de la ciudad (*Hominem mortuum in urbe ne sepelito, neve urito*) El Emperador Antonino Pío, quien gobernó roma de 138 a 161 d. C., extendió esta ley a todo el Imperio

Cuando Constantino dio la paz a la Iglesia, los templos de religiones paganas perdieron su crédito y sirvieron después de purificados, de santuarios cristianos, transfiriendo a ellos los altares en que se celebraban los santos misterios en la obscuridad de las catacumbas. Desde el siglo II tuvieron Iglesias los cristianos.

Desde el *Edicto de Milán* en el 313 d.C., las catacumbas se convirtieron en lugares de peregrinación, creando entonces cementerios en superficie alrededor de la Iglesia conmemorativa para poderse enterrar junto a las reliquias de los santos, aunque estas iglesias continuaban todavía fuera de la ciudad.

La Iglesia, en agradecimiento a lo que Constantino hizo por el cristianismo, le concedió el privilegio de enterrar su cuerpo en el vestíbulo o atrio de la Basílica de los Santos Apóstoles que el mismo Emperador había hecho construir, por lo que desde entonces se estableció la costumbre de enterrar a los difuntos “en tierra santa”.

Evidentemente no era posible enterrar a tantos fallecidos en tan poco espacio, por lo que periódicamente se realizaba la llamada "monda de cuerpos", que consistía en exhumar los cadáveres, recuperar los huesos y llevar éstos al osario del templo. Los restos de los tejidos blandos se removían con la tierra de la tumba para que terminara su descomposición y así quedaba preparado el sitio para recibir a nuevos fallecidos. Evidentemente esto era una pobre solución además de bastante insalubre

El Emperador Teodosio, en la Ley 9, Tít. 17 de su Código, prohibió dar sepultura a los cadáveres dentro de las Iglesias, mandando sacarlos fuera con sus urnas, sarcófagos, ataúdes, etc. para preservar la salud de los ciudadanos.

El Concilio de Auxerre celebrado el año 585 prohibió el entierro en los Baptisterios. El Concilio de Nantes (660) prohibió absolutamente los sepulcros dentro de las Iglesias. Lo mismo dispusieron otros Concilios posteriores, buena prueba de que la práctica seguía. En efecto, los abusos continuaban y Carlomagno tuvo que ordenar en las Capitulares del año 707 que en ninguna parte de las Iglesias se enterrase.

Así llegamos a finales del siglo XVIII no sin que antes se hubiese escuchado hacía tiempo la voz autorizada de los médicos y sanitarios de diversos países de Europa que clamaban por la desaparición de la práctica de continuar enterrando dentro de las iglesias porque podía dar lugar a verdaderas epidemias y sobre todo a malos olores, insoportables durante las misas y demás reuniones de fieles. Todos los informes de los académicos coinciden en afirmar que el aire de las iglesias, especialmente en verano, era mefítico e irrespirable por las emanaciones de las sepulturas y todo el incienso que se quemaba no era suficiente para disimularlo.

De ahí que la Iglesia manda que se observen las disposiciones canónicas sobre el uso y construcción de cementerios según lo mandado por el ritual romano (Ley II, tit.13, Partida 1).

Como dato de mayor interés se menciona el hecho de que: "Se harán los cementerios fuera de las poblaciones, siempre que no hubiera dificultad invencible o grandes anchuras dentro de ellos, en sitios ventilados e inmediatos a las parroquias y distantes de las casas de vecinos, y se aprovecharán para capillas de los mismos cementerios las ermitas que existan fuera de los pueblos, como se ha empezado a practicar en algunos con buen suceso".

Francia sería la primera nación en decretar la prohibición de enterramientos en las iglesias, pero España no tardó en seguirle. El 3 de abril de 1787 Carlos III decretó el suyo a través de una Real Cédula en que se prohibía severamente enterrar en las iglesias en beneficio de la salud pública restableciendo la antigua disciplina de la Iglesia en el uso de los cementerios extramuros según el ritual romano y ordenando el uso de cementerios ventilados para sepultar los cadáveres de los fieles

EL ESPÍRITU DE LOS RITOS

La fe en Cristo muerto y resucitado, que dijo: «Yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí, aunque muera, vivirá» y la comunión sacramental en su cuerpo y en su sangre son la garantía de este paso de la vida mortal a la inmortal, es decir, de esta «Pascua» (en el sentido etimológico de tránsito).

Si bien no existen muchas referencias de cómo los primeros cristianos, sobre todo en Roma antes del concilio de Nicea en donde Constantino declara como religión oficial del imperio romano al cristianismo, se realizaban los funerales, se sabe que antes de que se consideraran a las catacumbas romanas como refugios éstas eran más bien cementerios subterráneos y osarios que trataban de mantener el espíritu y las tradiciones funerarias.

Pero si el espíritu de los ritos de los funerales está siempre impregnado de esta esperanza fundada en la resurrección de Cristo, es necesario distinguir las prácticas litúrgicas: las de la Iglesia católica anteriores al concilio Vaticano II, próximas a lo que se encuentra todavía hoy en la Iglesia Ortodoxa, el ritual según el Vaticano

II y los funerales en el protestantismo. Es evidente que el espíritu que anima todos los rituales cristianos es la esperanza cristiana ligada al misterio pascual.

La Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano Segundo instruyó que se revisaran los servicios de funeral para que "estos expresaran más claramente el carácter pascual de la muerte Cristiana; y que se incluyera una Misa especial al rito para funeral de los niños". Ambas cláusulas se implementaron en el nuevo rito promulgado por el Papa Paulo VI que tomó efecto el 1º de Junio de 1970. Este hace un mayor énfasis en la esperanza Cristiana en la vida eterna y en la resurrección final de entre los muertos.

Los funerales pueden ser sencillos pero siempre guardando el respeto y la dignidad del cuerpo humano. Lo importante es acudir al Señor en oración, lo cual es la razón para celebrar los ritos fúnebres católicos: La vigilia, la liturgia funeral, el rito de despedida y el entierro. Por medio de ellos se expresa la fe y se encomienda al difunto a la misericordia de Dios.

Lo que se hace hoy en algunas ceremonias sume a los asistentes en un estado anímico dominado por la tristeza y, a veces, hasta por la desesperación. La causa, la elección que se hace de algunos textos y cantos profanos. Sin embargo, el oficio de difuntos que se remonta a la más antigua tradición de la Iglesia aún no dividida era tranquilizador para todos los presentes, en especial para la familia y amigos.

La liturgia habla poco de muerte y mucho de sueño, de descanso, de vida nueva, de ascensión a la luz y de paz. Pero, más aún que esta pacificación de los familiares del difunto, la función principal de las ceremonias mortuorias cristianas es, para el catolicismo y la ortodoxia, orar por aquél o aquélla que ha dejado este mundo. Lo cual nos lleva a formularnos la pregunta siguiente: ¿a qué viene orar por los difuntos?

Hemos visto anteriormente que para católicos y ortodoxos el alma después de la muerte puede evolucionar; la libertad de abrirse o cerrarse a Dios, a su misericordia, se mantiene entera. El orar por los difuntos entonces es prestarles nuestro apoyo en ese camino espiritual que han de emprender para acceder a la plenitud de la vida eterna, íntimamente ligada al amor puesto que «Dios es Amor» (1 Juan 4, 16). Este camino consiste en liberarse de las pasiones diversas y letales que sumieron al ser humano en el pecado, el olvido de Dios, la egolatría, cuando aún estaba en este mundo; trabajo de conciencia, de clarificación, de renuncia a sí mismo y de apertura a la plenitud divina.

Como decía un autor cristiano a comienzos del siglo XX: "No existe, por un lado, el reino de los vivientes y, por el otro, el reino de los muertos; sólo existe el Reino de Dios, y todos nosotros dentro de él». Vivos y muertos, en efecto, son uno en el amor del Padre, y todos, miembros del cuerpo de Cristo; la muerte no rompe el vínculo de amor mutuo de cuantos forman parte de él. Es lo que se llama la «comunidad de los santos» o «comunidad en Cristo», una especie de cadena de amor y oración que aúna a todos los miembros de la Iglesia, santos y pecadores, ya estén en este mundo o en el otro. Las oraciones de unos ayudan a los otros a crecer".

LOS DIFERENTES RITUALES

*"Que el ritual de la muerte sea un ritual de vida» "ahí está la fórmula clave del mensaje de la Iglesia"
(Concilio Vaticano II).*

En la medida de lo posible, la Iglesia acompaña en sus últimos momentos al ser humano que está a punto de morir. El acompañamiento se puede hacer de diferentes maneras. Tradicionalmente se recitan oraciones y salmos de penitencia, y, en el catolicismo y la ortodoxia, si un sacerdote está presente, puede oír la confesión del moribundo y darle la absolución. El objetivo siempre es disponerlo al paso de esta vida a la otra. Este acompañamiento se llama extremaunción, o más exactamente sacramento de los enfermos.

En las tres confesiones cristianas, católica, protestante y ortodoxa, puede haber tres «estaciones», o ceremonias complementarias, en el ritual de los funerales: el levantamiento del cuerpo, la iglesia y el cementerio. El levantamiento del cuerpo, para los protestantes, es una ceremonia muy sencilla que comporta, por ejemplo, una invocación: «Que la paz de Cristo a la que todos estamos llamados reine en nuestros corazones», una lectura bíblica y una plegaria que implora el consuelo de Dios para todos los que están en el duelo; esta estación, para los ortodoxos, va acompañada de incensación y bendición del cuerpo, de salmodia y oraciones diversas.

La ceremonia de los funerales propiamente dicha -«servicio principal» para los protestantes, «liturgia de los difuntos» para los ortodoxos, «misa de los funerales» para los católicos-, hoy con frecuencia simplificada según las circunstancias en el rito católico, se celebraba y se sigue celebrando en la iglesia. En el protestantismo, esta ceremonia, aunque más larga que las otras dos, queda muy aliviada: invocación, acogida, confesión de fe, oración, lectura bíblica, predicación, oración dominical, bendición. Se trata de entregar a Dios, en la fe y la esperanza, al o a la que acaba de morir, rehusando las pompas, los signos externos (en particular el agua) y evitando en la medida de lo posible los elementos profanos. Como para el levantamiento del cadáver y el cementerio, es esencialmente una ceremonia de «entrega a Dios» centrada en el Evangelio de la Resurrección.

En otro tiempo, en la tradición católica, a la entrada del féretro se solía cantar una oración conocida en Occidente con el nombre de «*Réquiem*». Esto vuelve a aparecer en la liturgia de los funerales ortodoxos a través de la oración de intercesión: «Dale, Señor, el descanso eterno, y brille para él (ella) la luz eterna». Para los ortodoxos, se supone que el alma del difunto se expresa en las estrofas que el coro canta en ese momento diciendo: «Yo soy la imagen de Tu gloria inefable, a pesar de las heridas del pecado. Ten piedad de Tu criatura, purifícala con Tu misericordia. Concédeme la patria tan ansiada y hazme ciudadano del paraíso. Tú, que me sacaste antaño de la nada y me honraste con Tu imagen divina y luego, a causa de mis pecados, me volviste a la tierra, restáurame en Tu semejanza a fin de que yo resplandezca con mi original belleza». La Iglesia dice «yo» en lugar del difunto, habla en su nombre, tomándolo, por así decirlo, en sus brazos como una madre toma a su hijo.

Después viene la oración por el o la que ha dejado esta vida: «Dale, Señor, el descanso a Tu siervo (Tu sierva) introdúcelo(a) en el paraíso, donde los coros de los Santos y los Justos brillan como astros. Dale, Señor, el descanso a Tu siervo(a) difunto(a) borrando sus pecados».

Durante este canto, el celebrante inciensa el féretro; la incensación, efectivamente, es una muestra de respeto, de deferencia. El cuerpo del bautizado ha sido el Templo del Espíritu Santo, y está destinado a la resurrección.

La ceremonia termina, por lo general, con la absolución; es, por así decir, el «último adiós» de la Iglesia a quien va a ser enterrado. El celebrante gira de nuevo alrededor del féretro incensándolo y, en el rito ortodoxo, pidiéndole a Dios que le conceda «a su servidor(a) difunto(a) la memoria eterna», o sea la vida, y concluye con la fórmula: «Que él (ella) repose en paz. *Aleluya*».

A continuación, el oficiante asperge con agua bendita el féretro y luego a todos los que han asistido a la ceremonia. Esa agua recuerda aquella otra que corrió por la frente de la persona difunta, o en la que fue sumergida, el día de su bautismo, y que simbolizaba entonces el enterramiento en la muerte de Cristo para resucitar con él.

El día del entierro, el cristiano ha muerto definitivamente al mundo, pero la Iglesia espera, en confianza, que resucitará con Cristo de las aguas de la muerte.

Dar entierro es una de las obras de misericordia. El lugar del entierro debe ser un cementerio, preferentemente, ya que estos han sido consagrados como lugar santo de reposo y manifiestan el respeto que los cristianos le tienen a la vida y a la muerte en Cristo.

El espíritu de estos ritos es por supuesto el mismo, pero hoy el nuevo ritual de la Iglesia católica quiere abundar en la comunión de toda la Iglesia en el dolor de quienes lloran y desea reconfortarlos con la esperanza.

VIGILIA POR LOS DIFUNTOS

La Vigilia (velorio) es realmente un tiempo para reír, llorar, recordar y orar. Un tiempo para regocijarse por todo lo que la persona fue y es. Este puede ser un verdadero momento de sanación para todos los que sufren la pérdida.

La Vigilia por los Difuntos es la primera forma en que el cristianismo asimila los sentimientos de los dolientes situándolos en el contexto de la fe. Un servicio de oración con lecturas seleccionadas de las Sagradas Escrituras de acuerdo con las circunstancias de la persona fallecida, una homilía que consuela y da esperanzas, intercesiones que hablan a la fe de los que se reúnen alrededor del difunto y oraciones seleccionadas de la riqueza de recursos que se encuentra en el Orden de los Funerales Cristianos, pueden hacer mucho para preparar a las

personas a adoptar el espíritu cristiano de la Liturgia del Funeral. El Rosario y otras oraciones a la Santísima Virgen María son parte de la Vigilia en el catolicismo; el servicio con cánticos y lecturas bíblicas en el protestantismo y la oración y salmodias, principalmente de salmos, en la ortodoxia.

En el catolicismo y en la ortodoxia durante los siguientes nueve días posteriores al sepelio, se convoca a familiares y amigos a participar del “novenario”, que consiste en acudir a la iglesia o al domicilio del difunto para celebrar misas o rezar el rosario pidiéndole a Dios por el eterno descanso del alma del difunto. Dependiendo de la disposición de los deudos, se celebran anualmente misas en los aniversarios con la misma intención.

En el protestantismo, dependiendo de la denominación, se celebran ceremonias litúrgicas de aniversario glorificando al Creador y pidiendo por la resurrección de los muertos con la esperanza de una vida eterna.

EL CULTO A LOS MUERTOS EN MESOAMÉRICA.

Las culturas Mesoamericanas no se sustrajeron a la preocupación por la muerte y las ideas en relación a lo que ocurre después del término de la vida natural. Los pueblos prehispánicos concebían a la muerte como un proceso más de un ciclo constante, expresado en sus mitos y leyendas. La leyenda de los Soles nos habla de esos ciclos que son otros tantos eslabones de esa lucha entre la noche y el día.

En la mitología de los pueblos de la América prehispánica, la idea de la inmortalidad está relacionada estrechamente con el movimiento de los astros, especialmente el sol que resurge cada día, al igual que la vegetación que muere en invierno para renacer en primavera.

Los habitantes de Mesoamérica creían que después de morir, continuarían viviendo en otro modo. Los muertos eran enterrados con toda clase de objetos que pudieran serles útiles en su viaje al más allá.

La fiesta de muertos estaba vinculada con el calendario agrícola, porque era la única fiesta que se celebraba cuando iniciaba la recolección o cosecha. Es decir, era el primer gran banquete después de la temporada de escasez de los meses anteriores y que se compartían hasta con los muertos. Así representaban la relación que creían existía entre el ciclo siembra-cosecha y vida-muerte.

LOS MAYAS

En el tiempo primordial, cuando sólo existían el cielo y el mar, los dioses creadores, Padre y Madre, decidieron la aparición del hombre y el mundo. Dioses con diferentes nombres, y con distintos atributos, que se identifican con algunos animales, principalmente con una serpiente emplumada, símbolo del dios supremo celeste y creador, llamada Gucumatz, "Serpiente Quetzal".

Los dioses creadores, por medio de la palabra, hicieron emerger la tierra y los seres que la habitaban: árboles, plantas y animales. Los animales fueron interrogados por los dioses para saber si podían reconocerlos y venerarlos, pero no fueron conscientes ni supieron hablar. Entonces los dioses formaron, en sucesivas etapas o edades cósmicas, hombres de barro y de madera, que no respondieron a sus deseos. Los de barro fueron destruidos por un diluvio de agua y los de madera se transformaron en monos, que vivieron en su mundo hasta la llegada de un diluvio de resina ardiente que los desapareció.

Finalmente, los creadores encontraron la materia sagrada: el maíz, que mezclado con su propia sangre y la de serpiente y de tapir, - animales sagrados que simbolizan principios vitales del cosmos -, dieron como resultado al hombre requerido. Un hombre consciente de los dioses y de sí mismo, como sustentador de ellos.

El hombre es el ser creado con la misión de sustentar y venerar a los dioses, y el mundo es su habitación. Sin el hombre los dioses perecen y sin los dioses, el universo entero muere.

Según el mito del Popol Vuh, en épocas cósmicas anteriores aparecieron soles que, como los hombres, eran falsos; el de la segunda edad fue destruido por dos héroes que se transformaron en el Sol y la Luna de la última edad: Hunahpú (Sol diurno) e Ixbalanqué (Sol nocturno o Luna), Con la aparición del Sol y la Luna verdaderos culminó la creación del mundo.

Como lo revela las leyendas y los mitos, el universo está conformado por tres grandes ámbitos en sentido vertical:

El cielo, dividido en trece estratos o niveles horizontales, imaginado como una pirámide escalonada que se asienta en el nivel terrestre. Entre los mayas yucatecos el cielo era regido por Oxlahuntikú, "Trece dios", una deidad que es una y trece simultáneamente.

Existen otros dioses de los distintos estratos y en el nivel más alto reside el dios supremo, principio vital del cosmos, el dragón Itzamná, que se denomina también Hunab Ku, "Dios Uno".

La tierra, imaginada como una plancha cuadrangular, dividida en cuatro sectores o regiones, también cuadrangulares. Las cuatro regiones correspondían a las cuatro "casas" del Sol. Dos en el Este y dos en el Oeste,

puntos intercardinales que representaban los extremos que el Sol alcanzaba sobre el horizonte durante el año, los cuales correspondían a los equinoccios y los solsticios.

El inframundo, conformado por nueve niveles. En el estrato más bajo o Xibalbá, "Lugar de los que se desvanecen", residía el dios de la muerte, Ah Puch, "El descarnado". A esta región era donde iban los espíritus de los muertos, para integrarse a la energía de muerte.

La tierra está situada entre el cielo y el Xibalbá, y es el sitio donde se da la contienda de la vida y la muerte, donde se producen el choque y la armonía de los contrarios, lugar sagrado entre los mayas, símbolo de la dualidad y origen de la vida y de la muerte al que sólo podían penetrar los representantes de los dioses en la Tierra.

A diferencia de la noción occidental de "destino final", los mayas concedían una existencia cíclica al universo y a todo lo que integraba. Se pensaba que la vida como la muerte y la creación como la destrucción coexistían y se complementaban en una necesaria oposición dinámica. Este eterno devenir se desarrollaba en un espacio cósmico estratificado, mantenido por las ramas, tronco y raíces de una gigantesca *ceiba*, sagrado árbol considerado *axis mundi*, eje del mundo. Así estructurado, las capas celestes yacían sobre la superficie terrestre y ésta se asentaba sobre las esferas del inframundo.

La muerte, estaba asociada al inframundo, el caos, la oscuridad y la destrucción, mientras que la vida se vinculaba con el cielo, el orden, la luz, el sol, la creación y la racionalidad.

Otra representación que encontramos en su cosmogonía son los animales considerados portadores de la muerte, como el búho, que cuando cantaba la gente le tiraba piedras, porque se creía que su canto vaticinaba la muerte. Y lo mismo ocurría con los zopilotes, que se han podido identificar en diversos contextos arqueológicos, como cerámica o pintura mural.

Los mayas creían en la inmortalidad del espíritu. Las ceremonias mortuorias en particular eran muy importantes, porque ayudaban al individuo en el último gran cambio de su vida. El lugar de destino en el más allá dependía de la forma de muerte y no de la conducta moral en la existencia corpórea. La mayoría de los espíritus iba al Xibalbá, donde se integraban a la energía de muerte.

Esto contrasta en lo que Fray Diego de Landa hace referencia a este concepto de inmortalidad del alma, diciendo en su libro *Relación de las Cosas de Yucatán*, escrito en 1562: ... "que estas gentes siempre han creído en la inmortalidad del alma... si eran buenos iban a un lugar muy deleitable, donde ninguna cosa les diese pena y donde hubiese abundancia de comida y de bebida de mucha dulzura, y en un árbol que llaman "yaxché", muy fresco y de gran sombra que es Ceiba, debajo de cuyas ramas y sombras descansan y holgasen todos siempre..."

Pero mientras descendían a través de los nueve niveles permanecían "vivos", por lo que debían ser alimentados y protegidos con agua, comida, amuletos y los objetos que habían usado en vida. Los cuerpos de los grandes señores portaban sus joyas, una máscara de jade para conservar la identidad y una cuenta de jade dentro de la boca, que recogía y preservaba el espíritu. En sus suntuosas sepulturas también iban "acompañantes": esclavos y mujeres a los que sacrificaban en el funeral.

Para los antiguos mayas, cuando alguien moría lo que se desintegraba era el cuerpo, pues el alma subsistía para reintegrarse después a otro ciclo, para los mayas el cuerpo del muerto tardaba cinco años en llegar a Xibalbá o el inframundo. Después de ese tiempo, el espíritu se diluía y entraba por medio de un suspiro en la boca de una mujer embarazada para revivir en otro ser y así reiniciar un nuevo ciclo

El Xibalbá o inframundo es conocido principalmente por la descripción que de él hace el *Popol Vuh*, cuya traducción sería "Libro del Consejo" o "Libro de la Comunidad",

Los mayas creían en la existencia de portales o entradas que conducían al inframundo representadas por cenotes o cuevas. El camino hacia Xibalbá se describe como un descenso por unas escaleras muy inclinadas que desembocan en la orilla de un río, el cual recorre barrancos y jícaros espinosos. A continuación hay otros ríos e incluso uno de sangre, para después abrirse un cruce de cuatro caminos: uno rojo, otro blanco, otro amarillo y otro negro. Este último es el que se dirige a Xibalbá, exactamente a la sala del consejo de los Señores de Xibalbá.

En cuanto a las pruebas que los Señores de Xibalbá hacían pasar, el *Popol Vuh* cuenta que eran muchos los lugares de tormento y castigos:

El primero era la Casa oscura, *en cuyo interior sólo había tinieblas*;

El segundo era la Casa del frío, donde *un viento frío e insoportable soplaba en su interior*;

El tercero era la Casa de los jaguares, donde los jaguares *se revolvían, se amontonaban, gruñían y se mofaban*;

El cuarto era la Casa de los murciélagos, donde *no había más que murciélagos que chillaban, gritaban y revoloteaban en la casa*;

El quinto se llamaba la Casa de los cuchillos, *dentro de la cual sólo había navajas cortantes y afiladas*

Por otra parte, el *Popol Vuh* relata que los malévolos seres de Xibalba, país de los muertos, también llevan cierta clase de vida, jugaban a la pelota, etcétera. Asimismo, la concepción dual de la muerte como parte de un ciclo constante en el que recomenzaba la vida, está claramente expresada en el *Popol Vuh*, cuando la calavera de Hunhunahpú fecunda con su saliva a Ixquic, hija de los señores del inframundo, lo que representa la germinación del maíz en la tierra.

El profundo interés por la muerte que tuvieron los mayas se refleja en su arte que está plagado de símbolos mortuorios, los cuales encontramos en códices, esculturas, motivos ornamentales de edificios, adornos personales, etcétera. Todo este conjunto de símbolos hace referencia a la muerte y al inframundo: esqueletos, cráneos, huesos humanos, manchas circulares en la piel, ojos de muerto, agua o elementos acuáticos, nenúfar, jaguar, signos de la noche y la oscuridad, figuras con los ojos cerrados y boca entreabierta, búhos y murciélagos, son motivos constantemente repetidos en la iconografía.

EL DIOS DE LA MUERTE

Otra prueba de lo relevante de la muerte entre los mayas es la importancia que le concedían al dios de la muerte, el cual es uno de los más representados en los códices y en muchos edificios.

Este dios recibía diferentes nombres: Ah puch; Hunhau, Cunhau y en tiempos recientes Kisin y Yum Cimil (el señor muerte). Generalmente se le representa de la siguiente manera: Tiene por cabeza una calavera, muestra las costillas desnudas y proyecciones de la columna vertebral; el cuerpo en parte descarnado con puntos negros o líneas punteadas para indicar las manchas de putrefacción, a veces tiene el abdomen hinchado. Las piernas, los brazos y las orejas conservan la carne; también puede aparecer como cuerpo humano no descarnado, pero con calavera. En un sólo caso es deidad femenina, con falda adornada de huesos cruzados. Frecuentemente se encuentra ataviado con un tocado circular como aureola formado por un semicírculo negro adornado con varios disquitos que se han identificado como cascabeles o quizá “ojos estelares”; el tocado puede ser también un yelmo en forma de caracol, serpiente o lagarto, un collar rígido en forma de golilla, adornado con plumillas y con los mismos motivos (cascabeles u “ojos estelares”) del tocado; también aparecen éstos como pulseras, en los tobillos y como remate de una orejera alargada, probablemente de hueso. Puede llevar una capa negra adornada con tibias cruzadas y “ojos estelares”.

El dios de la muerte tiene dos jeroglíficos con su nombre. El primero representa la cabeza de un cadáver con los ojos cerrados por la muerte, el segundo la cabeza del dios mismo, con la nariz truncada, mandíbula descarnada y como prefijo un cuchillo de pedernal para los sacrificios. El dios de la muerte era la deidad patrona del día Cimí, que significa muerte en maya.

Como jefe de los demonios Hunhau reinaba sobre el más bajo de los nueve mundos subterráneos de los mayas, y todavía actualmente los mayas modernos creen que bajo la figura de Yum Cimil, el señor de la muerte merodea en torno a las habitaciones de los enfermos en acecho de su presa.

Su figura está asociada frecuentemente con el dios de la guerra y de los sacrificios humanos. Generalmente va acompañado de un perro –que ayudaba al difunto en el viaje al inframundo–, del ave moán y de la lechuza, cuyo grito nocturno se considera de mal agüero en todo el mundo.

Los mayas creían que la muerte no afectaba solamente a los hombres sino que también morían los seres semidivinos de sus mitos, los astros (el sol, la luna, Venus), los períodos calendáricos y los dioses.

Pero en realidad, la muerte no era más que un cambio de estado, una forma de vida diferente en otro lugar pero con las mismas necesidades. “Es así como el Dios de la Muerte, que por su aspecto es también un muerto, puede, según nos muestran los códices, tener actividades semejantes a las de los vivos sobre la tierra: tejer, producir fuego, caminar bajo la lluvia, empuñar una lanza o un hacha, fumar, quebrar una planta o copular con una mujer.”

Al parecer los mayas tenían una actitud ambivalente ante la muerte, pues si bien es cierto que el Dios de la muerte era temido, veneraban a sus muertos. Landa menciona: “Que esa gente tenía mucho excesivo temor a la muerte...” y señala que enterraban a sus muertos dentro de sus casas o a las espaldas de ellas y “comúnmente desamparaban la casa y la dejaban yerma después de enterrados, menos cuando había en ella mucha gente con cuya compañía perdían algo del miedo que les quedaba de la muerte”, sin embargo, exploraciones arqueológicas contradicen lo anterior, pues generalmente no hubo tal abandono, ya que se hallaron entierros superpuestos correspondientes a diferentes fases de construcción en el mismo montículo de casa.

Ruz Lhuillier afirma que los mayas no le tenían miedo a la muerte y que por el contrario existía un verdadero culto a los muertos, como se infiere de la misma crónica de Landa, en la que señala que la gente “hacía a sus padres estatuas de madera a las cuales dejaban hueco el colodrillo y quemaban alguna parte de su cuerpo y echaban allí las cenizas y tapábanlo; y después desollaban al difunto el cuero del colodrillo y pegábenselo allí, enterrando los residuos como tenían de costumbre; guardaban estas estatuas con mucha reverencia entre sus ídolos. A los antiguos señores Cocom, habían cortado las cabezas cuando murieron y cocidas las limpiaron de la carne y después aserraron la mitad de la coronilla para atrás, dejando lo de adelante con la quijada y los dientes. A estas medias calaveras suplieron lo que de carne les faltaba con cierto betún y les dieron la perfección muy al propio de cuyas eran, y las tenían con las estatuas de las cenizas, todo lo cual tenían en los oratorios de las casas, con sus ídolos, en gran reverencia y acatamiento, y todos los días de sus fiestas y regocijos les hacían ofrendas de sus comidas para que no les faltase en la otra vida donde pensaban que sus almas descansaban y les aprovechaban sus dones”.

Otra prueba del culto a los difuntos son los cientos de entierros descubiertos dentro de los edificios de los centros ceremoniales, que reflejan un culto básico a los muertos como parte fundamental de la ideología de los antiguos mayas.

El caso de la tumba del Templo de las Inscripciones, en Palenque, lo comprueba plenamente. En 1949 el arqueólogo Ruz Lhuillier descubrió una pirámide-tumba en el área maya. La tumba de Palenque está cubierta por una hermosa lápida adornada con bajorrelieves, pero de inmediato surge una aparente contradicción en los motivos que sobre ella se labraron, ya que vemos el símbolo de vida, la planta de maíz, en cuya base se encuentra el personaje. Debajo de él hay diversos símbolos relacionados con la fertilidad, es decir, toda una serie de motivos que hacen alusión al concepto de vida. Recordemos que según el Popol vuh el hombre surgió del maíz y en esta lápida se manifiesta todo lo relacionado con la vida y la fertilidad. Sin embargo, es una lápida mortuoria. Aquí se ve claramente manifestado el concepto dual que se tenía sobre la vida y la muerte. Ruz Lhuillier plantea que el individuo encontrado en la tumba de ese templo debió a su muerte ser considerado como una deidad.

La construcción de una pirámide-tumba como la de Palenque se justifica –más fácilmente- si se piensa que el personaje allí enterrado, divinizado al morir, había de seguir velando sobre sus súbditos, protegiéndolos, como ser dotado de poderes divinos, contra todos los males. “Las extraordinarias precauciones que se tomaron para la edificación del mausoleo, tenderían a un mismo propósito: asegurar al personaje enterrado una sepultura indestructible, para que pudieran seguir intercediendo hasta la eternidad en beneficio de su gente. La fe en el carácter divino del posible rey-sacerdote debió jugar un papel decisivo en la construcción de tumbas como la de Palenque”.

Los mayas pensaban que los muertos experimentan aún sensaciones, necesidades y sentimientos como los vivos, tan es así que buscaban maneras de brindarles algún tipo de protección desde la parcial mediante un plato sobre la cabeza hasta el sarcófago de piedra dentro de una cámara funeraria, pasando por los tipos intermedios (cista, fosa) o por modalidades tan peculiares como los entierros en cuevas, chultunes y ollas.

Esta idea se refuerza con la costumbre que tenían de dejar con el cadáver diferentes objetos (herramientas, armas, adornos, utensilios de cocina, vasijas, juguetes, instrumentos musicales y objetos de significación mágica) con el propósito de que los siguiese usando después el muerto.

Es indudable que al actuar así, se supone que la vida prosigue más allá de la muerte, y que se desarrolla según pautas semejantes a las que rigen sobre la tierra, es decir, que el hombre precisará de sus útiles y armas para trabajar, cazar o guerrear; la mujer de su metate, de sus ollas y de sus malacates para moler maíz, cocinar e hilar; el niño de sus juguetes; el sacerdote de los atributos de su rango o función; el hechicero de sus piedras y pertrechos. Pero además, la ofrenda funeraria suele consistir en vasijas de barro, escasas o numerosas según la jerarquía del difunto. Estas vasijas generalmente contenían alimentos y bebidas.

Otros objetos de las ofrendas tienen un valor mágico, también relacionado con la continuación de la vida después de la muerte. Ya Landa había anotado que se colocaba en la boca del muerto, además de maíz molido, “algunas piedras de las que tienen por moneda, para que en la otra vida no les faltase que comer”.

Con cierta frecuencia los objetos de las ofrendas funerarias aparecen intencionalmente rotos, principalmente los platos que pueden cubrir la cabeza del muerto y que presentan un agujero en el centro del fondo. Ruz Lhuillier señala que “este hecho se ha interpretado como un medio mágico para que el objeto en tal forma sea ‘matado’ y ya muerto como el individuo al que acompaña, puede ser utilizado por éste, lo que no podría ocurrir si el objeto estuviera todavía ‘vivo’. Esta interpretación, implica no sólo que la vida del hombre proseguía después de la muerte, y que éste necesitaba utilizar objetos como durante su existencia terrenal, sino que los objetos mismos están dotados de vida”. Sin embargo existe otra interpretación y es que el hecho de hacer un agujero en el centro de la vasija protectora tenía como propósito proporcionar una salida para el espíritu del muerto.

Cuando moría un personaje importante, gran sacerdote o jefe civil, además de numerosas ofrendas de objetos, se dejaban con él a varios individuos para que lo atendieran en el otro mundo. Era lógico pensar que si el Señor había necesitado sirvientes durante su vida, los seguiría necesitando después, y para ello se sacrificaban generalmente algunos jóvenes y niños. El mismo razonamiento valía en cuanto a la necesidad de que contara con la compañía de alguna o algunas mujeres.

Otro dato que ilustra la creencia de que la vida proseguía después de la muerte, es la presencia en cierto número de entierros infantiles, de una o varias falanges de adulto, probablemente de mujer, y es de suponerse que de la madre. El propósito, al parecer, es que el niño tenga consigo algo del cuerpo de su madre e indica que se considera que el niño, en la soledad de la tumba, precisa de la presencia física del ser que le dio la vida, es decir, que el niño sigue viviendo.

Ciertas prácticas sugieren un intento de proporcionar al cadáver un aspecto de vida. Tal es quizá el uso de la máscara. Estas máscaras están hechas en formas de mosaico de jade, turquesa o concha, y para dar idea de vitalidad, la máscara con que fue enterrado el personaje en el Templo de las inscripciones (en Palenque) tenía los ojos de concha blanca para el globo, y la pupila de obsidiana, con un punto negro pintado en el centro para el iris.

Una connotación distinta a la muerte natural, que era seguida por el luto y la conmemoración del grupo cercano al difunto, tenía la muerte ritual y los tratamientos pos-sacrificiales. Estos no estaban dirigidos al difunto sino su vida se cobraba al fungir como medio en la comunicación con lo sagrado. Sabemos por la iconografía que las prácticas sacrificiales mayas anteceden por más de mil años a los tiempos de los toltecas y aztecas. Al igual que entre los grupos del Altiplano Central mexicano, entre los mayas, el sacrificio humano era concebido como la máxima expresión religiosa, un medio que permitía como ningún otro pedir el beneplácito y la intervención de los dioses y garantizar así el bienestar colectivo. Operaba a través de la destrucción de la vida misma, la donación de sus esencias vitales y la invocación de lo sagrado.

Las víctimas fueron reclutados según los cronistas de los escuadrones de esclavos, guerreros cautivo, niños huérfanos o los hijos propios que eran donados por los miembros de la comunidad. La ceremonia culminante fue preparada mediante una serie de preparativos y observaciones generales que podían durar varios meses. La ejecución podía realizarse por extracción del corazón, estando la víctima en posición supina, o decapitándola. Otras formas de muerte, menos documentadas, correspondían a la lapidación, el flechamiento y el ahogamiento. Aún después de la muerte, el cuerpo de la víctima, ahora parte de lo sagrado, podía seguir siendo objeto de

procesamiento póstumo. Sabemos de la iconografía y por las marcas antropogénicas encontradas en algunos restos humanos, que los mayas desollaban, descarnaban y desmembraban a algunas víctimas. Según Landa y Sánchez de Aguilar, partes de sus cuerpos eran distribuidas entre los sacerdotes, quienes los “tenían por santos”, para ser enterrados posteriormente frente a los templos y adoratorios, o parar abandonados en el monte o arrojados en pozos secos, *cenotes* y cuevas.

LOS AZTECAS

“Somos mortales, todos habremos de irnos, todos habremos de morir en la tierra... Como una pintura, todos iremos borrando. Como una flor, nos iremos secando aquí sobre la tierra... Meditadlo, señores águilas y tigres, aunque fuerais de jade, aunque fuerais de oro, también allá iréis, al lugar de los descansos. Tendremos que despertar, nadie habrá de quedar:” Netzhualcóyotl (1391-1472).

En Mesoamérica, particularmente México, la muerte ocupaba un lugar especial como una forma diferente de vida. Vida y muerte eran complementarias, una no podía entenderse sin la otra.

La representación de la muerte aparece a lo largo de la cultura prehispánica como la eterna lucha entre la noche y el día. Por ejemplo, los aztecas representaban esta dualidad a través de dos dioses: Tezcatlipoca, dios de las sombras, y Quetzalcóatl, dios de la luz.

Aunque Tezcatlipoca era el dios del inframundo, simbolizado por calaveras, también significaba fertilidad y esperanza de renacimiento, en vez del terror que habitualmente causaba entre otros pueblos.

Los mexicas durante su hegemonía fueron considerados como el pueblo de la muerte. Su filosofía acerca de la muerte y la inmortalidad está plasmada en infinidad de poemas, como el siguiente:

*“Solo venimos a soñar, solo venimos a dormir,
no es verdad, no es verdad, que venimos a vivir en la tierra.
¿A dónde iremos? Solo a nacer venimos
que allá es nuestra casa donde es el lugar de los descarnados.
¿Acaso en verdad se vive en la tierra?
no para siempre en la tierra, solo un poco aquí”.* (Netzahualcototl)

Los aztecas o mexicas consideraban que el universo estaba integrado por dos planos, uno vertical y otro horizontal, en el punto donde se cruzaban estaba el centro u ‘ombligo’ del mundo y es ahí donde se encuentra localizado el Templo Mayor de los aztecas (en el Zócalo de la ciudad de México). Por eso este lugar se considera sagrado; el mexica es el pueblo elegido, es el centro del universo; consideraban arriba como el nivel celeste y abajo el inframundo. En el primero hay trece cielos; empezando en donde están la luna y las nubes; en el segundo las estrellas, el tercero es el camino que sigue el sol diariamente; en el cuarto está Venus; por el quinto pasan los cometas; los siguientes tres se representan con colores; en el octavo se forman las tempestades; a partir del noveno se encuentran los dioses.

El nivel inferior o inframundo, tiene nueve pasos antes de llegar al Mictlán (Mundo de los Muertos). Dentro de las costumbres funerarias de los aztecas; al morir una persona se le doblaban las piernas en actitud de estar sentado, amarraban sus brazos y piernas firmemente al cuerpo, para depositarlos después en un lienzo acabado de tejer, al cadáver le colocaban una piedra verde en la boca que simbolizaba el corazón del difunto, mismo que tendría que ser entregado a los dioses durante su camino al Mictlán, a continuación cosían el lienzo con el cadáver dentro y ataban a él un petate. Consideraban que después de transcurrir cuatro años de fallecer, el muerto llegaba su destino final, ocupando su lugar en el noveno inframundo donde reposará eternamente.

Hay una creencia básica azteca que no hay que olvidar: un hombre no lograba una eternidad diferente según como se había conducido en la tierra, sino según la manera de morir. Así, los difuntos iban a diferentes moradas según las circunstancias de la muerte. Cada una estaba regida por dioses propios, y la manera en que morían los individuos era el medio por el que reclamaban en su séquito. Las víctimas sacrificadas se unían igualmente a las deidades a las que se ofrecían.

Por ejemplo, el guerrero muerto en combate o en la piedra de los sacrificios iba al paraíso este del Sol, llamado Tonatiuhichan (la casa del Sol), y podía convertirse en ququhtecatli (compañero del Sol). Con las cohortes de sus compañeros muertos de la misma manera, acompañaba al astro rey desde que salía hasta el cenit, y ocupaba su tiempo libre en justas y combates simulados que daban a cada uno el brillo de la gloria y la felicidad. Cuatro años más tarde, guerreros y sacrificados se metamorfoseaban en colibríes que, con el privilegio de una libertad total, volaban de flor en flor, allí donde brillaba el Sol. Morir peleando era para los aztecas la mejor muerte, una muerte deseada., como lo resalta el poeta rey Netzahualcoyotl:

*Hacen estrépito los cascabeles
Hacen estrépito los cascabeles,
el polvo se alza cual si fuera humo:
Recibe deleite el Dador de la vida.
Las flores del escudo abren sus corolas,
se extiende la gloria,
se enlaza en la tierra.
¡Hay muerte aquí entre flores,
en medio de la llanura!
Junto a la guerra,
al dar principio la guerra,*

*en medio de la llanura,
el polvo se alza cual si fuera humo,
se enreda y da vueltas,
con sartales floridos de muerte.
¡Oh príncipes chichimecas!
¡No temas corazón mío!
En medio de la llanura,
mi corazón quiere
la muerte a filo de obsidiana.
Sólo esto quiere mi corazón:
la muerte en la guerra...*

El paraíso oeste del Sol, llamado Cincalco (casa del maíz), nacía con el cenit del Sol, que entraba de ese modo en el lado femenino del mundo, ciutlampa. El oeste era la morada de las diosas-madres y también de las mujeres muertas al dar a luz, que a su vez, se convertían en diosas ciutatec, de las que los mortales tenían tendencia a desconfiar, ya que las noches de luna llena bajaban a la tierra, se ocultaban en los cruces y devoraban a los niños que se habían demorado.

El paraíso del sur del Sol, Tlalocan, pertenecía al benévolo. Tláloc "el campesino". Los aztecas adoptaron también (tomándolos de los antiguos toltecas) los mitos que se refieren a Tláloc y con ellos, la convicción de que existía un paraíso de Tláloc, el Tlalocan, a donde iban los difuntos que habían perecido ahogados o fulminados por el rayo, o víctimas de la lepra, o hidrópicos o sarnosos, o a causa de cualquier enfermedad de las que se consideraban relacionadas con las divinidades del agua, les reservaba una acogida idílica en una especie de edén con frutos maravillosos, verduras asombrosas, pasto siempre verde y flores que se abrían bajo la lluvia más refrescante. Realmente, el paraíso de Tláloc, era el ideal para un campesino azteca que moría.

Los informantes de Sahagún describieron el Tlalocan como una especie de paraíso terrenal, «en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna». De este jardín de delicias en el que también creyeron los aztecas, tenemos un valioso testimonio pictórico en un muro teotihuacano que se remonta al siglo IV: de la figura de Tláloc parecen proceder las corrientes de agua que rodean un jardín donde los hombres gozan entreteniéndose con el canto, la danza y toda clase de juegos.

Quienes no habían sido elegidos ni por el Sol ni por Tláloc, al morir descendían al Mictlan, pasando por una serie de pruebas antes de alcanzar el descanso definitivo o la desaparición. Esas pruebas eran nueve y, en cierto sentido, correspondían a otros tantos estratos del inframundo, cada uno más profundo que el anterior. La creencia en esas pruebas estaba muy relacionada con ciertos detalles de los ritos funerarios; por ejemplo, la costumbre de enterrar un perrito juntamente con el muerto, dependía de la convicción de que éste tenía que superar el caudal de un río subterráneo y sólo el perrito podía auxiliarle en ese trance.

Sobre la ubicación del Mictlan, hay discordancia entre las varias tradiciones. Así como se le sitúa más profundo de la tierra, se dice también que queda al norte. Esta última tradición parece más congruente con la ubicación de los otros lugares a donde pueden concurrir los muertos: las direcciones oriente y poniente corresponderían al paraíso solar; el sur al Tlalocan; el norte al Mictlan. En todo caso, queda fuera de discusión su carácter subterráneo y sombrío, aunque la creencia en un recorrido circular por parte del sol presuponía que, después de su trayectoria de oriente a poniente, la divinidad solar penetraba en la tierra, según su viaje a través del inframundo e iluminaba a los muertos, que despertaban igual que hacen los vivos a la luz de un nuevo día. También esta creencia la hallamos consignada en la obra de Sahagún, la fuente más valiosa sobre el antiguo México.

LAS DEIDADES DE LA MUERTE

Los mexicas heredaron de épocas antiguas a dos dioses: mictlantecuhtli y Mictecacihuatl, el señor y la señora del Mictlan la región de los muertos, a este lugar iban los hombres y mujeres que morían de causas naturales, pero el camino no era fácil. Antes de presentarse ante el señor y señora de la muerte había que pasar numerosos obstáculos; piedras que chocan entre sí, desiertos y colinas, un cocodrilo llamado Xochitonal, viento

de filosas obsidianas, y un caudaloso río que el muerto atravesaba con la ayuda de un perrito que era sacrificado el día de su funeral.

Finalmente el difunto llegaba ante la presencia de miclantecuhtli y mictecacihuatl, los terribles señores de la oscuridad y la muerte. La tradición dice que entonces se le entregaba a los dueños del inframundo ofrendas. Este detalle es muy importante ya que con el tiempo estas ofrendas seguirán presentes en los altares de la santa muerte, imagen venerada actualmente en lugares como Tepito en la ciudad de México.

Miclantecuhtli y mictecacihuatl fueron sin lugar a dudas las deidades a quienes se encomendaban a los muertos pero también eran invocados por todo aquel que deseaba el poder de la muerte. Su templo se encontraba en el centro ceremonial de la antigua ciudad de México Tenochtitlán, su nombre era Tlalxico que significa “ombligo de la tierra”, hileras de cráneos.

Había otras representaciones de la muerte entre los mexicas, por ejemplo el Tzompantli, “hileras de cabezas”. Este Tzompantli no era otra cosa que unos palos en donde se ensartaban cráneos y se formaban grandes hileras como en los ábacos utilizados por los niños para contar.

Estos Tzompantlis se encontraban en los grandes templos del México antiguo y eran considerados como una parte importante del culto de sacerdotes y gente común. Además de los Tzompantlis tan conocidos y famosos, también existían diferentes representaciones de la muerte representados casi siempre en figuras de calaveras talladas en piedra, en barro, o bellamente pintadas en los libros antiguos llamados códices.

También se han encontrado calaveras humanas adornadas con pedernales y conchas por ojos. Los especialistas no se han puesto todavía de acuerdo sobre el significado de estas calaveras, pero suponen que era una ofrenda a los señores de la muerte. Así, por donde quiera, aparecen los rastros de la muerte descarnada, están en los adornos de la diosa Coatlicue, en las ofrendas en incensarios rituales, en figuras de todo tipo y tamaño.

RITOS FUNERARIOS.

Nada es sencillo para el alma de un muerto. Apenas abandona el mundo terrestre, comienza un largo viaje, para lo que el azteca debe estar preparado. Entre los dientes crispados del muerto se desliza una perla de jade que le servirá como corazón de repuesto. Cerca de las manos se colocan regalos para Miclantecuhtli y Mictlancihuatl, señor y señora de los infiernos, para que lo acojan de manera conveniente.

En torno al muerto se esparcen banderas de papel, mantas calientes, maíz, agua, y, por lo menos, un perro. Según el caso, y sin significado particular, el muerto será entregado a las llamas o enterrado. Pero antes el sacerdote le dará la última lección y los últimos consejos:

"Presta mucha atención y no olvides, encontrarás los ocho obstáculos del mundo subterráneo. Para empezar, verás las aguas del ancho río Chicnahupan. Tus perros te esperarán en la orilla. Ten cuidado y no confíes tu alma a un perro blanco o negro, porque los demás se negarán a ayudarte. Coge un perro rojizo, símbolo de Xolotl, aférrate fuerte a su cola y él te ayudará a cruzar el río de los infiernos. Del otro lado verás dos grandes montañas cuyas laderas se entrechocan de manera regular. Entrarás entonces en el tercer mundo infernal. Necesitarás de todo tu aliento para subir senderos escarpados y difíciles, que te conducirán a la cima. Allí sopla el viento glacial del cuarto mundo, un viento cortante como una hoja de obsidiana. Si escapas de él, verás flotar las banderas del quinto infierno. Entonces las flechas del sexto dominio podrán atravesar tu cuerpo. Al llegar al séptimo, los jaguares comerán tu corazón; encuentra en ese momento la fuerza para franquear el desfiladero siniestro que conduce al octavo mundo y al borde del agotamiento te recibirán la noche y el reposo eterno, en Chicnahuatmictlan, el noveno y el último mundo infernal."

Esto es lo que se le decía a un simple azteca, corriente, pero había muchos muertos privilegiados que no iban al Mictlan.

Los que morían ahogados, tenían otra clase de rito. Morir ahogado significaba que, desde el fondo del lago o de la laguna, Auitzotl, una especie de dragón marino, cogía a su víctima por los pies y la arrastraba hacia el fondo para darse un festín con sus ojos, sus uñas, sus dientes, y luego la dejaba subir a la superficie... Nadie osaba mirar a un azteca muerto de esta forma. Se le fabricaba una litera cuidadosamente adornada con juncos, se

le instalaba con delicadeza sobre ella y se le conducía a un pequeño oratorio al borde del agua, denominado ayaucalco. Los músicos tocaban la flauta con los ojos cerrados.

Todos los demás muertos, los que no pertenecían a Tláloc, eran quemados. Para ello se les vestía de manera especial, de fiesta. Ya vestido se colocaban las rodillas bajo el mentón, en posición fetal, y para mantenerlo así se empleaban ataduras muy fuertes. Mantas suaves o blancas, superpuestas, lo envolvían como un pesado fardo, también atado con cuerdas.

Cuando el muerto era el emperador, se actuaba igual, pero aplicando una máscara de piedra esculpida sobre su rostro, y adornándole con atributos divinos en los que estaba representado Huitzilopochtli. El cuerpo, llevado ceremoniosamente mientras que los asistentes entonaban melopeas fúnebres (miccauicatli), se colocaba sobre la hoguera encendida por los ancianos, que también vigilaban la lenta cremación. Con conchas recogían las cenizas para colocarlas en una urna, así como los huesos y el cráneo. Entre las mandíbulas del emperador o el dignatario se colocaba una piedra preciosa verde, que simbolizaba el corazón.

RITOS DE SACRIFICIO.

Otra prueba del militarismo azteca se encuentra en los sacrificios humanos. Los mexicas no inventaron esta ceremonia pero la realizaron con tanta intensidad que hicieron verdaderas matanzas. El sacrificio tenía como finalidad el alimentar al sol con la sangre de las víctimas para impedir que el astro perdiese la fuerza. La guerra tenía un sentimiento sagrado, ya que así se obtenían los prisioneros necesarios para la ofrenda al sol. Los guerreros que morían en la batalla o en el altar sagrado, iban al paraíso solar.

Había muchas clases de sacrificio. Algunos morían a flechazos, otros eran decapitados, desollados o quemados. Sin embargo la forma más corriente de dar muerte a las víctimas era abriéndoles el pecho con un cuchillo de piedra y extrayéndoles el corazón. También había sacrificios humanos en ciertos puntos de las montañas donde se consagraban estanques artificiales a Tláloc. Los cementerios estaban situados en las cercanías, y las ofrendas a los dioses se enterraban cerca de los lugares de sepultura de los cuerpos que habían sido víctimas en el servicio. La estatua de Tláloc estaba situada en la montaña más alta de Tezcucuo y se le ofrecían anualmente unos cinco o seis niños en varios puntos.

En una escena del códice florentino, se ofrece toda la crudeza de un sacrificio humano. Se ve a la víctima, previamente anestesiada, sobre la piedra de los sacrificios y a un sacerdote que procede a abrirle el pecho con un cuchillo de obsidiana para extraerle el corazón. Luego se tirará el cadáver por la escalera, tal como se hizo con la víctima anterior, que se ve al pie de la misma.

Los sacrificios humanos tenían todos, un trasfondo religioso. Creían que la vida humana era el alimento que daba energía al sol (la sangre humana). Empezaron así la escalada de sacrificios humanos, pues sin un derramamiento de sangre continuo, el sol se pararía y el mundo se hundiría en la muerte. Pero los pecados de los hombres eran muchos y los sacerdotes pedían más víctimas para tener contentos a los dioses y al mundo en movimiento. Por lo que hubo que recurrir a las campañas militares, ya que proporcionaban abundantes prisioneros para los sacrificios. En cada ceremonia, los sacerdotes pedían a los dioses que protegieran a los aztecas con nuevas victorias, ya que así obtendrían más víctimas. Y se cerró así un círculo vicioso de sacrificios humanos-victorias-sacrificios humanos, del que los aztecas no salieron jamás.

Los prisioneros eran conducidos hasta los templos, donde se colocaban sobre una piedra temalacatl. Cuatro sacerdotes sujetaban a la víctima mientras un quinto le abría el pecho con un cuchillo de obsidiana y le extraía el corazón palpitante, que lo ofrecía a la divinidad. Existía también el sacrificio "gladiatorio", que consistía en que la víctima muriera combatiendo con guerreros expertos. Otras formas de sacrificio eran el asamiento o la quema en braseros, para lo cual se anestesiaba a los prisioneros con yauhtli, o hachich. Los sacrificios aumentaban cuando se coronaba un nuevo tlatoani o cuando se inauguraba un templo.

LA MUERTE CHOCARRERA

*“Es una verdad sincera
Lo que nos dice esta frase:
Que sólo el ser que no nace,
No puede ser calavera.”
Rima Popular Mexicana*

*“La muerte es democrática, ya que a fin de
cuentas, güera, morena, rica o pobre, toda
la gente acaba siendo calavera”.
J. G. Posada.*

La muerte para los mexicanos, más que un concepto, es una expresión de su identidad. Sin embargo, su sentido jocoso, manifiesto en las calaveras, es más reciente, y su padre indiscutible es el grabador José Guadalupe Posada (1852-1913), quien utilizó las figuras descarnadas provenientes de las tradiciones medievales y prehispánicas con el sentido socarrón del carácter popular mexicano, espíritu de ahuiizote, irreverente, que ya había hecho acto de presencia, a principios del siglo XIX, en la literatura de José Joaquín Fernández de Lizardi y, a mediados de esa centuria, en románticos mexicanos como Guillermo Prieto, pero que se consolida en la tradición popular del siglo XX.

Como en la época prehispánica, la muerte es para los mexicanos una madre -suplida después de la conquista por la Virgen de Guadalupe-; es, además, una celebración de la vida, un consuelo, un viaje a otro mundo menos triste que éste y, por lo tanto, casi un retorno al útero. La muerte, en su imagen actual, también es la venganza contra aquellos que se sueñan inmortales, pues la realidad, según nuestra herencia medieval española, es el inevitable fin de la vida terrena.

Este imaginario mexicano de la muerte ha evolucionado del carácter sagrado en los tiempos antiguos al carácter sincrético y festivo del presente; sin embargo, pese a las calaveras literarias, es dudoso sostener, aun como idea fundamental, que el mexicano se ría de la muerte, como afirma, entre otros, Octavio Paz en El laberinto de la soledad: “... el mexicano frecuenta a la muerte, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor mas permanente... no se esconde ni la esconde, la contempla cara a cara con impaciencia, desdén o ironía... Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida”.

Más bien, en esta tradición el mexicano se ríe -por no llorar- de la vida, de sí mismo y de su destino, cuyo consuelo final es la muerte, donde se igualará con todos los que, en el imaginario popular de raíz católica, son inalcanzables en esta vida.

Paul Westheim sostiene que hay una pervivencia de la percepción prehispánica de la existencia en las imágenes y costumbres relacionadas con la muerte:

“ La carga psíquica del mexicano que da un tinte trágico a su existencia, hoy como hace dos y tres mil años, no es el temor a la muerte, sino la angustia ante la vida, la conciencia de estar expuesto, y con insuficientes medios de defensa, a una vida llena de peligros...”

Y esa angustia ha pasado también a las manifestaciones de alta cultura, sobre todo en la pintura y en la literatura, donde la muerte es una presencia constante, una búsqueda, una obsesión que se podría calificar de metafísica, porque define lo mexicano o la mexicanidad en autores como Netzahualcōyotl ("aunque sea de jade, se quiebra..."), Sor Juana Inés de la Cruz ("Conque con docta muerte y necia vida,/viviendo engañas y muriendo enseñas", dice a una rosa), Xavier Villaurrutia (en su Nostalgia de la muerte) y José Gorostiza (con Muerte sin fin), en poesía; en narradores como Juan Rulfo, cuya novela Pedro Páramo , cumbre de las letras nacionales, muestra precisamente nuestra convivencia con la muerte y nuestros muertos; Joaquín Bolaños (La portentosa vida de la muerte) Aunque la obra es didáctica religiosa, el humor está presente en toda la obra puesto que relata la biografía de la Muerte. Por lo que la idea paradójica que la muerte nazca, crezca, y muera es verdaderamente ilógica y humorística; Elena Garro (Un hogar sólido), obra de teatro en que los muertos que comparten la cripta familiar conversan con el recién llegado para enterarse de todas las noticias del mundo de los vivos.

El mismo rey poeta, Netzahualcóyotl, expresaba esa angustia en sus poemas, cantos a la fugacidad y la vulnerabilidad de la vida:

*En vano he nacido,
en vano he venido a salir
de la casa del dios de la Tierra,
¡Yo soy menesteroso!
Ojalá en verdad no hubiera salido,
que de verdad no hubiera venido a la Tierra...*

Pero como dice Eduardo Matos Moctezuma, a la muerte, como la concebían los antiguos, también le llegó su muerte con la conquista de los españoles y la imposición de una nueva noción del ciclo de vida. Una concepción también sangrienta representada en el Cristo sacrificado, que le dio jaque a Huitzilopochtli, como se lee en el cuento Chac Mool, de Carlos Fuentes, y que sobrepuso a las tradiciones 'paganas' las formas del terror medieval a la muerte, sólo soportable en la esperanza de una vida eterna en el más allá, esperanza que se expresaba constantemente en los Memento mori (acuérdate de la muerte), las representaciones pictóricas de las vanitas vanitatum (vanidad de vanidades), las danzas macabras y el ars moriendi, que llegan con la concepción cristiana de la España de fin del Medievo y se refuerzan en el Barroco y la Contrarreforma religiosa.

En el siglo XIX, después de la caída del imperio de Maximiliano de Habsburgo, en la prensa nacional cobró fuerza la caricatura política como una forma de la crítica a las fuerzas conservadoras. Pero es con José Guadalupe Posada y su editor, Antonio Vanegas Arroyo, ya en ese México porfirista que excluye de la modernidad positivista a vastos sectores sociales, cuando las calaveras hacen su aparición para, en una paródica reinterpretación de las danzas macabras medievales, criticar con humor las vanidades de los sectores sociales egoístas y de los políticos ambiciosos y corruptos de la época.

Estas calaveras -la mayoría de autores anónimos- consisten en versos jocosos, octosílabos, en general décimas o coplas (lo que hace imaginar que también se podían acompañar con música o que retoman la tradición medieval del cancionero), que aparecen al pie de ilustraciones de personajes descarnados, caricaturizados, pero que asumen los papeles que se critican, ya sean populares, de profesiones o de quienes están en el candelero político o social.

La tradición de las calaveras se arraigó en México por la celebración del día de muertos, junto con algunos otros fenómenos literarios, como la representación de Don Juan Tenorio, de José Zorrilla, que tuvo gran éxito a fines del siglo XIX, y cuyo montaje, incluso con variantes paródicas, se convirtió en una costumbre de esa temporada, pues su mensaje final concordaba con esa visión picaresca de la vida mexicana, que permite pecar desafortunadamente y arrepentirse en el último instante de la vida para lograr el perdón divino; cinismo que, por cierto, no perdonan las calaveras.

En éstas, el dibujo de una muerte chocarrera carga con los personajes más reputados de cada época, dibujados también como calaveras, ya sea con los rasgos del aludido o, como en las calaveras de azúcar, con letreros o pequeños epitafios que los identifican y hacen el recuento de sus defectos o sus venalidades -los pecados de la tradición medieval-, que los hacen merecedores de un lugar en este panteón popular. Como en la Edad Media, cuando la muerte cumplía una función 'democratizadora' de la justicia divina, las calaveras constituyen una "crítica social que deja profunda impresión en los ánimos, precisamente por salir de la desdentada boca de la muerte, la imparcial, la insobornable".

Desde luego, las calaveras también tienen un carácter fraterno y, así, se pueden dirigir a los amigos o a los personajes queridos, pero destacando en este caso sus virtudes, como en las calaveras de azúcar que se regalan a los niños o que se regalaban algunos enamorados:

*El que anda de enamorado
y a una mujer echa un reto
no se figura el menguado
que enamora a un esqueleto.*

Asimismo, la muerte se manifiesta en las calaveras como una presencia democrática que abate por igual a los tiranos, lo que nos recuerda la última etapa de la Edad Media en Europa, cuando ante las pestes y las enfermedades los poderosos no tenían ninguna defensa contra la muerte y sucumbían al igual que los pobres. Las Calaveras en montón son un ejemplo de esta visión de la muerte:

Es una verdad sincera lo que nos dice esta frase:

*que sólo el ser que no nace
no puede ser calavera.*

*Es calavera el inglés,
calavera, sí señor,
calavera fue el francés
y Fauré y Sadi Carnot.
El chino, el americano,
el papa y los cardenales,
reyes, duques, concejales
y el jefe de la nación
en la tumba son iguales:*

calaveras del montón

*Los ricos por su elegancia,
los rotitos con redrojos,
los pobres por su miseria,
los tontos por su ignorancia,
los jóvenes por su infancia,
los hombres de edad madura,
todos en la sepultura,
con las viejas, ¡qué ficción!,
serán, como dice el cura:
calaveras del montón.*

Sin embargo, ante los avances de la ciencia y la pérdida de efectividad de La Parca, la muerte se ha convertido para nosotros -el día de muertos- en una jornada de desfogue carnavalesco, donde los políticos, los poderosos, los corruptos y los arbitrarios son puestos en su lugar por esta quijotesca muerte -también dibujada por Posada-, desfaceadora de entuertos y protectora de los desvalidos y los huérfanos, quien en breves sentencias expresa los agravios y la condena inexorable. Empero, el antídoto contra este sublimado deseo de muerte está en la misma sentencia jocosa, pues como dice la sabiduría popular, "hierba mala nunca muere".

LA CELEBRACIÓN DEL DÍA DE MUERTOS

En los anales de la Iglesia católica, encontramos que en el año 835 se instituye la fiesta de Todos los Santos, para su celebración el día primero de noviembre, por el pontífice Gregorio IV. En cuanto a la celebración de los Fieles Difuntos, que se realiza al día siguiente de Todos Santos, en 1049, la iglesia católica, a través del benedictino San Odilón, Abad de Cluny, al sur de Francia, estableció el 2 de noviembre como el día para conmemorar a los fieles difuntos y como propósito conmemorar a las almas del purgatorio, pidiendo a los santos que intercedan por ellas, para que logren alcanzar la paz. La celebración consistía en misas, limosnas y oraciones, pues los vivos podrían ayudar a los muertos mediante plegarias. También se pide a las almas que están en el cielo intercedan por los vivos.

Según referencias de algunos cronistas de aquella época, uno de los monjes del monasterio escuchó gritos de rabia lanzados por los demonios antes de las oraciones de los religiosos mediante las cuales les eran arrancadas de las manos las almas de los difuntos que ellos atormentaban, por lo que enterado san Odilón, expidió un decreto en el que ordenaba a todos los monasterios de su jurisdicción, se estableciera el dos de noviembre la conmemoración de todos los fieles difuntos, rezándose el oficio de muertos o celebrándose misas de réquiem para todos aquellos que habrían muerto desde el principio del mundo.

LAS FIESTAS DE LA MUERTE EN EL MÉXICO PREHISPÁNICO

En México, las ceremonias rituales dedicadas a los muertos, como se señaló en el apartado correspondiente, se practican desde antes de la llegada de los españoles a tierras mesoamericanas, el culto data por lo menos desde 1800 antes de nuestra era. Dentro de la cosmogonía de las culturas del centro de México, se encontraban las fiestas para la celebración de los muertos. La muerte fue, para muchos de los pueblos mesoamericanos, de gran importancia dentro de su sistema de creencias. Al respecto algunas fuentes como Fray Durán, Torquemada, Sahagún y Krickeberg, señalan que en el calendario mexica, el cual constaba de 18 meses, los meses noveno y décimo denominados Tlaxochimaco y Xocolhuetzi respectivamente, estaban dedicados a la celebración del día de los muertos chiquitos, el primero y de los grandes, el último.

Jurado y Camacho en su tesis sobre el Xantolo, nos dicen que son 8 los meses en el calendario azteca los que estaban relacionados con festividades en honor a los muertos, estos meses eran el quinto, llamado Toxcatl; El

noveno llamado Tlaxochimaco o Miccailhuitzintli que así se denominaba entre los tlaxcaltecas y otros grupos; el décimo mes llamado Xocolhuetzin o según Torquemada, también recibía el nombre de Hueymiccaihuitl entre los tlaxcaltecas; el onceavo mes denominado Ochpaniztli; el siguiente llamado Teotleco; el treceavo mes recibía el nombre de Tepeilhuitl donde las fiestas estaban dedicadas a las personas ahogadas; Quecholli era el mes que se festejaba a los dioses del "infierno", en estas fiestas hay referencias de rituales sobre los sepulcros. Cabe mencionar que esta festividad coincide en fecha con la de Todos Santos y los Fieles Difuntos del calendario cristiano. Por último está el mes de Panquetzaliztli el cual coincidía con el solsticio de invierno.

De acuerdo a la leyenda de los soles y la creación del hombre, los seres humanos actuales fueron hechos con maíz y sangre de los dioses. Quetzalcóatl, dios celeste, bajó al Mictlán, inframundo habitado por el dios descarnado Mictlantecutli, para buscar los "huesos preciosos". Luego de molerlos, Quetzalcóatl se sangró junto con varios dioses; nació el hombre, por cuyos sacrificios vivirían las divinidades.

En el año de 1521, México fue conquistado por los españoles. La caída de Tenochtitlán, capital de los antiguos mexicanos, fue el símbolo del exterminio de las culturas indígenas. Nuevas ideas acerca de la muerte se implantaron. La ideología de los conquistadores, sustentada en el catolicismo, modificó ritos y cosmovisiones. La idea de una prolongación de la vida en el más allá se mantuvo, si bien es cierto que sustancialmente distinta. Las dos regiones a las que iban los muertos en la mitología mexicana, se sustituyeron por el cielo y el infierno, cambio que traería consigo una diferente valoración del concepto de la muerte. El destino del alma se determinó en atención al bien y al mal, al comportamiento de una ética cristiana basada en las buenas o en las malas acciones que se hubiesen realizado en vida. Un nuevo dios apareció que premiaba o castigaba.

De los ritos funerarios mexicanos, la cremación y el entierro, el último devino una ceremonia común, en tanto que la cremación fue prohibida, pues con ella se destruía al cuerpo, tan necesario en el futuro día del juicio final. Y el entierro, al mantenerse, dio lugar al hasta entonces desconocido concepto del cementerio, del ataúd, de la tumba acicalada, de epitafios, del catafalco y de los primarios entierros en los atrios de las iglesias. Con los españoles llegaron también las nuevas fechas para los rituales de la muerte —el primero y el dos de noviembre— que venían a sustituir a las dos fiestas indígenas dedicadas a los muertos: la Miccahitontli o Fiesta de los Muertecitos, celebrada el noveno mes del calendario nahua; y la Fiesta Grande de los Muertos, del décimo mes del año. Pero si bien es cierto que la nueva concepción se impuso, muchos de los ritos antiguos se mantuvieron, otros se amalgamaron a los hispanos y esta mezcla de elementos culturalmente distintos, dio origen a un nuevo culto, a una ceremonia mortuoria derivada del sincretismo.

FIESTA DE DÍA DE MUERTOS EN EL MÉXICO ACTUAL

El sincretismo entre costumbres españolas e indígenas dio origen a lo que actualmente constituye la Fiesta de Día de Muertos. En México, país multicultural y multiétnico, la celebración de muertos no tiene un carácter homogéneo, sino que adquiere diferentes modalidades según el pueblo indígena o grupo social que la realice. Las variantes rituales son muchas, sin embargo, todas ellas giran alrededor de ciertas prácticas comunes: la bienvenida y despedida de las ánimas, la colocación de ofrendas para los muertos, el arreglo de las tumbas, la velación en el cementerio y la celebración de oficios religiosos.

El primer altar en México se efectuó en la Hacienda de Clavería por Fray Sebastián Aparicio, bautizándolo con el nombre de "fieles difuntos" y para cristianizarla, colocó una cruz de veladoras encendidas y una cruz confeccionada con pétalos de cempaxúchitl. Así se acostumbra desde aquel tiempo y lo que se admira de las ofrendas desde entonces es su magnificencia, su misticismo y su arraigo mexicano de generación en generación.

Las ofrendas en la actualidad configuran un rito respetuoso que las familias mexicanas preparan para recordar a los que se han ido, y que según la creencia, regresan para gozar lo que en vida más disfrutaban. Por esta razón los altares reúnen un gran colorido que debe agradar al visitante del más allá: flores, velas, calaveras de azúcar, pan, platillos diversos, bebidas, cigarros, etc., según el agrado del difunto, y tampoco puede dejar de faltar los artículos personales que lo identifiquen, como podrían ser: un sombrero, una cartera o hasta un retrato.

En México la relación con la muerte va más allá de lo folclórico o lo religioso, en ella participan todos los sectores de la vida social del país: económico, político, social, cultural, religioso; tampoco se trata de un proceso estático que involucre ciertas tradiciones inamovibles sino que, por el contrario, se va transformando y adaptando,

El Día de Muertos es un rito ancestral que con el transcurso de los años no ha perdido su vigencia y trascendencia social, ya que conserva rasgos muy importantes de identidad y a diferencia de otras festividades ésta se celebra tanto en el ámbito urbano como en el rural, sin embargo, en ambas localidades cada una adquiere sus propios rasgos y fisonomía. Hoy en día las Ofrendas del Día de Muertos podrían clasificarse inicialmente en dos grandes grupos:

Las que se hacen en ámbitos rurales son expresión que va más ligada a presencias ancestrales montadas casi exclusivamente dentro de las viviendas y los cementerios. Sus representaciones en torno a los muertos han dado lugar a arquitecturas y gastronomías simbólicas y rituales expresados en una infinidad de obras musicales, plásticas, objetos artesanales y muestras de arte efímero, que manifiestan gran variedad de expresiones de acuerdo a las distintas zonas del país.

Por otro lado están las manifestaciones urbanas, que han ido transformando su imagen al vincularse más con las artes plásticas, escénicas y figurativas, respondiendo con ello a expresiones políticas y sociales. Las creaciones artísticas de músicos, pintores y poetas como Chava Flores, Guadalupe Posada, Octavio Paz y José Gorostiza, por citar algunos que han impulsado este imaginario que diferencia las celebraciones ciudadanas. Las cuales además de colocarse en los hogares y cementerios, usan otros espacios como plaza, edificios públicos y privados, mostrando elementos y conceptos innovadores que por el espacio disponible para éste diplomado deberán ser tratados en otra ocasión.

Ambas expresiones proceden del mismo proceso de mestizaje cultural, siendo en la actualidad, el resultado de las adecuaciones que cada una ha hecho de acuerdo con su ambiente y realidad cotidiana, sin embargo es importante señalar que a pesar de la vitalidad y plenitud con que esta festividad se realiza, la creciente especulación turística y comercialización tienden a vaciarla de su contenido espiritual, poniendo en riesgo su función social como elemento de cohesión e identidad.

El origen del Día de Muertos es la fiesta con que el mundo mesoamericano celebraba y señalaba el cambio estacional. Al final de la estación de lluvias se agradecía y retribuía a los dioses por el abastecimiento de agua y las cosechas recogidas. En esta fiesta se depositaban ofrendas a los dioses de la lluvia, la tierra, del maíz, y demás productos agrícolas por los sustentos recibidos. Así mismo se hacía un ritual propiciatorio para que los dioses del inframundo, ante el inminente inicio de la estación de secas emprendieran el reaprovisionamiento de las esencias vitales de la tierra a través de la aparente “muerte” de la naturaleza.

Este ritual propiciatorio permitía que los muertos que iban rumbo al Mictlán se pudieran reencontrar espiritualmente con sus deudos. Como es de suponerse este acontecimiento se vestía con una amplísima gama de símbolos que además de darle colorido, la impregnaban de una gran espiritualidad. En términos generales estos conceptos han desaparecido de la conciencia social, por ello es importante recapacitar sobre los signos, símbolos y significados que éstos tienen para revitalizar la espiritualidad de la fiesta.

Hay que señalar que en el mundo mesoamericano no existía el cementerio como se le concibe en la actualidad, lo habitual era que las personas fueran enterradas en el mismo terreno de su casa, a veces dentro de alguna de las habitaciones, o en los patios, o en los espacios exteriores que bordeaban a la misma, por lo que únicamente se hacía una ofrenda y ésta se instalaba como altares interiores en las viviendas. Fue a partir del siglo XVI con la imposición cristiana de enterrar a los muertos en Campo Santo -ubicados para esta etapa en los atrios de los conventos- que la ofrenda tuvo que dividirse en dos espacios, por un lado se conservó la ofrenda dentro de los hogares con la cual fundamentalmente se hacía el agradecimiento y retribución a los dioses y por otro la ofrenda sobre la tumba dirigida especialmente a la persona ahí enterrada, con el tiempo fue surgiendo la idea de marcar un sendero de pétalos de cempaxúchitl para señalar el camino de la tumba a la vivienda a la cual pertenecía el difunto ya que hogar y tumba habían dejado de ser espacios coincidente.

Hoy en día, el altar de muertos al interior de las viviendas aún conjunta la ofrenda de agradecimiento retributivo y la de convivencia con los familiares y amigos muertos, aunque ahora ésta última se ha impuesto sobre la primera, y no obstante que por tradición se continúe depositando algunos productos agrícolas como calabaza, maíz, chile y otros frutos, velas y copal, su colocación no implica necesariamente una retribución a la divinidad, es decir, la gente ya no considera a las temporadas de lluvias y secas como las verdaderas estaciones anuales, por lo tanto, esta ceremonia ha perdido su carácter de cambio estacional. El día de muertos se ha

convertido en un festejo conmemorativo que aún conserva una gran carga emotiva, espiritual, de convivencia con los parientes fallecidos, heredada de la tradición mesoamericana, pero matizada por concepciones cristianas y occidentales hacia la muerte, es decir, en este ritual se entremezclan costumbres y conceptos católicos e indígenas. La ofrenda se coloca en la creencia de que los muertos esa noche regresarán a sus casas a compartir con los vivos los alimentos y bebidas que han instalado en su honor, sin embargo la connotación de la ofrenda se acompaña de rezos y cantos sacros en clara alusión a las honras fúnebres católicas, denotando así el mestizaje cultural que caracteriza a todas estas expresiones culturales en México,

La noche de “Todos los Santos” – que es la noche entre el treinta y uno de octubre y el primero de noviembre – se convive con los niños fallecidos, esta noche se la conoce como la fiesta menor, los adultos y ancianos son recordados en la noche de los “Fieles Difuntos” que es la noche entre el primero y el dos de Noviembre – y por consiguiente a esta noche se le conoce como la “fiesta mayor”, ese día al anochecer la gente se dirige al cementerio llevando canastas con alimentos, bebidas, muchas velas, grandes ramos de flores, y cargan complejas estructuras hechas con carrizos o varas de madera profusamente adornadas con flores de cempaxúchitl, y que son colocadas alrededor de la tumba para iniciar la noche de vigilia donde se entremezclan rezos, cantos y bailes en ocasiones, así como narraciones de anécdotas vividas.

EL ALTAR DE MUERTOS

El altar de muertos es un elemento fundamental en la celebración del Día de Muertos. Los deudos tienen la creencia de que el espíritu de sus difuntos regresa del mundo de los muertos para convivir con la familia ese día, y así consolarlos y confortarlos por la pérdida.

El altar, como elemento tangible de tal sincretismo, se conforma de la siguiente manera. Se coloca en una habitación, sobre una mesa o repisa cuyos niveles representan los estratos de la existencia. Los más comunes son los altares de dos niveles, que representan el cielo y la tierra; en cambio, los altares de tres niveles añaden a esta visión el concepto del purgatorio. A su vez, en un altar de siete niveles se simbolizan los pasos necesarios para llegar al cielo y así poder descansar en paz. Este es considerado como el altar tradicional por excelencia. En su elaboración se deben considerar ciertos elementos básicos. Cada uno de los escalones se forra en tela negra y blanca y tienen un significado distinto.

En el primer escalón va colocada la imagen de un santo del cual se sea devoto. El segundo se destina a las ánimas del purgatorio; es útil porque por medio de él el alma del difunto obtiene el permiso para salir de ese lugar en caso de encontrarse ahí. En el tercer escalón se coloca la sal, que simboliza la purificación del espíritu para los niños del purgatorio. En el cuarto, el personaje principal es otro elemento central de la festividad del Día de Muertos: el pan, que se ofrece como alimento a las ánimas que por ahí transitan. En el quinto se coloca el alimento y las frutas preferidas del difunto. En el sexto escalón se ponen las fotografías de las personas ya fallecidas y a las cuales se recuerda por medio del altar. Por último, en el séptimo escalón se coloca una cruz formada por semillas o frutas, como el tejocote y la lima

LAS OFRENDAS Y SU SIGNIFICADO

Las ofrendas deben contener una serie de elementos y símbolos que inviten al espíritu a viajar desde el mundo de los muertos para que conviva ese día con sus deudos.

Entre los elementos más representativos del altar se hallan los siguientes:

Imagen del difunto. Dicha imagen honra la parte más alta del altar. Se coloca de espaldas, y frente a ella se pone un espejo para que el difunto solo pueda ver el reflejo de sus deudos, y estos vean a su vez únicamente el del difunto.

La cruz. Utilizada en todos los altares, es un símbolo introducido por los evangelizadores españoles con el fin de incorporar el catecismo a una tradición tan arraigada entre los indígenas como la veneración de los muertos. La cruz va en la parte superior del altar, a un lado de la imagen del difunto, y puede ser de sal o de ceniza.

Imagen de las ánimas del purgatorio. Esta se coloca para que, en caso de que el espíritu del muerto se encuentre en el purgatorio, se facilite su salida. Según la religión católica, los que mueren habiendo cometido pecados veniales sin confesarse deben de expiar sus culpas en el purgatorio.

Copal e incienso. El copal es un elemento prehispánico que limpia y purifica las energías de un lugar y las de quien lo utiliza; el incienso santifica el ambiente.

Arco. El arco se coloca en la cúspide del altar y simboliza la entrada al mundo de los muertos. Se le adorna con limonarias y flor de cempasúchil.

Papel picado. Es considerado como una representación de la alegría festiva del Día de Muertos y del viento.

Velas, veladoras y cirios. Todos estos elementos se consideran como una luz que guía en este mundo. Son, por tradición, de color morado y blanco, ya que significan duelo y pureza, respectivamente. Los cirios pueden ser colocados según los puntos cardinales, y las veladoras se extienden a modo de sendero para llegar al altar.

Agua. El agua tiene gran importancia ya que, entre otros significados, refleja la pureza del alma, el cielo continuo de la regeneración de la vida y de las siembras; además, un vaso de agua sirve para que el espíritu mitigue su sed después del viaje desde el mundo de los muertos. También se puede colocar junto a ella un jabón, una toalla y un espejo para el aseo de los muertos

Flores. Son el ornato usual en los altares y en el sepulcro. La flor de cempasúchil es la flor que, por su aroma, sirve de guía a los espíritus en este mundo.

Calaveras. Las calaveras son distribuidas en todo el altar y pueden ser de azúcar, barro o yeso, con adornos de colores; se les considera una alusión a la muerte y recuerdan que esta siempre se encuentra presente.

Comida. El alimento tradicional o el que era del agrado de los fallecidos se pone para que el alma visitada lo disfrute.

Pan. El pan es una representación de la eucaristía, y fue agregado por los evangelizadores españoles. Puede ser en forma de muertito de Pátzcuaro o de domo redondo, adornado con formas de huesos en alusión a la cruz, espolvoreado con azúcar y hecho con anís.

Bebidas alcohólicas. Son bebidas del gusto del difunto denominados “trago” Generalmente son “caballitos” de tequila, pulque o mezcal.

Objetos personales. Se colocan igualmente artículos pertenecientes en vida a los difuntos, con la finalidad de que el espíritu pueda recordar los momentos de su vida. En caso de los niños, se emplean sus juguetes preferidos

LA MUERTE ¿UN SÍMBOLO NACIONAL?

“La historia de la muerte en México requiere que se vaya más allá de la historia social y cultural de la muerte y la agonía, para abarcar la utilización política y cultural de la muerte y los muertos que se hace en la figuración misma de tiempos nacionales”(Claudio Lomitz.).

“El pueblo mexicano tiene dos obsesiones: el gusto por la muerte y el amor a las flores. Antes de que nosotros "habláramos castilla" hubo un día del mes consagrado a la muerte; había extraña guerra que llamaron florida y en sangre los altares chorreaban buena suerte." (Carlos Pellicer).

En su introducción a la obra de José Guadalupe Posada, el crítico de arte Luis Cardoza y Aragón recordaba que, en México, las calaveras y esqueletos que Posada utilizaba con propósitos satíricos también tenían connotaciones festivas y que la imagen del esqueleto es tan omnipresente en la cultura popular mexicana que merece se le reconozca como “El Tótem de México”.

Esta idea fue propuesta por primera vez por el poeta surrealista español, Juan Larrea en el decenio de 1940. (Un Tótem es un símbolo tutelar que representa el antepasado atávico de los mexicanos como la forma primordial de identificación que antecedió a las instituciones formales estatales y religiosas). Desde los años 1920 intelectuales, artistas y escritores han utilizado el símbolo de la muerte como una apología del mexicano y de lo mexicano.

El uso de la familiaridad con la muerte como Tótem nacional pertenece a la gran oleada de reconstrucción histórica y nacionalismo en México, oleada que generalmente se asocia con la Revolución Mexicana (1910-1920). Al igual que los anteriores Tótems nacionales de la Virgen de Guadalupe y la de Benito Juárez, la peculiar relación de México con la muerte fue sometida más tarde a múltiples apropiaciones y rechazos.

En su calidad de símbolos nacionales, los tres grandes Tótems de la historia nacional mexicana corresponden a tres versiones diferentes del contrato social, en el primer caso, se representaba a México como surgido de la relación de lealtad y filiación con la Virgen Morena, la nación mexicana era su comunidad particular de devotos; y el pacto que mantenía unida a la nación era su devoción mariana. En el caso del Tótem Juárez, la nación mexicana nació, una vez más, después de una prolongada batalla con sus enemigos internos y externos, en un pacto social entre ciudadanos comprometidos con el imperio de la ley y la razón.

En cuanto al Tótem nacional, la Muerte surgió como una secuela de la Revolución Mexicana. La revolución fue un baño de sangre, un retorno a la tradición de revoluciones y ejecuciones sumarias que se suponía había superado el dictador progresista Porfirio Díaz. La prensa extranjera utilizó el carácter supuestamente atávico de la revolución en las descripciones que hizo de la violencia “mexicana” como un defecto nacional e innato proveniente directamente de los aztecas.

No obstante una generación de intelectuales revolucionarios hizo suyas precisamente esas imágenes --del sacrificio azteca, la hilera de calaveras azteca y la vida y la muerte como pareja caprichosa-- y encontró en ellas, y en su elaboración ritual durante “los días de muertos”, una fuente de orgullo y un proyecto para la revolución modernista de México. Para los artistas del decenio de 1920, la violencia simbólica de la intimidad de México con la muerte fue antitética de la violencia del colonialismo, el imperialismo y la explotación capitalista. Por otra parte, el embellecimiento popular de la muerte, con sus resonancias tanto de la tradición azteca, como de la católica, parecía ser una personificación perfecta de la fórmula de la hibridación cultural, el mestizaje, que constituía el corazón de la revolución cultural de México.

Tanto fue así, que esa línea de pensamiento fue llevada a la práctica por Diego Rivera en sus murales de 1923-1924 para la Secretaría de Educación. Incluyó una sección conocida como “El Patio de las Fiestas”, en la que dos retablos están dedicados a los “días de muertos”: uno, al rito indígena y el otro, a la fiesta urbana. El primero de ellos muestra a unos indios que celebran una conmemoración telúrica y solemne, mientras que el segundo es quizá la imagen clave de la nacionalización revolucionaria de los “días de muertos”: en él vemos una bulliciosa fiesta popular en el que las multitudes se reúnen en una explosión de licor, comida, comercio, coqueteos y especulación. Sobre la multitud se incluye el propio Rivera, preside una banda musical de esqueletos, cada uno vestido con las ropas de una clase social: las figuras más grandes son un campesino, un

soldado revolucionario y un obrero; tras ellos hay un sacerdote, un soldado, un estudiante y un capitalista. El revolucionario del centro se parece marcadamente a Emiliano Zapata, mientras que el soldado de atrás a Victoriano Huerta. En resumen, la sociedad se reúne y celebra con la música de sus muertos, cuyas diferencias han sido no sólo eternizadas sino también armonizadas con la muerte.

Con todo, las imágenes de Diego Rivera significan más que la posibilidad de la reconciliación nacional en la muerte: para él y para muchos otros intelectuales y artistas de su época, los “días de muertos” y, más ampliamente, las actitudes de los mexicanos hacia la muerte parecen ser un ejemplar perfecto de la fusión cultural que ellos consideraban como la fuente misma de la nacionalidad mexicana.

Quizá la novedad de la interpretación se deba, al menos en parte, al hecho de que fue precisamente en esa época cuando la escultura azteca adquirió por primera vez su categoría de arte clásico entre los artistas e intelectuales mexicanos y extranjeros.

La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia del morir, sino la del vivir. Nuestras canciones, refranes, fiestas y reflexiones populares manifiestan de una manera inequívoca que la muerte no nos asusta porque "la vida nos ha curado de espantos" o "la vida no vale nada". Morir es natural y hasta deseable; cuanto más pronto, mejor. Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida. Matamos porque la vida, la nuestra y la ajena, carece de valor. Y es natural que así ocurra: vida y muerte son inseparables y cada vez que la primera pierde significación, la segunda se vuelve intrascendente. La muerte mexicana es el espejo de la vida de los mexicanos. Ante ambas el mexicano se cierra, las ignora. (Octavio paz; el laberinto de la soledad)

Tomado del libro de Claudio Lomitz (La Idea de la Muerte en México).

EL CULTO A LA SANTA MUERTE: UN ESTUDIO DESCRIPTIVO

Araujo Peña, Sandra Alejandra, Barbosa Ramírez Marisela, Galván Falcón Susana, García Ortiz Aurea y Uribe Ordaz Carlos. (Universidad de Londres)

RESUMEN

Mucho Se ha hablado sobre esta imagen, en la presente investigación de campo trataremos de hacer un recorrido desde los inicios de culto, se cree que la santa muerte nació en la era prehispánica, hay creencias donde era llamado el dios de la muerte o el dios descarnado, se le adoraba en días dedicados a ella dándole ofrendas sacrificando desde animales hasta personas pensando que con esto iban a poder descansar en paz. Pero en estos tiempos la muerte es considerada como una santa, dando ofrendas como cigarros, veladoras, puros, entre otros, se le viste con una guadaña en una mano, por que se cree que el alma tiene una unión con el cuerpo que es un hilo de plata entonces la muerte corta ese hilo con su guadaña, o con un mundo para representar su reinado, o con una calavera para representar a la muerte. Se le viste de diferentes colores depende de lo que se le pide por ejemplo amarillo para el dinero, azul para la salud los estudios y la verdad, blanco para el bien la lealtad entre otros, negros para la brujería negra y para el mal, en conclusión encontramos que entre los mismos creyentes no hay coherencia en este tema ya que se contradicen, además de que se encontró que el crecimiento del culto se dio más durante las epidemias de viruela y la llamada muerte negra a mediados del siglo XIX. Aproximadamente de cinco años atrás hasta el día de hoy el culto a la “santa Muerte” parece ir aumentando, ya que en nuestras entrevistas de campo que hemos realizado se ve que la gente se deja llevar más la sugestión o lo que le cumpla sus mandas, ya que la religión a perdido su credibilidad y la gente debe de creer en algo que resuelva sus demandas y la santa muerte lo resuelve en el aspecto de que ella está presente y que de la muerte nadie se salva, ya que es notorio que al nombrar este culto.

INTRODUCCION

Un culto es un conjunto de actos que se atribuyen como veneración profunda y que van ligadas con la cultura. (Rojas, María de las Nieves, 1998)

Para sus devotos, la señora, como la llaman afectuosamente, es capaz de aparecerse y manifestarse corporalmente o imprimir sus imágenes en diversos lugares, en libros y revistas en los que se promueve su culto, narran las intervenciones milagrosas que han vivido, en las que la santa muerte los ha librado de múltiples peligros y les ha ayudado a resolver problemas complicados.

¿Qué decir al respecto? Es un culto más que en este caso se manifiesta dando características humanas y divinas a un fenómeno tan natural como la muerte, que no es ni una persona ni siquiera una cosa o fuerza. Podríamos definirla simplemente como el término de la vida. En diferentes culturas ha tenido muchos nombres, siempre está presente.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Algunos pueblos de Meso América tenían la costumbre de adorar bultos hechos con objetos sagrados colocados en altares familiares, en los que se guardaban los restos óseos de antepasados, los consagraban igual que a las representaciones de sus deidades y les prodigaban cultos familiares, cita el etnólogo Jesús Chamorro Cortés en el libro “Los orígenes del culto en México”(1998).

Desde sus inicios, la cultura mexicana ha mantenido una relación cercana y hasta reverente hacia la muerte, relación que con el tiempo se convirtió en un culto que llegó a extenderse por muchos rincones y civilizaciones del México antiguo, entre ellos la de los mexicas.

El culto a la muerte existe en México desde hace más de tres mil años. los antiguos pobladores de lo que hoy es la república mexicana concebían a la muerte como algo necesario y que le ocurre a todos los seres en la naturaleza. Tenían por seguro que los ciclos en la naturaleza como la noche y el día, la época de secas y lluvias eran el equivalente a la vida y la muerte.

Comenzaron a representar a la vida y la muerte en figuras humanas descarnadas por la mitad. Estas imágenes simbolizaron la dualidad entre lo vivo y lo muerto, lo que llevamos dentro y fuera, la luna y el sol. Podemos decir que es entonces cuando comienza un culto a la muerte que se extiende por todos los rincones del México antiguo y son devotos muchísimas culturas como los mayas, zapotecos, mixtecos, totonacas y otras más.

Pero uno de los pueblos dónde el culto a la muerte adquirió más fuerza fue el de los mexicas o aztecas. Este pueblo considerado como uno de los más aguerridos de que se tenga noticia llevó a los extremos la devoción a la muerte.

LAS DEIDADES DE LA MUERTE

Hay muchos indicios que nos dicen que hubo un culto muy fuerte a la muerte entre los antiguos mexicanos así como de los mayas, los tarascos o los totonacos que tan devotos fueron de la muerte. Conocidos también como aztecas, los mexicas mantenían como parte de sus creencias al culto de dos dioses, Mictlantecuhтли y Mictecacihuatl, "señor " y "señora" de la oscuridad y la muerte, a quienes no sólo se les encomendaba los difuntos, sino que también se les invocaba para conseguir otros favores relacionados con la muerte.

Mictlantecuhтли y mictecacihuatl fueron sin lugar a dudas las deidades a quienes se encomendaban a los muertos pero también eran invocados por todo aquel que deseaba el poder de la muerte. Su templo se encontraba en el centro ceremonial de la antigua ciudad de México Tenochtitlan, su nombre era Tlalxico que significa "ombiligo de la tierra", hileras de cráneos.

La colonización española logró disminuir el culto a la muerte, pero no erradicarlo, de manera que permaneció oculto hasta el siglo XIX, cuando ocurrió un resurgimiento en su devoción. Al principio del ciclo pasado diferentes personas, entre ellas católicas, mandaron a quemar toda imagen de la Santa Muerte en América, principalmente Centro y Sudamérica, para acabar con dicho culto. Una de las imágenes que sobrevivió a dicha destrucción es la que se encuentra en Chiapas, le rinden culto a un esqueleto de madera el cual tiene su templo, según el relato de los creyentes es una réplica del esqueleto de San Pascualito, quien va por las personas después de morir.

El culto contemporáneo a la Santa Muerte apareció en Hidalgo, en 1965. Y está arraigado en el estado de México, Guerrero, Veracruz, Tamaulipas, Campeche, Morelos y el Distrito Federal. Últimamente en Nuevo León, Chihuahua y Tamaulipas. La Santa en México ha tomado vuelo y se encumbra a las alturas de la Virgen sagrada de Guadalupe.

LA 'SANTA MUERTE', IMAGEN ADORADA EN MÉXICO

Son muchas las representaciones que existen de la muerte, así como nombres que tenido a lo largo de la historia, ya que muchas culturas la han adorado; en la actualidad es la imagen esquelética vestida con una túnica la imagen que la representa, se puede encontrar de diferentes colores cada uno simboliza algo en particular.

Dependiendo de la petición del fiel, es el color de la muerte que se debe de escoger para colocar en el altar: Blanca, salud; negra, fuerza y poder; morada, para abrir caminos; café, para embocar espíritus del más allá; verde, para mantener unidos a los seres queridos; roja, para el amor y la amarilla, para la buena suerte.

Se dice que su día oficial es el 15 de agosto, declarado como "Día de la Santa Muerte" por sus fieles.

Aunque la Iglesia Católica condena esta veneración, denominándola como "pecaminosa", algunos asocian esta práctica con la Iglesia. Mientras tanto a la mayoría de sus seguidores parece no importarles la contradicción entre su religión y el culto pagano a "La Santa".

Por ello, se organizan rituales similares a los cristianos, incluyendo procesiones y oraciones con el fin de ganar su favor. Muchos hasta llegan a erigir su propio altar en su hogar, oficina o negocio para sentirse protegidos por ella. El altar suele consistir de una estatuilla cuyas medidas va de 15 centímetros a tamaño humano, rodeada de distintas ofrendas, entre las cuales se encuentran arreglos florales, frutas, inciensos, vinos, monedas, dulces y golosinas, además de velas, cuyo color varía de acuerdo a la petición.

La gente acude a ella para pedirle milagros o favores relacionados con el amor, la salud o el trabajo. Por otro lado, también se le pide por fines malévolos, tales como la venganza y la muerte de otros. Sus simpatizantes

suelen identificarse al portar algún dije o escapulario de su imagen, mientras que otros optan por llevar su figura de manera indeleble, al tatuársela en la piel. Como elementos indispensables se exigen los puros, los cuales deben estar constantemente encendidos, y el imprescindible pedazo de pan. El escritor y poeta mexicano Homero Aridjis, autor del libro "La Santa Muerte", ha seguido y ha documentado este fenómeno desde muy cerca.

Inicialmente su devoción era exclusiva de criminales, incluyendo contrabandistas, pandilleros, ladrones y prostitutas, quienes suelen hacerle peticiones, tales como el librarles de las balas de la policía o de cualquier otro mal, como por ejemplo, la cárcel.

Contradictoriamente, es fácil encontrar devotos del otro lado de la ley, entre ellos militares y policías, quienes piden una bendición para su pistola y sus balas. Incluso, la devoción a "La Flaca" se ha convertido en algo popular dentro de la elite política y empresarial. Aquellos que acuden a su altar la veneran como si fuese una santa, persignándose y rezándole para que se cumplan sus peticiones.

El apego a esta creencia (Entendemos como superstición a la creencia que tiene fundamento en causas sobrenaturales o desconocidas). Se ha extendido al territorio estadounidense con la inmigración de varios de sus discípulos, quienes afirman haber entregado su travesía a su "santa", llevando entre sus ropas imágenes de ella para mantener su continua protección. Debido a la creencia de que prefiere no ser llamada por su nombre, se dice que la muerte agradece si es nombrada con cariño con el uso de alguno de sus apodos favoritos, tales como "La Comadre", "La Bonita", "La Flaca", "la Señora" o "La Niña".

La Santa Muerte es adorada y su rito ha sido prohibido y criticado por la Iglesia Católica, una escultura de un cuerpo esquelético envuelto en una túnica; recibe ofrendas como puros, alhajas y hasta vestidos de novia de quienes la invocan para conseguir marido. El misticismo es una doctrina filosófica y religiosa que admite la realidad de una comunicación directa y personal con Dios por intuición o éxtasis. Hoy la veneración a esta deidad se extiende por varias regiones del territorio mexicano, siendo narcotraficantes y otros delincuentes sus más fervientes creyentes. Los fieles creyentes de la Santa Muerte están en descontento. El gobierno mexicano canceló el registro al grupo religioso bajo el argumento de que violó sus propios estatutos.

"Al haber registrado un objeto de culto y dedicarse a otro, se afecta gravemente el objeto de la asociación religiosa y se les retira el registro en garantía de las personas que profesan esta confesión", argumentó Armando Salinas Torre, subsecretario de Población, Migración y Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación.(Barranco, Bernardo,2005)

A pesar de que la Iglesia de Roma siempre ha repudiado esta práctica, que antecede al conquistador español Hernán Cortés, está integrada por 15 parroquias en Los Ángeles, California, y una en México. El culto pagano a la Santa Muerte, que recientemente ha cobrado popularidad, cuenta con dos millones de creyentes en México y es venerada en el barrio de Tepito, en el centro de la capital mexicana.

LOS SIGNIFICADOS SIMBÓLICOS

La ropa que viste la Santa Muerte tiene un significado especial. En primer lugar está su túnica que la cubre de la cabeza a los pies. Su simbolismo es sencillo pero profundo. Es la forma en que ocultamos nuestra verdadera apariencia tras otra. Así como la tela cubre al esqueleto que representa a la Señora, así nosotros ocultamos con nuestra carne el interior, aquello que nos delata como humanos y que tratamos por todos los medios de disfrazar.

Con ropaje elegantemente decorado y del tamaño de una persona, la imagen de la Santa Niña Blanca muestra su guadaña mientras sostiene al mundo sobre la palma de la mano izquierda, en una vitrina colocada en la entrada de la Parroquia de la Misericordia, ubicada en la Colonia Morelos.

Pensemos que una cara bella lo es por la piel y el color de la misma. Pero si escurbamos hallaremos la calavera que en poco se distingue de la que trae nuestro vecino, nuestro compañero del trabajo, nuestro mejor amigo o nuestro más odiado enemigo. De allí que la túnica de la Santísima sea la cubierta, el disfraz con que la Santísima oculta el destino que todos llevamos en nuestro cuerpo. En la mayoría de las representaciones la túnica de la Señora es blanca.

La Guadaña. Este instrumento de labranza representa la justicia implacable, no de ella si no del ser supremo que gobierna y rige la vida de todos, es la naturaleza misma que nos impone morir un día para cumplir con el ciclo iniciado al nacer. Todo cae finalmente bajo la guadaña de su muerte. y su vez esa hoz larga y siniestra, nos indica que en el camino de la muerte no hay distinciones. Es signo de equidad y armonía.

El Mundo. Su significado es muy claro, la señora no tiene fronteras está en todo lugar y no distingue entre los diferentes hombres que habitan La tierra, pues toda esta es suya.

La Balanza. Este instrumento es una clara alusión a la equidad, la Justicia y la imparcialidad. También representa la voluntad divina. Normalmente la balanza se usa para realizar un trabajo o para indagar la verdad sobre un suceso.

El reloj de arena. Es la medida de tu vida sobre la tierra, es un reloj de arena porque basta con girarlo para volver a comenzar. Esto es muy importante ya que tu vida, como la de todos, es cíclica la muerte es solo un cambio, algo semejante a voltear el reloj y comenzar de nuevo.

EL ESTUDIO DE LA SANTA MUERTE

El culto a la Santa Muerte ya es un fenómeno social que espera ser estudiado a profundidad. La creciente devoción se ha nutrido de un vastísimo sincretismo religioso mexicano que entreteje las raíces prehispánicas con el catolicismo barroco español y trazos de santería.

La identidad de la Santa Muerte es heterogénea y ambigua porque esta deidad refleja y es expresión de sectores excluidos por la sociedad como es el mundo de la economía informal. Particularmente en los últimos 15 años se ha generado una multiplicación de centros de veneración, casas y templos improvisados y, sobre todo, alto consumo de artículos relacionados con imágenes, fetiches y representaciones que se venden en mercados populares, como el de Sonora en la ciudad de México, y en tianguis. Ahí se pueden comprar yerbas, veladoras y artículos religiosos para combatir el "mal de ojo" y brujerías inimaginables.

La devoción a la Santísima Muerte aparece en el comercio popular junto con las imágenes de los santos tradicionales, se manifiesta como una advocación contendiente y alternativa al catolicismo popular. A través de un sincretismo religioso funde antiguos cultos mesoamericanos a la muerte con chamanismos y oraciones y rezos para pedir favores.

El retiro del registro como asociación religiosa a la Iglesia Católica Tradicional México-Estados Unidos, Misioneros del Sagrado Corazón y San Felipe de Jesús volvió a colocar en el centro del debate el tema de la Santa Muerte. Según la Subsecretaría de Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación dicha asociación cambió su objeto religioso de catolicismo tradicional con culto tridentino por la advocación a la Santa Muerte, violando el artículo 29 de la ley de asociaciones religiosas.

La base social del culto está integrada por personas de escasos recursos, excluidas de los mercados formales de la economía, de la seguridad social, del sistema jurídico y del acceso a la educación, además de un amplio sector social urbano y semirural empobrecido. Hay que destacar que parte importante del mercado religioso de la Santa Muerte está constituida por los ambulantes, sobre todo del Centro Histórico de la ciudad de México, así como por los circuitos del narcomenudeo, redes de prostitución, maleantes y carteristas.

Homero Aridjis destaca a propósito de su novela La Santa Muerte, que en ella se evidencian los dos México que concurren ante el fenómeno: "El de la gente que pide favores o milagros para tener trabajo, salud o comida, y el de los hombres del poder económico, político o criminal, quienes curiosamente le solicitan venganzas o muertes".

Existe, pues, una plurifuncionalidad religiosa. Los actores que viven al margen de la ley se han posesionado de la dimensión simbólica de la deidad: no se trata solamente de la devoción popular de sectores socialmente marginados de la sociedad, sino de actores emergentes de la exclusión social. Muchos investigadores tienen la percepción de que la devoción por la Santa Muerte sustenta religiosamente a aquellos sectores delictuosos dominantes que actúan al margen de la ley, creando códigos propios de organización y de poder simbólico que los legitima en ciertos sectores de la sociedad.

Narcotraficantes, ambulantes, taxistas, vendedores de productos pirata, niños de la calle, prostitutas, carteristas y bandas delictivas tienen una característica común: no son muy religiosos, pero tampoco ateos; sin embargo, abonan la superstición y la chamanería. Crean y recrean sus propias particularidades religiosas con códigos y símbolos que nutren su existencia, identidad y prácticas. Así como los narcos han tenido cultos particulares, como Valverde, muchos otros grupos delictivos, como la Mara Salvatrucha, se han refugiado en la Santa Muerte, imagen que los representa y protege porque es una deidad funcional, acorde con sus actividades, ya que violencia, vida y muerte están estrechamente unidas.

El factor religioso es, entre otras, expresión de la vida cotidiana. Las creencias reflejan de manera nítida las diferentes expresiones culturales, políticas y la organización social vivida o deseada. El culto creciente por la Santa Muerte manifiesta el tipo de país bipolar que hemos venido construyendo; la Santa Muerte revela, asimismo, prácticas sociales subterráneas que existen muy a pesar de lo que Pablo González Casanova denominó en los años 60 "las buenas costumbres", es decir, la moral católica occidental predominante.

LOS FIELES

En la región del norte del país el culto a la Santa Muerte está acompañado con la veneración a Jesús Malverde, el "Santo de los Narcos", cuyas imágenes aparecen continuamente en los domicilios que catean las autoridades cuando detiene a grupos por tráfico de drogas.

En los mercados populares de México, donde se pueden comprar yerbas, veladoras y artículos religiosos para combatir el "mal del ojo" y todo tipo de "brujerías", la Santísima Muerte aparece junto con las imágenes de los santos tradicionales del catolicismo.

Se pueden encontrar oraciones y rezos para pedirle favores, fundiéndose en su sincretismo religioso con el catolicismo. Todo lo anterior provocó que la Iglesia católica de México saliera a condenar el culto a la Santísima Muerte.

En su publicación oficial "Desde la Fe", la Iglesia rechazó que forme parte de los santos de esa religión y advirtió a sus feligreses contra ese culto.

"Los narcotraficantes siempre han sido muy religiosos, no son individuos ateos. Al contrario son muy supersticiosos", aseguró José María Infante, doctor en psicología y director de Investigación en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Nuevo León. Infante agregó que "los narcos" siempre han tenido cultos muy particulares y encontraron en la Santa Muerte una imagen que los represente.

"Es una figura que está muy acorde a sus actividades donde la vida y la muerte están estrechamente unidas", precisó José María Infante. Comentó que los narcotraficantes son conscientes que en esa actividad en cualquier momento pueden morir, para ellos la vida y la muerte es una experiencia cotidiana, porque saben que a veces tienen que matar o ser asesinados.

EVIDENCIA DE CRIMEN ORGANIZADO

Este culto se ha convertido en evidencia de que una persona puede estar relacionada con el crimen organizado, aseguró el psicólogo. Destacó que los narcotraficantes también pretenden en la Santísima Muerte una solución mágica a sus problemas.

Buscan una protección por una imagen que los debe proteger precisamente de la muerte, a la que están expuestos todos los días. Con el culto a la Santa Muerte pretenden también evitar un castigo absoluto después de perder la vida.

La amplia difusión de la veneración a la muerte en la frontera norte de México demuestra que el narcotráfico ha dejado de ser un problema policiaco, ya que pasó a ser toda una forma de vida. En la frontera la pelea contra el narcotráfico está perdida, porque ya nos son pequeños grupos que se dedican a esta actividad, a los cuales se les podía eliminar o controlar, añadió.

Ahora es una cultura en donde salen como punta del iceberg los "narco corridos" (canciones rancheras que cuentan las "hazañas" de delincuentes) y también el culto a la Santísima Muerte.

A mediados de 2004, en la carretera fronteriza Anáhuac-Nuevo Laredo, Tamaulipas, fue incendiada y semidestruida una pequeña capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe. Mientras que en la carretera Anáhuac-Lampazos, una ruta muy utilizada por los narcos, fue construida una capilla en donde sobresale una figura de casi un metro de altura de la "Santísima Muerte".

La capilla tiene además una fotografía de Jesús Malverde, "el Santo de los Narcos", una imagen de Pancho Villa y como ofrenda cigarros de marihuana.

Francisco Javier Cantú Romero, vocero de la Procuraduría General de la República (PGR) en Nuevo León, informó que en 2004 fueron capturados diversos narcotraficantes que tenían altares a la Santísima Muerte. A finales de diciembre pasado la policía detuvo al líder de la banda dedicada al narcotráfico conocida como "Los norteños", José Gil Caro Quintero, y cuatro de sus cómplices en Guadalajara (Jalisco, oeste de México). "Los norteños" fueron identificados por las autoridades policiales como una banda dedicada al tráfico de drogas en Jalisco, Morelos y Veracruz. A estos delincuentes les fueron incautadas armas de fuego, entre ellas una pistola calibre 38, de oro, con pedrería y con la figura de la Santa Muerte. "

EL CRECIMIENTO DEL CULTO

Se atribuye el crecimiento del culto a que "la gente no está preparada para morir y está buscando aliados para que los cuide en ese último trance". Las personas de la delincuencia organizada no se acercan a la Iglesia ni a otras instituciones que tengan que ver con un carácter político legalizado, aunque cabe mencionar que este culto se ha tratado de legalizar mediante la obtención de licencias en Gobernación y Hacienda.

La iglesia Católica ha tenido una importante caída en las preferencias de los acapulqueños: Mientras en la década de los años 90 al menos el 90 por ciento de la población profesaba dicha religión, en el 2000 solamente 74.67 por ciento se decía ser católico, según datos del INEGI, en tanto que el número de sectas y cultos no católicos han ido en aumento.

En ese contexto, en los últimos años el culto a la Santa Muerte ha ido en ascenso, el número de seguidores de esta creencia ha aumentado considerablemente.

Los irredentos devotos de la Santa muerte del Reclusorio

La Santa Muerte tiene muchos fieles entre los presos. En el Reclusorio Norte, el de mayor población del Distrito Federal, los reclusos jóvenes la han elegido como "madrina" protectora por encontrarse en un lugar "lleno de pecados", desesperanza y riesgos. La imagen, para muchos espantosa, paulatinamente sustituye a la popular Virgen de Guadalupe.

Los muros del Reclusorio Norte niegan la libertad de 8 mil 300 hombres, en su mayoría menores de 30 años. Ellos no pueden salir. Con restricciones, sí se puede entrar, y sin pasar aduana alguna, lo hizo la Santa Muerte.

El señor Fernando de Nova Luján que es celador del Reclusorio Norte desde hace 22 años constató cómo desde hace 15 años, tímidamente, se pintaba la imagen de la muerte en la pared de alguna celda. Pero desde hace tres años se dio "un auge terrible con los altares; la mayoría ya la tiene tatuada y es una devoción igual o más grande que la Guadalupana", platica alarmado.

El celador, considera que este auge va ligado al incremento de la violencia, sobre todo entre los jóvenes: "Cada vez es más peor, y lo que pasa afuera pasa adentro. Por eso aquí la utilizan para protección".

La directora del reclusorio, Marcela Briseño López, tiene 20 años de experiencia en trabajo carcelario. Ella ha respetado las diversas creencias religiosas de los internos y considera que los reclusos recurren a dos figuras femeninas, la Virgen de Guadalupe y la Santa Muerte, "porque es una forma de hacerse compañía de la figura materna: aquí se sienten desvalidos".

Los altares a la Santa Muerte se multiplican en las celdas del reclusorio, sobre todo en los del llamado dormitorio seis, que parece un muladar. Ahí están reclusos, según diversas opiniones carcelarias, los más jóvenes, peleoneros, desmadrozos y cochinos. Hay 550 corrigendos, es decir, quienes pasaron por alguna

correccional de menores, y están repartidos en 48 celdas: casi una docena en un espacio destinado para seis personas, de tres metros cuadrados.

EL GUÍA

Como sabemos todo grupo tiene un líder, en este caso David Romo es la figura más popular de este culto a la Santa Muerte, sobre todo entre la gente joven. Es el arzobispo primado de la Iglesia Católica Apostólica Tradicional México-USA que le profesa culto en su santuario de la capital mexicana. El polémico religioso, con un pasado militar, lo mismo casó a la actriz Niurka que es solicitado por priístas por sus sainetes en el Congreso, y enfrenta a la jerarquía católica apostólica y romana por estar casado, promover el uso de anticonceptivos.

En sus misas del Santuario Nacional de la Santa Muerte, en Bravo número 35, en un barrio popular de la Venusiano Carranza es común ver los rostros frescos y esperanzados de una juventud que, en contraste, carga figuras mortuorias para ser bendecidas.

El promueve el uso del condón femenino y masculino, el de la píldora del día después, acepta el aborto en casos de violación y se manifiesta en contra del mito de la virginidad. Además, abrió las puertas de su iglesia a homosexuales y travestís. Esto nos hace suponer que tal vez el culto aumenta entre la población que de alguna forma tiene que esconder algo no legal y/o que le haga sentir un cierto rechazo de la sociedad mexicana actual.

STATUS LEGAL DEL CULTO A LA SANTA MUERTE

Los fieles creyentes de la Santa Muerte están hoy en descontento. El gobierno mexicano canceló el registro al grupo religioso bajo el argumento de que violó sus propios estatutos.

"Al haber registrado un objeto de culto y dedicarse a otro, se afecta gravemente el objeto de la asociación religiosa y se les retira el registro en garantía de las personas que profesan esta confesión", argumentó Armando Salinas Torre, subsecretario de Población, Migración y Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación.(Barranco, Bernardo,2005)

El retiro del registro como asociación religiosa a la Iglesia Católica Tradicional México-Estados Unidos, Misioneros del Sagrado Corazón y San Felipe de Jesús volvió a colocar en el centro del debate el tema de la Santa Muerte. Según la Subsecretaría de Asuntos Religiosos de la Secretaría de Gobernación dicha asociación cambió su objeto religioso de catolicismo tradicional con culto tridentino por la advocación a la Santa Muerte, violando el artículo 29 de la ley de asociaciones religiosas.

En el año 1992 el presidente Carlos Salinas de Gortari, siguiendo una ideología neoliberal, emprendió reformas a la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público con la finalidad de mejorar las relaciones entre el estado y los distintos tipos de religiones, otorgando mayores libertades por medio de modificaciones que les permitiría gozar de personalidad jurídica.

La mayor libertad de ejercer un culto desde 1992 y la crisis económica de México de 1994, desencadenaron el deterioro de las condiciones sociales provocando marginación, pobreza y delincuencia aunados con un aumento del fervor por nuevos cultos, mismos que le permitieron a la Iglesia Católica Tradicional y al culto de la Santa Muerte emprender su crecimiento independientemente. Pero en algún punto, no muy bien esclarecido, los dos cultos que independientemente crecían se vieron reforzados y se fusionaron en una forma de conveniencia.

Durante el año 2000 la Iglesia Santa Católica Apostólica Tradicional Mex-USA (ISCAT Mex-USA) solicita formalmente su registro a la SEGOB, omitiendo en tal solicitud el culto a la imagen de la "Santa Muerte". El registro es otorgado el 4 de abril de 2003 empezando a mostrar un crecimiento considerable de su presencia en los medios de comunicación a lo largo de todo el territorio nacional valiéndose de la imagen de la Santa Muerte, misma que declararon como figura de veneración en una fecha posterior a la obtención del registro durante el 15 de agosto de 2003.

Tal adopción ideológica por parte de la ISCAT Mex-USA, según algunos afirman, se puede deber a que la separación de la imagen de la advocación mariana (Virgen de Guadalupe) de la psique del mexicano es tan difícil de lograr por parte de las religiones que niegan la Inmaculada Concepción o la Asunción Mariana que para poder competir con la Iglesia Católica en México tuvieron que encontrar en la Santa Muerte una especie de sustituto

femenino para penetrar en la población. De hecho es tal la confusión que muchos creyentes también le llaman de forma cariñosa “virgencita”.

A la par con la desregulación durante los gobiernos de alternancia en México se vio un incremento de las fuerzas y pugnas entre los carteles del narcotráfico y entre los carteles y el estado. Muchos atribuyen también el aumento de seguidores al culto debido a una apología popular (narcocorridos) de los grandes jefes de la droga o de secuestradores, de los cuales también se cuentan muchos seguidores de la "Santa Muerte" como Osiel Cárdenas Guillén o Daniel Arizmendi López.

El 29 de abril de 2005 la Dirección General de Asociaciones Religiosas de la SEGOB emitió en su boletín número 87 que el culto practicado por la Iglesia Católica Tradicional Mex-USA infringió los estatutos dispuestos en el Artículo 29, fracción VIII de la ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público de México, haciéndose acreedores del retiro de registro por parte de tal dependencia. Oficialmente tal disposición fue resultado de una denuncia expuesta por Noé Guillén Ibáñez, anterior ministro del mismo culto, quien había sido expulsado por sus propios compañeros debido a confrontaciones de índole personal con otro ministro.

El retiro de tal registro tendría las siguientes consecuencias para el culto:

- ✚ Pérdida de la personalidad jurídica, que a su vez conlleva la pérdida de lo siguiente:
 - El derecho de integrar patrimonio propio.
 - El derecho de celebrar actos jurídicos.
 - El derecho de internar al país ministros de culto de nacionalidad extranjera.
 - El derecho de transmitir y/o difundir actos de culto religioso a través de medios masivos de comunicación.

Los líderes del culto volvieron a solicitar su registro a la SEGOB, el cual esta dio a conocer a través del oficio AR-02-P/1442/2007 que de acuerdo con la ley a partir del 23 de julio se contabilizarán cinco años para volver a considerar la probabilidad de otorgar el registro nuevamente. No obstante, las iglesias de esta denominación pueden operar sin tener registro.

“La Secretaría de Gobernación otorgó 'toma de nota', como agrupación religiosa, a la Iglesia Santa Católica Apostólica Tradicional Mex-USA, identificada popularmente como la 'Santa Muerte' según declaró David Romo Guillén, considerado "arzobispo primado de esa agrupación”.

“El 22 de noviembre de 2007: La Secretaría de Gobernación (SEGOB) afirmó que la iglesia de la Santa Muerte carece de personalidad jurídica, por lo que advirtió que de ostentarse como asociación religiosa podrían hacerse acreedores a sanciones; precisa que: “no cuenta con personalidad jurídica alguna y de hecho la Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público prevé sanciones a quien se ostente como asociación religiosa, sin contar con el registro constitutivo correspondiente”.

Tales declaraciones se pueden ver en el boletín número 314 de la subsecretaría de población, migración y asuntos religiosos de la SEGOB.

Al poder operar iglesias de esta denominación sin tener registro David Romo Guillén, líder del culto, anunció que la Santa Muerte tendrá su catedral en el Distrito Federal para el año 2010 teniendo una extensión de mil 200 metros cuadrados, dos niveles, capacidad para 500 personas sentadas y lugar para criptas con un costo total de 38 millones de pesos.

El líder de tal agrupación dice no poder aclarar la localización específica de tal templo por temores a sabotajes por parte de la iglesia católica y debido al temor de la destrucción de altares (como en Tamaulipas) animando a sus feligreses a defender el culto a pesar de la oposición de la iglesia católica romana, por lo cual los medios de comunicación han nombrado este llamado como "La Guerra Santa de la Santa Muerte".

POSTURA DE LA ISCAT MEX-USA.

Tanto líderes como seguidores del credo mencionan que el Arzobispo Primado de la ISCAT Mex-USA cuenta con la Sucesión Apostólica de la Iglesia Brasileña, mismo título que le confirió la facultad de canonizar a la Santa Muerte.

Argumentan que la SEGOB trató de fundamentar con artilugios legales el retiro del registro para hacer naufragar la demanda en contra de José Guadalupe Martín Rábago (presidente del Episcopado Mexicano de esa época) por daño moral en contra de David Romo Guillen (Arzobispo de la ISCAT). Otra intención, según refieren estos mismos, fue la de evitar que la devoción siguiera creciendo a toda costa aunada con una campaña en los medios masivos de comunicación en contra de la imagen de la Santa Muerte.

Consignan y sentencian a Obispo al Reclusorio Oriente (Proceso 22 de junio 2013) MÉXICO, D.F. (apro).-

David Romo Guillén, obispo de la Iglesia de La Santa Muerte, fue consignado junto con el líder de la banda de secuestradores Los Aztlán, Ismael Ramírez Brito, al Juzgado XIX de lo Penal del Reclusorio Oriente por los delitos de “robo agravado en pandilla y secuestro agravado”.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) reportó de forma extraoficial la consignación y el traslado de Romo Guillén y otros seis implicados más al reclusorio, también para el Obispo de La Santa Muerte se pidió la intervención a la Procuraduría General de la República (PGR), para que se le investigue por probables delitos de falsificación de documentos.

Además de Romo Guillén y Ramírez Brito El Aztlán, fueron consignados por los mismos delitos de secuestro, entre ellos familiares del diputado federal Armando Piter, Víctor Antonio Montes de Oca Cervantes, Rafael Fernández Garnica, Luis Alberto Martínez y Meribett Morales Delgado

El juez 19 penal, Jorge González Tenorio, sentenció hoy a David Romo Guillén, líder de la Iglesia de la Santa Muerte, a 66 años de prisión y al pago de dos mil 666 días de salario mínimo de multa, equivalentes a 153 mil 188.36 pesos, luego de encontrarlo culpable de los delitos de robo simple, secuestro, y extorsión agravada cometida en pandilla.

EL MÁS ALLÁ DE LA MUERTE.

En la interpretación humana del morir –porque aunque la muerte sea biológicamente idéntica para todos los humanos, ha sido vivida por estos de formas tan variadas como variadas son las culturas– han desempeñado un papel preponderante las religiones. Es un hecho fácilmente observable y explicable. En efecto, la muerte, término del curso de la vida, suscita las preguntas radicales sobre su sentido, sobre la temporalidad y la finitud de la existencia y sobre el deseo y la posibilidad de sobrevivir. Y desde los primeros pasos de la humanidad tenemos primero indicios, como las sepulturas del paleolítico y los monumentos funerarios de la Antigüedad, y posteriormente documentos explícitos como los rituales, los mitos, relatos y textos sapienciales de todas las culturas que ponen de manifiesto el esfuerzo permanente de las religiones por formular las preguntas que plantea la muerte y procurarles alguna respuesta ofreciendo un fundamento al sentido de la vida que la muerte pone en cuestión de la forma más radical.

Buena muestra de la estrecha relación de la muerte con la religión es la presencia en todos los sistemas religiosos de una “escatología” teórica, que desarrolla la reflexión sobre lo relativo al final de la vida, y unos rituales funerarios de extraordinaria importancia para la vida social. Del arraigo de estos últimos da una idea el hecho de que las exequias sean en las secularizadas sociedades actuales el elemento que mejor resiste a la crisis generalizada de las prácticas religiosas.

La muerte es siempre, humana y naturalmente, fuente de angustia. Es el miedo a la destrucción, a la aniquilación, es la pena de no seguir viviendo lo que estamos viviendo y a lo que estamos adheridos en este mundo: sentimientos, afecciones, sensaciones, esperanzas, energías, etc. Es la incertidumbre del más allá.

Las representaciones de ese más allá, de lo que pudiera encontrarse y las condiciones de acceso a él son, según las tradiciones religiosas variadas y complejas. Sin embargo las religiones abordan la muerte de forma tan diversa, en la comprensión del hecho como en las prácticas funerarias rituales, que se puede uno preguntar si existe una postura específica de las religiones ante este trance inevitable.

En efecto, dependen en primer lugar del discurso sobre Dios, los dioses, o los espíritus o sobre cualquier otra realidad que trascienda de la naturaleza sensible, porque sin lo sobrenatural se hace difícil imaginar un «después de la muerte». La representación del más allá depende, por tanto, de una «teología».

Si Dios es, como en los tres monoteísmos abrahámicos (cristianismo, judaísmo, islamismo) un Dios persona que ha hecho el mundo y al hombre con sus manos, ese más allá es el lugar donde el ser humano creado, en la beatitud, puede unirse a ese Dios. Si no existe un Dios creador, como en el budismo por ejemplo, ese más allá no será posibilidad de realización por encuentro con un Dios/Absoluto, sino liberación de las ilusiones y los errores del hombre sobre sí mismo y sobre el mundo, abandono de la ignorancia y un despertar a la Verdad.

Si, como en el shintoísmo y algunas tradicionales japonesas, el mundo visible está penetrado por fuerzas invisibles, el más allá será entrada a lo invisible que no se apartará entero de lo visible, del mundo de los vivos.

En la tradición occidental, ampliamente heredera del pensamiento griego, el hombre es cuerpo, alma y espíritu. El africano se ve como un «nudo de participación»: su ser está compuesto de numerosos elementos, variables según las etnias (cuerpo, corazón, soplo, sombra, espíritu, etc.), religados a categorías de lo invisible (genio, espíritu de los ancestros), mientras que en el budismo el hombre no es más que el ensamblaje de los «cinco agregados de adicción».

Dentro de estos diversos compuestos humanos, ¿qué es lo que va a sobrevivir en el más allá, según las diferentes religiones? ¿Y a costa de qué metamorfosis, de qué exigencias éticas y rituales y por cuánto tiempo? Y otras muchas preguntas a las que cada religión aporta las respuestas concordes con su mensaje.

Añadamos que las mismas condiciones de la muerte: muerte accidental, violenta, prematura, voluntaria..., condicionan la vida póstuma. Baste recordar que, en opinión de un Padre de la Iglesia del siglo II, el martirio era «la única llave del paraíso», pero, por el contrario, en el cristianismo quien ponía fin deliberadamente a su vida recibía en el más allá penas eternas. En el Islam, así mismo, los castigos del infierno aguardan al suicida, y sin

embargo, el mártir que lucha por su fe como terrorista tiene ganado el cielo. También las religiones chinas y japonesas admiten y, a veces, recomiendan la muerte voluntaria.

Una diversidad teológica y antropológica tan notable, a la que se une el peso de las costumbres y las culturas, no puede más que generar una multiplicidad de visiones escatológicas. En la imposibilidad de exponerlas todas en esta tesina, nos vemos obligados, por tanto, a limitarnos a algunas clasificaciones imperfectas.

La primera se dedica a distinguir las formas de vida reservadas a los difuntos.

La segunda a los ritos funerarios y su simbolismo.

LA “VIDA DE LOS DIFUNTOS”

Puede ser, como en la religión griega por ejemplo, una vida disminuida. Los muertos, en el Hades, no son más que unas sombras sin fuerza, sin memoria, con tinieblas por capucha.

Igualmente, según varios textos de la Biblia hebrea, la vida póstuma en el Sheol es una existencia oscura, inerte, sin consistencia (Salmos 143, 3; Job 10, 21; 26, 5).

Puede ser, por el contrario, una vida enaltecida: la muerte comporta una exaltación en positivo o en negativo, es decir, una felicidad o una desgracia muy superior a la de los vivos. Significativo al respecto es el caso de los cristianos, que se imaginan la vida póstuma como la estancia en el paraíso gozando de la presencia del creador, o en el infierno sometido a tormentos inimaginables por toda la eternidad.

A no ser que sea una existencia terrestre invisible. Los difuntos entonces no dejan el mundo, pero, aunque están en contacto con los vivos, ya no se los ve. Por ejemplo, los desaparecidos en las tradiciones africanas viven en una aldea de los muertos, invisibles pero cerca de los vivos, entre ellos.

Una vida disociada puede aguardar la muerte en la medida en que sólo un elemento de ella misma alcanza el más allá. Es el caso del alma, que puede o buscar habitación en otro cuerpo (budismo), o incorporarse a su lugar de origen celeste (Nirvana), o ser condenada también a tormentos sin fin.

Por último, la muerte podría aniquilar el conjunto de la persona hasta que un acto de Dios lo recreara con el Universo y la Naturaleza (Shintoísmo).

Y otras muchas representaciones de la vida en el más allá que, a lo largo de los siglos, se han influido y compenetrado.

Se podría establecer también, siguiendo a algunos autores, una distinción entre las propuestas escatológicas a partir, precisamente, de los lugares adonde el difunto llega, con frecuencia después de un prolongado y difícil viaje. Se diseñaría así un auténtico mapa, complejo y evolutivo, del mundo de los muertos. Es éste un mundo separado y jerarquizado, porque, si bien en las religiones más antiguas todos los muertos van a un mismo lugar, sea, a veces, a las entrañas de la tierra, sea a una isla lejana, la distinción entre buenos y malos conduce a diferenciar infiernos y paraísos.

El paraíso, la mayoría de las veces, se coloca en los cielos; en el budismo, por ejemplo, se distribuye en múltiples cielos, mientras que el cristianismo, en los primeros tiempos, localiza el Reino en el cielo. En el Islam el paraíso, jardín regado por cuatro ríos, está en un lugar elevado y comprende siete niveles, etc. Los infiernos, muy frecuentemente, cuentan también con varias comarcas donde los castigos son más o menos dolorosos y prolongados.

Por último, puede haber lugares intermedios, como el purgatorio, región mal localizada de sufrimiento temporal y purificador, implantada en el siglo XI, sólo en el cristianismo. Más adelante, en el siglo XIII, Santo Tomas de Aquino se opondría a estas localizaciones geográficas y optaría por una interpretación espiritual; para él, esos diferentes lugares no son lugares fuera de la persona sino estados de conciencia.

El hombre religioso ha obedecido, por tanto, a una necesidad profunda de localizar el mundo de los muertos.

Después de este intento de clasificación espacial, ¿es posible proponer una clasificación temporal? La distinción fundamental estaría entonces entre las religiones que hablan de un tiempo lineal de la creación hasta el final de los tiempos -judaísmo, cristianismo e Islam- y aquellas otras que, como las religiones orientales, piensan un tiempo cíclico, un tiempo sin principio absoluto y sin final definitivo en este mundo, simplemente un retorno eterno. En el primer caso, el del tiempo lineal, la muerte personal cierra definitivamente el paso a la vida en este mundo; en el segundo, el del tiempo cíclico, la muerte personal es temporal, a la espera de una reencarnación.

Formas diferentes de vida póstuma, lugares diferentes de permanencia, unicidad o multiplicidad de esas estancias... las puertas de la muerte se abren en cada religión a un más allá específico.

Sin embargo el hombre religioso, colocando naturalmente su muerte en la continuidad y la dependencia de su vida, se pregunta sobre lo que determina, justamente, la dirección impuesta a quien franquea el umbral de las moradas de los difuntos, dirección paradisíaca o infernal.

De ahí la frecuencia de la creencia en un juicio de los muertos. El más conocido es probablemente el que se practicaba en la religión egipcia. Lo vemos en las pinturas murales. En ellas está Anubis, el dios con cabeza de chacal, pesando el corazón del difunto, mientras que Tot, el dios con cabeza de ibis, anota el resultado del peso. El difunto entonces comparece ante el tribunal de Osiris. Si no ha respetado a Maat, el orden social y cósmico, se le impone una «segunda muerte», y si lo ha respetado, el tribunal lo declara Maati, conforme a Maat, y entra en el paraíso de los muertos.

También en la religión irania, zoroástrica, existe, tres días después de la muerte, un proceso solemne del alma: los malos son arrojados al infierno, donde padecen penas variables en secciones superpuestas.

En la religión judía hay que esperar varios siglos para que se empiece a hablar de la posible separación de buenos y malos, de un juicio colectivo y un juicio particular.

En cambio, los Padres de la Iglesia, desde los primeros siglos, anuncian, en la religión cristiana, un Juicio final a la terminación del mundo precedido de un juicio particular. Por tanto, un doble juicio.

La tradición musulmana prevé también un juicio del alma después de la muerte. El alma, nada más producirse el fallecimiento, es conminada a expresar su fe, recitando la Sahada, antes de ser juzgada por Dios después de la resurrección general.

La organización de los tribunales del más allá, sus actores y la naturaleza de los castigos y recompensas que en ellos se aplican dependen claramente de las creencias, pero también de las sociedades en que esas religiones se desarrollan, de sus costumbres, de su concepción de la justicia, de los valores que en ellas se defienden y de su jerarquización.

En este más allá de las religiones contienen presentaciones espaciales y temporales de una vida ulterior diferenciada y esos juicios de los muertos tienen un significado simbólico. Y esto quiere decir que la imaginación humana se sirve de las realidades cósmicas y sociales para poner rostro a una esperanza cuya realización figurativa está más allá de la capacidad de la mente.

LOS RITOS FUNERARIOS Y SU SIMBOLISMO.

La muerte, se acompaña de un ritual que pertenece, como los del nacimiento, la iniciación y el matrimonio, a los ritos llamados de «transición».

Es un conjunto de palabras y gestos, codificados en el tiempo y el espacio, puesto en práctica por una comunidad cuyos miembros tienen un rol concreto que realizar. Su finalidad es simultáneamente acompañar al difunto y ayudarlo a acceder al más allá, permitirles a los parientes controlar la angustia, el dolor y la culpabilidad y, por último, superar la ruptura asegurando en la sociedad la continuidad de la vida. Todo se cumple en unión con lo divino.

Teniendo en cuenta las etapas sucesivas del «tránsito», se distinguen globalmente dos clases de ritos funerarios: los que se dirigen primero a mantener la unión del muerto y los vivos (aseo funerario, presentación del cuerpo, elogios fúnebres, velatorios, etc.), y los que a continuación realizan la separación de los unos y los otros (inhumación, cremación, inmersión, exposición a las aves, etc.). Siguen a estos ritos los ritos de recuerdo (estelas,

visitas a cementerios, fiestas de aniversario, o fiesta de los muertos en México o en otros lugares, reliquias, etc.). Éstos últimos adoptan en algunas religiones la forma de culto a los ancestros (China, Japón).

Todos estos ritos están cargados de un denso simbolismo y exigen una interpretación acorde con la cultura y religión en las que tienen lugar.

Para aclarar este simbolismo, tomamos, a título de ejemplo en religiones diversas, algunos ritos significativos: el lavado mortuario y la presentación del muerto.

¿A qué viene este lavado funerario que en las religiones es prácticamente una constante? No se hace sólo por higiene. Se realiza con el fin de preparar al difunto para entrar en estado de pureza -el agua purifica en otro sitio donde él va a volver a vivir -el agua regenera-. Por esta razón, el Corán define el ceremonial de este último lavado, y en el ritual hebreo se vierten sobre el cuerpo nueve medidas de agua templada, después del lavado.

En cuanto a la presentación del muerto, también ésta es simbólicamente significativa. Si el muerto se deposita en el suelo, se está dando a entender que está llamado a volver al estado de donde salió: el polvo. Si a algunos maestros de la escuela budista china Chan los colocaban sentados en postura de meditación, lo hacían porque esa postura favorecía el acceso al Nirvana. Si en Egipto los difuntos eran momificados, lo eran para mantener la integridad de un cuerpo sobre el que se podían practicar ritos de reanimación aptos para devolverle al muerto su capacidad de movimiento antes de emprender su largo viaje...

Por otra parte, los objetos dejados junto al cadáver evocan su vida terrestre -la azada del dogón confirma que su trabajo en este mundo ha terminado- y están destinados a ayudarlo en su tránsito. Al cristiano se le coloca entre los dedos un rosario, y a veces una Biblia (protestantismo). El griego metía en la boca del muerto una moneda para que la entregara a Caronte, el barquero de los Infiernos. El libro de los muertos tibetano recitado junto al difunto le sirve a éste de guía, etc.

Los vivos, por consiguiente, manifiestan con respecto al muerto una notable solicitud ritual, pero al mismo tiempo lo temen y procuran mantenerlo a distancia porque la muerte, contagiosa corrupción, pone en peligro la vida.

Es necesario que haya separación. Ésta se hace efectiva mediante el alejamiento definitivo del cadáver inhumado, incinerado, momificado, sumergido o dejando que sea consumido por los carroñeros. Tienen lugar, por tanto, ritos específicos en cada religión acordes con el pensamiento metafísico que los concibe: la inhumación devuelve a la tierra a quien la abandonó (Génesis. 3, 19), la cremación le restaura por el fuego al muerto su característica espiritual antes de que retorne o no, y como la envoltura corporal no es importante puede ser consumido por las aves.

La comunidad se reconcilia frecuentemente durante el «banquete funerario» que sigue: rito compensatorio donde la comida, «fruto de la fecundidad de la tierra», refiere a la regeneración periódica y, consecuentemente, a la inmortalidad.

En pocas palabras, todo rito, por extraño o trivial que sea, contiene un sentido profundo. Como expresión de lo indecible, pone de manifiesto el «espíritu» de cada religión, haciendo coexistir, por un tiempo, la vida, la muerte y lo divino. Porque la muerte, ruptura radical, es irrupción de ese *mysterium tremendum et fascinans* del que habla Rudolf Otto, ese misterio terrible y fascinante de lo numinoso, de lo divino.

«¿Dónde queda, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde queda, oh muerte, tu aguijón?», pregunta San Pablo. En cuanto realidad biológica, la muerte no puede ser vencida, pero, en cuanto «sol negro» que sumerge a la vida en las tinieblas del sinsentido, del absurdo, sí puede serlo. Y las religiones son las que obtienen esa victoria. Ellas, en efecto, son las que, despertando la esperanza en un más allá, hacen de la vida no una travesía errática, sino una peregrinación. El creyente marcha hacia otro lugar de plenitud, y la interrupción trágica que es la meta de su camino, la muerte, es integrada en su existencia. Ella es la que lo anima y le indica la dirección.

Lo que es aguijón, se convierte entonces en bordón de peregrino.

Más aún, aunque las propuestas escatológicas y rituales de las religiones presentan una diversidad que puede parecer desconcertante, no obstante, al interior de esa diversidad se infiere una semejanza intencional, o sea que en cualquiera de las religiones siempre se advierte resistencia a dar por cierta la aniquilación definitiva.

En este punto esencial, las religiones convergen.

Pues bien, ésta ha sido la tarea de todas las religiones. Por eso, la presentación de las diferentes caras religiosas de la muerte no solamente satisface la curiosidad, sino que es un instrumento de reflexión sobre el hombre colocado frente a su destino.

CONCLUSION

“El temor a la muerte, señores, no es otra cosa que considerarse sabio sin serlo, ya que es creer saber sobre aquello que no se sabe. Quizá la muerte sea la mayor bendición del ser humano, nadie lo sabe, y sin embargo todo el mundo le teme como si supiera con absoluta certeza que es el peor de los males” (Sócrates)

¿Otro Diplomado en Tanatología? ¡Bueno! Será el tercero. Aquí estoy revisando las páginas del periódico, un pequeño anuncio lo promociona. Espero no sufrir la misma decepción que en los anteriores. Espero que éste si valga la pena. ¿Será?. Ya veremos.

Aquí me encuentro pues, en un aula de la Clínica de Especialidades del ISSTE de León, después de viajar en autobús desde San Felipe, frente a Marcela y Silvia de las que espero no sentir el mismo cierto tono mesiánico y filosófico que percibí de los ponentes de los otros diplomados. ¿Será una postura común de todos los tanatólogos? o ¿será un prejuicio de mis creencias sobre ellos después de las dos experiencias anteriores? Total, independientemente de esto, lo único que quiero es no filosofar ni adelantar juicios y tratar de sacar el mejor provecho.

Después de unos meses del Diplomado, me encuentro ahora pretendiendo hacer la tesina para acreditar. Son muchas las ideas en la cabeza. Es mucha la información y bibliografía acumulada hace años, cuando a la muerte de mis padres, a quienes por las distancias, no pude acompañar durante sus enfermedades y muertes, busqué encontrar significado a la muerte. Todavía no sé cómo empezar. Habrá que hacer alguna transcripción e interpretación de los apuntes, o quizá fusilarme algún texto, quizá alguna de las frases las vaya tomar de alguna parte, con eso del “inconsciente colectivo”... Vayan pues algunas reflexiones:

Creo que la primera que debo hacerme es ¿Qué tanto sé sobre la muerte? Por el trabajo que desempeño la he enfrentado varias veces, amén de sufrir dolorosas pérdidas familiares. Aparte de que en la asociación de estudios filosóficos a la que pertenezco hace muchos años, la muerte es un drama ritual que a pesar del tiempo, no acabo de comprender.

La vida es la batalla de los médicos, sin embargo, tarde o temprano nos enfrentamos a la ineludible realidad: todo ser vivo ha de morir. De tal forma que cuando la batalla es ganada por la muerte, se siente frustración, culpa, impotencia, dolor. Difícil es presenciar día a día la agonía y la muerte y tener conciencia una y otra vez, de nuestras limitaciones. La muerte es a menudo impredecible y arbitraria y cada vez más se le considera un fracaso de la medicina y los médicos. Además los médicos vemos inconscientemente en el moribundo el fantasma de nuestra propia muerte.

Lo que sí sé de cierto, es que la muerte es un absoluto misterio y hasta donde yo sé nadie ha regresado del “más allá” para contárnosla. He leído muchas cosas sobre “experiencia cercana a la muerte”, ”Experiencias de muerte cercana” o “Casi Muerte” que definitivamente no creo. He visto también morir a más de un paciente; las primeras veces me angustiaba y me preguntaba si hice o dejé de hacer algún procedimiento o maniobra que ocasionara o desencadenara el deceso. También he visto la angustia, el dolor, llanto y el reclamo de los deudos. No acaba uno de acostumbrarse. Siempre queda un dejo de que sí pude haber hecho algo más.

Y a pesar del misterio, sólo cuento con dos certezas irrefutables. Sé que es absolutamente cierto que habremos de morir y que es absolutamente incierto cuándo, dónde y cómo. Angustiosas interrogantes existenciales que junto con el drama de identidad, expresan las ancestrales dudas: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

Haciendo otra reflexión, me doy cuenta que en realidad ignoramos quiénes somos; cuando nos preguntan sobre nuestra identidad, respondemos con una gran variedad de títulos que hemos coleccionado a lo largo de la vida con el fin de definirnos nosotros mismos; soy profesionalista; tengo una familia, un carro, una casa, etc. Pero cuando todas esas cosas se me quitan, ¿tengo idea de quién soy en realidad?

Leo en la Biblia, en Génesis, que cuando Dios creó al hombre dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” y sopló en su nariz aliento de vida, ofreciéndole al mismo tiempo la libertad, el conocimiento y también la capacidad de amar. Cuando entonces el Gran Hacedor nos creó, nos selló con su propia imagen. De manera particular la imagen y semejanza de Dios se ve en el alma humana, la cual, como El, es espíritu inmortal. Dijo luego el Creador que se multiplicaran y llenaran los rincones de la tierra. Pero mientras ellos fueron responsables de la generación, Dios se reservó la creación de las almas.

El cuerpo, el cuerpo material, la carne pues, procede por vía de generación, “es el cumplimiento de la obligación biológica de asegurar la continuidad de la especie”. ¿Lo pensarían así mis padres cuando en un acto de amor me engendraron?

Entonces el alma es inmortal porque es incorruptible, es decir, que no encierra en sí ningún principio de degeneración o muerte como el cuerpo.

De ser así, este hecho no puede reconocer sino dos causas: La vida inteligente, en la que se vive un cuerpo sensible y una alma inmortal, que tiene una dignidad que no puede profanarse, constituyen ambos, una unidad substancial: la persona humana.

Entonces soy una persona humana constituida por un cuerpo sometido a todos los procesos de cualquier ser vivo incluso la muerte, y una parte espiritual que ha sido creada por Dios en mí, como en cada persona, y que no procede como el cuerpo por vía de generación, sino por la voluntad del Gran Arquitecto del Universo.

¡Chin! Lo que al principio del Diplomado evitaba: ¡Estoy filosofando!. Y no porque sea filósofo.

Por otra parte, existen testimonios históricos, antiguos y modernos, que los pueblos del mundo han admitido la inmortalidad del alma, como lo prueban el culto a los muertos, el respeto religioso por los antepasados y los monumentos sepulcrales. Esta creencia universal y constante no puede proceder sino de la razón, que admite la necesidad de la vida futura, o de la revelación primitiva hecha por Dios a los hombres y transmitida por generaciones.

Ahora bien, el testimonio sea de la razón, sea de la revelación, ¿Será la expresión de la verdad?, luego, la creencia de los pueblos, ¿será una prueba de la inmortalidad del alma? Todos los pueblos han creído en un lugar de delicias, donde los buenos serán recompensados, y de un lugar de tormentos, donde los malos serán castigados. ¿Quién no recuerda los Campos Elíseos y el Negro Tártaro de los griegos y romanos? o ¿el Cielo y el Infierno de los cristianos?

En fin, la mayoría de los filósofos creen que el hombre no podrá descubrir jamás lo que “realmente” son éstos y otros misterios, pero ya sea que creamos o no en lo trascendente, el proceso de morir nos afecta a todos por igual; sufrimos la perspectiva de la muerte propia, pero ¿comprendemos el hecho de morir? ¿sabemos asumir con dignidad, en una sociedad que le teme y la oculta, y aprender a vivirla de otra manera?

Se percibe a la muerte como un castigo, como algo injusto y absurdo que nos acarrea el dolor de la pérdida irreparable de los otros y la angustia de saberse destinado al mismo final. Pero sin embargo, la muerte es parte fundamental de la posibilidad misma de existir desde que comenzamos la vida en el vientre materno. En nuestro organismo la muerte y la vida se refuerzan la una a la otra hasta conformar una dinámica dependencia total. Vivimos porque estamos muriendo continuamente, morimos porque hemos vivido continuamente.

Finalmente, ¿qué aprendí del Diplomado?:

Aprendí que la Tanatología ayuda al equipo médico a luchar por la vida sin recurrir a medidas extremas que afecten esa dignidad humana de la que escribíamos párrafos arriba; también que los prepara para acompañar al paciente y a su familia a lo largo del proceso de enfermedad o muerte. Que si bien es cierto que el médico debe estar preparado para luchar por la vida, tiene que estar preparado también, en su momento, para recibir a la muerte; para acompañar a sus pacientes en medio del dolor, de sus pérdidas. y cuando la muerte es irremediable, aceptarla, no negarla.

Es necesario también que los médicos realicemos una reflexión profunda con respecto a la verdad de la muerte como acontecimiento propio de la salud y la vida, a modo de que, conscientes de los procesos fisicoquímicos que soportan la vida biológica, reconozcamos en la fisiología del proceso de muerte un acontecimiento humano independiente, si bien concomitante a las enfermedades, que cumple con una realidad insoslayable que no tiene que interpretarse como un fracaso.

Pareciera una contradicción que los médicos debamos aceptar la muerte; sin embargo, en el estricto sentido humano, así debería ser, de tal modo que se eviten mayores sufrimientos para el enfermo, su familia e incluso, al propio médico.

San Felipe “Torres Mochas”; Septiembre de 2013.

Luis González Cornejo

Bibliografía

- MECHIKOV I. **LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA**. Barcelona Ediciones 1982
- ERICKSON E. **EL CICLO VITAL COMPLETADO**. Barcelona Ediciones 2000
- NAVARRETE M. S. **LA PREHISTORIA**. Dip. Prov de Granada 2003
- PETER G. **COMO EL HOMO SE CONVIRTIÓ EN SAPIENS**. España libros 2006
- STEVE P. **LA EVOLUCIÓN HUMANA**. Edilupa ediciones. S.L. 2006
- JORGE J. E. **LA PREHISTORIA: PALEOLÍTICO Y NEOLÍTICO**. Akal España 1994
- BREWER, D. J. **HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA**. Ed. Crítica. Madrid . 2007
- GRIMAL, N. **HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO**. Akal Ediciones. Madrid. 1996
- KEMP, B. J. **EL ANTIGUO EGIPTO. ANATOMÍA DE UNA CIVILIZACIÓN**. Ed. Crítica. Barcelona. 1992
- WILSON J. **LA CULTURA EGIPCIA**. Ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid. 1980
- BRAVO G. **HISTORIA DEL MUNDO ANTIGUO**. Alianza. Madrid 2008.
- COMMELIN P. **NUEVA MITOLOGÍA GRIEGA Y ROMANA**. Ed. Divulgación. México 1955.
- OLALLA V: de la. **ATLAS MITOLÓGICO DE GRECIA**. Lynox Ed. 2002
- VERNANT J: P. **MITOS Y SOCIEDAD EN LA ANTIGUA GRECIA**. S. XXI España 2003.
- HOMERO. **LA ILIADA**. Ed. Cumbre. México 1982.
- MARCEL L.G. **GRANDEZA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO**. Catedral. España 2002
- GAMSEY D.; SALGER R.P. **EL IMPERIO ROMANO: ECONOMÍA, SOCIEDAD Y CULTURA**. Crítica. España 1991.
- LUCIEN J: **HISTORIA DE LA ROMA ANTIGUA**. Edhasa. España 2997.
- NIETO J. **HISTORIA DE ROMA, DÍA A DÍA EN LA ROMA ANTIGUA**. Libsa. España 2006
- CARLOS A. V. **MANUAL GENERAL DE BUDISMO**. Kindle Edition.. España 2012.
- PHILIP K. **RENACER BUDISTA**. Arbol. España 2006
- LAMA D. **EL CORAZÓN DE LA SABIDURÍA**. Viena/Helios. España 1998.
- ANONIMO. **EL LIBRO TIBETANO DE LOS MUERTOS**. Traducción de GIMENEZ S.M. Kairoz España 2001
- RIMPOCHE S. **EL LIBRO TIBETANO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE**. Grandes lectores. Barcelona 1994
- JOSHI M. L. **BRAHMANISMO, BUDISMO E HINDUISMO, y ASPECTOS DEL BUDISMO EN LA HISTORIA DE LA INDIA**. Biblioteca Nueva. España 2011
- ANONIMO. **BHAGAVAD GITA**. Versión de J. Barrio. Edaf. Madrid 1997.
- RAJAHYAKSHA N. D. **LOS SEIS SISTEMAS DE FILOSOFÍA INDIA**. Biblioteca Nueva. España 2010.
- CALLE R. **100 VIAJES AL CORAZÓN DE LA INDIA**. Biblioteca Nueva. España 2010.
- RUIZ C. J. **BREVE HISTORIA DEL HINDUISMO “DE LOS VEDAS AL SIGLO XXI”**. Biblioteca Nueva. España 2008.
- WILHEIM, R. I **CHING** Seix 2003
- Xinzhong . Y: **EL CONFUCIONISMO**
- BATTON, **CHINA SU HISTORIA Y SU CULTURA HASTA 1800**. Seix 2002
- CEINOS P: **HISTORIA BREVE DE CHINA**. Gadir 2011
- VARIOS. **SINTOISMO**. Gran Enciclopedia Rialp. 1991
- ALONSO J.F. **APROXIMACIÓN AL SHINTOISMO**. Ed Amaru. España 2007
- XINZHONG Y. **EL CONFUCIONISMO**. Camridg. 2003
- SMITH. H. **LAS RELIGIONES DEL MUNDO** Alfaguara España 2008
- COHN_SHERBOK. **BREVE ENCICLOPEDIA DEL JUDAÍSMO**. Aula Magana. España 2003
- KUNG H. **EL JUDAISMO, PASADO, PRESENTE Y FUTURO**. Trutta. Madrid 2007
- TORRES A.F. **LA SAGRADA BIBLIA**. De la Vulgata latina. Ed. Guadalupanas. México 1965.
- MOORE, K. L.; MARSHALL J.; T. V. N. P.; GERALD C. G.; ABDUL-MAJEED A. Z.; y AHMED M. A. **EL DESARROLLO HUMANO COMO FUERA DESCRITO EN EL CORÁN Y LA SUNNAH**. Comisión científica para el estudio de la SunnhaLa Mecaah. La Meca 1992
- KÜNG, H. **EL ISLAM. HISTORIA, PRESENTE, FUTURO**, Editorial Trotta, Madrid, 2006
- ANKERBERG, J. y WELDON, J., **LO QUE SIEMPRE QUISISTE SABER ACERCA DEL ISLAM**, Unilit, 1998
- ROBINSON, F. y BROWN, P., **EL MUNDO ISLÁMICO: ESPLENDOR DE UNA FE**. Volumen II, Folio Ediciones del Prado, España, 1992.
- ANONIMO. **EL CORÁN**. Edimat libros 2007 España
- TORRES J. **LA DANZA DE LA MUERTE EN LA LITERATURA ESPAÑOLA**. 3ª ed. FCE México 1952
- INFANTE V. **LAS DANZAS DE LA MUERTE. GÉNESIS Y DESARROLLO DE UN GÉNERO MEDIEVAL (S. XIII y XVI)**. U de Salamanca 1997.
- ARIES P. **EL HOMBRE ANTE LA MUERTE**. Taurus. Madrid 1984
- THOMAS L.V. **ANTROPOLOGÍA DE LA MUERTE**. FCE. México 1983
- GONZALEZ B. A. y LINAGE C. A. **EL OCCIDENTE MEDIEVAL CRISTIANO**. Akal. España 1992
- JANER F. **LA DANZA DE LA MUERTE, POEMA CASTELLANO DEL S XIV**. Alfaguara. España 2001

- CLARAMUNT S. **LA DANZA MACABRA COMO EXPONENTE DE LA ICOGRAFÍA DE LA MUERTE EN LA BAJA EDAD MEDIA**. Prolibros. España 1989.
- MARTINEZ G. F. **LA MUERTE VIVIDA**. ED. Libre. Madrid 1989.
- BERMEJO H: y CIVIVANOVIC D. **LA DANZA GENERAL DE LA MUERTE**. Univ. del Sur ARGENTINA 1996.
- VV. AA. **ARTES DEL BUEN MORIR**. Ed. lengua de trapo. España 2003
- MACHADO M. **ALMA-ARS MORIENDI**. Cátedra Madrid 1999.
- GAGO F. **ARTE DE BIEN MORIR Y BREVE CONFESIONARIO**, Medio Maravedí, Barcelona, 1999,
- ADEVA M., I.; Ars Bene Moriendi. **LA MUERTE AMIGA; EN ANTE LA MUERTE. ACTITUDES, ESPACIOS Y FORMAS EN LA ESPAÑA MEDIEVAL**, Taurus Madrid 1984
- MARTINEZ GIL, F.; **LA MUERTE VIVIDA. MUERTE Y SOCIEDAD EN CASTILLA DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA**, Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996,
- MARTINEZ GIL, F.; **DEL MODELO CLERICAL A LA CONTRARREFORMA: LA CLERICALIZACIÓN DE LA MUERTE; EN ANTE LA MUERTE. ACTITUDES, ESPACIOS Y FORMAS EN LA ESPAÑA MEDIEVAL**, Taurus. Madrid 1983
- PIÑEIRO. y PELAES J. **EL NUEVO TESTAMENTO. INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LOS PRIMEROS ESCRITOS CRISTIANOS**. Almendro. Córdoba 1995
- RIUS-CAMPS J. **DE JERUSALÉN A ANTIOQUÍA**. Génesis de la iglesia cristiana. Almendro. Córdoba 1998.
- BARRERA T. J. **LA BIBLIA JUDÍA Y LA BIBLIA CRISTIANA. INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA BIBLIA**. Trotta. Madrid 1993.
- VILLA V. S. **EL CRISTIANISMO EVANGÉLICO ATRAVÉS DE LOS SIGLOS**. Clie. España 1982.
- GONZALEZ J. L. **HISTORIA DEL CRISTIANISMO**. Ed Unilat Miami 2 tomos. 1998.
- ORTODOXIA I.M. **EVANGELIO LITÚRGICO**. Iglesia ortodoxa México 2009
- CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO. **CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA** Compendio Ed. CEM, A.R. México 2008
- ACOSTA J. de. **HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS**, 1590, ed. Edmundo O'Gorman. 2a. edición. México, FCE 1962
- CERVANTES DE SALAZAR, F. **CRÓNICA DE NUEVA ESPAÑA**. Papeles de Nueva España, compilados por Francisco del Paso y Troncoso. Tercera Serie, Historia, v. I. Madrid, Hauser y Menet. 1914
- CLAVIGERO, F. J. **HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO (1779-1781)**, 4 vols. México, Porrúa. 1945
- DURÁN, D. **HISTORIA DE LAS INDIAS DE NUEVA ESPAÑA**, ed. Ángel Ma. Garibay K. 2 vs. México. Porrúa. 1967
- HERNÁNDEZ, F. **HISTORIA NATURAL DE NUEVA ESPAÑA**, México. UNAM, v. VII. 1984
- MENDIETA., f. G. **HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA**, 4 v. México, Salvador Chávez Hayhoe. 1945
- MOTOLINIA, f. T. de B. **MEMORIALES O LIBRO DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA Y DE LOS NATURALES DE ELLA**. Edición Edmundo O'Gorman, México. UNAM; Instituto de Investigaciones Históricas. 1971
- PONCE DE LEÓN, P. **"TRATADO DE LOS DIOS Y RITOS DE LA GENTILIDAD"**, en Teogonía e Historia de los Mexicanos, ed. Ángel Ma. Garibay K. 2a. edición. México, Porrúa, 1973
- RUIZ DE ALARCÓN, H. **"TRATADO DE LAS SUPERSTICIONES Y COSTUMBRES GENTILICAS QUE HOY VIVEN ENTRE LOS INDIOS NATURALES DE ESTA NUEVA ESPAÑA, ESCRITO EN MÉXICO, AÑO DE 1629"**, en Tratado de las Idolatrías, Supersticiones. notas y comentarios, Francisco del Paso y Troncoso. 2a. México, Ediciones Fuente Cultural, Navarro, 1953
- SAHAGÚN, f. B. de. **HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE N~A ESPAÑA**, ed. Ángel Ma. Garibay K. 4 vols. 2a. edición. México, Porrúa. 1950
- OCHOA, J. **LA MUERTE Y LOS MUERTOS. MÉXICO: Sep/Setentas (1974)**
- UNAM. **OFRENDA DE MUERTOS**. México: UNAM 1998
- LÓPEZ A, A. **"EL COSMO SEGÚN LOS MEXICAS"** en Atlas histórico de Mesoamérica. Coordinadores Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. Larousse. México. 1996.. UNAM. México. 1988
- MATOS M. E. **MUERTE A FILO DE OBSIDIANA**. Editorial Raíces, S. A. De C. V. México. 1975.
- MATOS M. E. **EL TEMPLO MAYOR DE LOS AZTECAS** FCE. México 1988
- MATOS M. E. **LA MUERTE ENTRE LOS MEXICAS** Tusquets Editores México 2010
- AMBROSIO, J. (2003). **LA SANTA MUERTE**. Biografía y culto. México: Editorial Planeta. 131 pp.
- VILLALBAZO, J. A. **MIQUIZAMOXTLI (EL LIBRO DE LA MUERTE): CÓDICE CONTEMPORÁNEO CON EL TEMA DE LA MUERTE EN EL VALLE DE MÉXICO**. México: El autor, 1999
- VENCES, L. **LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA MUERTE**. México: El autor, 2001
- AMBROSIO, J. **LA SANTA MUERTE**. Biografía y culto. México: Editorial Planeta. 2003.
- VENCES, L. **LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA MUERTE**. México: Tesis Licenciatura (Licenciado en Psicología)-UNAM, Facultad de Psicología. Universidad Nacional Autónoma de México.2001
- CARDENAS, M. **CON MIS OJOS A LOS MUERTOS**. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- IGLESIAS, S. **LA CELEBRACIÓN DE MUERTOS EN MÉXICO**. México: Comunicación gráfica y representaciones, 1997.
- VALLE-ARISPE, A. del. **HISTORIAS DE VIVOS Y MUERTOS: LEYENDAS, TRADICIONES Y SUCEDIDOS DEL MÉXICO VIRREINAL**. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- VARIOS **CALAVERAS POTOSINAS (DEL RECUERDO)**. San Luis Potosí, San Luis Potosí: Ediciones Peritos, 1965.
- RIOS de la T, G. **DÍA DE MUERTOS LA CELEBRACIÓN DE LA FIESTA DEL 2 DE NOVIEMBRE EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX**. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1995.
- ANDRADE, M. J. **A TRAVÉS DE LOS OJOS DEL ALMA: DÍA DE MUERTOS EN MÉXICO -OAXACA-**. San José, California: La Oferta Review Newspaper, 1996.

